

DIEGO CARRETTO

# LA COMUNIDAD DEL SILENCIO

NO CALLES... ¡HABLA!



Derechos exclusivos de publicación:

© **ConyTriun libros**

Cno. Los Camalotes 1611  
conytriun@adinet.com.uy  
www.conytriun.com  
Montevideo - Uruguay

Diseño y diagramación: Patricia Carretto  
Revisión de texto: Lic. Cecilia Mota  
Ilustraciones: Fabricio Ceppi  
Ilustración de pirámide: Guillermo García Cruz

ISBN 978-9974-8167-8-7

Se terminó de imprimir en el mes de diciembre de 2009

Hecho el depósito que marca la ley.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción parcial o total de cualquier medio gráfico o informático sin previa autorización del editor.

A todos los que se animan a eliminar prejuicios,  
y mirando la esencia de la creación, ayudan a la hu-  
manidad a cambiar de rumbo.

# índice

## **Primera parte**

### **- La fusión al acuerdo -**

1. Agotado de tanto llover.....	11
2. Del viaje a Cerro Chato.....	39
3. Frente a la barricada.....	47
4. No evites la verdad.....	59
5. Primera encrucijada .....	69
6. Del corcel.....	93

## **Segunda parte**

### **- La infusión del acuerdo -**

7. Segunda encrucijada .....	107
8. ¿Por qué?.....	123
9. Tercera encrucijada .....	137
10. ¿Se escribe o se hace? .....	155
11. Nada más importa .....	169
Reconocimientos.....	175

PRIMERA PARTE  
- LA FUSIÓN AL ACUERDO -

- 1 -

## Agotado de tanto llover

El *ding dong* del viejo reloj de pared le despierta de la siesta. Se incorpora, toma sus lentes de la mesa, recoge el libro del piso y coloca el marcador. Ríe sigilosamente pensando en la última oración retenida, sabe que tiene que volver a leer las últimas tres páginas.

El perro y las alpargatas bigotudas lo observan detenidamente esperando con ansiedad el último paseo del día. Se lava la cara, mastica su tabaco, toma su rebenque y a trote levantado comienza el recorrido.

El sol le señala que el ganado debe cambiar de campo para pasar la noche junto al tajamar. Coyote, con sus ladridos reúne desde lejos a los novillos perezosos mientras aquel hombre de temperamento fuerte abre y cierra las porteras.

De regreso al establo desensilla y libera al tordo, alimenta a Coyote y reacomoda la montura para el día siguiente. En eso, suena el celular.

— Diga.

— Leo, ¡Vení pronto!

— ¿Qué pasa? —dijo mientras entraba a su casa.

— Mi madre necesita hablar contigo.

— ¿No puede esperar hasta mañana?

— ¡Dijo que es importante!

— ¡Está bien! ¡Que no se retobe! En diez minutos salgo para ahí.

Algo asombrado pero a paso apaisado deja la boina en la sala de estar y pasa al baño para limpiarse un poco. Al mirar el espejo se detiene cuestionado. Observa sus ojos y nota en ellos mansedumbre y alegría. No entiende por qué a veces, recordar su pasado le atemoriza.

Minutos más tarde sale lentamente de la casa, relojea su tabaco, y apagando su cansancio le echa un masticazo.

— ¡Leo! —grita Natalia al verlo llegar.

— Ahí voy... no me apure que a mis pasos lo marcan los latidos.

— ¡Adéntrese!, mi madre vio algo.

— Ojalá sea importante —regaña entre dientes.

Elvira entre tanto, ubicada en su escritorio ancestral se ve hundida en la rueda maya sin saber qué decir. Quiere evacuar la duda que le surgió.

Su pelo negro y largo cubre su rostro mientras ella gasta la lapicera en aquel cuaderno de 360 hojas que renueva de forma mensual para anotar sus ecuaciones. Los ventanales que dan al jardín, la alfombra roja en medio de la sala, el sofá bordó y los tapices gauchescos que decoran las paredes cubren de misterio toda la habitación. Es como un torbellino de energías diferentes aglutinadas entre suelo y techo. La estufa a leña encendida y la pequeña lámpara de 25 watts iluminan el lugar.

— Elvira, buenas tardes.

— ¡Pasá Leo! Gracias por venir.

Leonardo observa minuciosamente la expresión de Elvira y no la entiende. Visualiza en su cara el estupor de la desgracia que se mezcla con cuestionamiento irresoluto.

— ¿Qué pasa Elvira?

— Sentate. Este año será importante para vos.

— ¡Vamos mujer! ¡Todos lo son!

— Este es diferente. Alguien vendrá a nuestras tierras. Aquí a Cerro Chato, para volver a nacer, aprender y ver la vida sin coacciones ni estructuras.

— Mmm, ¿estuviste tomando?

— ¡No seas así!... Alguien te eligió para que le ayudes. Prepará el rancho que alguien viene. Sé que sos súper analítico pero creé en mí.

— ¡Pará un poco! Estamos en junio. Al año no le queda mucho tiempo.

— ¡Lo sé! —la espontaneidad de Elvira crece mientras aviva la estufa—. Este episodio es raro. Mi calendario cambió drásticamente contigo en estos últimos meses y todavía no puedo comprenderlo. Prepará el campo que aparecerá un exponente.

— ¡Decí algo más! ¡No tires la pelota al *outball*!

Elvira se vuelve sobre sí misma y le mira con cuidado. Sabe que aún no le ha dicho lo más preocupante. Sus manos transpiran. Es la primera que vez que se ve envuelta en algo que no le ha develado toda la verdad. Para ella todo es relevante. Ha calculado varias veces. Ni la numerología ni el calendario maya han dado frutos positivos. Teme que ellos dos sean el novillo cebado de la predicción. Está preocupada.

— ¿Qué pasa Elvira? Estás rara.

— Estamos juntos en esto.

— ¿Qué?

— He dado vueltas y vueltas entre las matemáticas y siempre aparezo junto a vos. La persona que viene quiere algo de nosotros. Me pone nerviosa, es inusual. No preguntes más porque no tengo respuesta. Solo veo que alguien vendrá a tu casa y pedirá algo.

— Sabés que no entiendo. Me parece una locura.

— ¡Debes creer en mí! Si no fuera algo importante no te hubiera hecho venir.

— Lo sé, pero también sé que es una predicción.

— ¡No empieces con eso ahora!... Aparte, será bueno que termines las obras de tu casa.

— Eso no viene mal. Es buena idea terminar el rancho.

— ¡Hacé lo que puedas! ¡Sos grande! Solo quise avisarte ya que el tiempo es atemporal y los sujetos inesperados. Es mejor estar preparado para todo.

— Lo sé.

— Decile a Natalia que te ayude en este tiempo, y disculpá mis nervios de vieja.

— No digas eso Elvira.

— Es que a veces pienso que estoy cayendo en la vejez mental y ya no puedo ver con exactitud las cosas.

— No te persigas. Ya veremos qué pasa.

— Gracias por confiar en predicciones relativas... No sé por qué pero confío en mis números.

— De nada.

Leonardo sin entender, se levanta y se retira de la habitación. Para él las cosas son diferentes. Que alguien venga a Cerro Chato, a una ciudad pequeña en medio del campo le intriga mucho.

Sin mucho pensar, sale al jardín y ve a Natalia casi a oscuras, regando las plantas mientras tararea sus pasiones sin presión.

— Nati, dice tu madre que me ayudes estos meses en casa.

— Claro, sabés que estoy para eso.

— ¿Mañana podés empezar?

— Sí. ¿A las ocho?

— Excelente.

La noche curtía las alturas mientras las casas adornaban el espacio para la clásica cena familiar.

Leonardo sin complicaciones pisa el camino de regreso. Al pasar por aquel campo recuerda emocionado los años pasados pero hoy sin permitirse retrasar, cuestiona en su interior las palabras de Elvira. Su vida transcurre en soledad. Está en desacuerdo y no deja de analizar. Él sabe que el destino no está marcado pero, las predicciones le generan la duda de si es el dueño o un arrendador temporal.

Mientras tanto en la capital, en pleno horario liceal, se puede ver el clásico grupo de amigos que se reúne para conversar debajo del álamo. Liderados por Leandro es la tradicional agrupación de amigos inseguros que sin saber hacia dónde ir, se limitan a seguir las ideas de alguien que, con un poco más de carácter y buena charla, puede dominar.

Leandro es el típico muchacho que se lleva el mundo por delante sin pensar en las consecuencias. Fue abandonado por sus padres a los cinco años de edad, viviendo desde entonces con los abuelos maternos

quienes lo cuidan a más no poder. Viste siempre a la moda, luciendo notoriamente su estatura y buena musculatura; no puede disimular su tez blanca cuando el calor asoma por las calles de la ciudad, y su torso se imprime junto al viento. Tiene el pelo castaño oscuro color tierra, ojos verde pasto, y una sonrisa difusa entre alegría temporal y lamento cotidiano, confunde a quien lo observa desde lejos. El muchacho con su actuar demuestra tener un carácter desposta y despreciable, ocultando en sus ojos algo que lleva sobre él desde hace mucho tiempo, el miedo al abandono. No desdibuja su locura en sentimientos sino que se relaciona con razonamientos lógicos que nunca lo dejan mal parado. Tiene muy buen sentido común, pero por miedo a ser él mismo, anda por la vida sin rumbo definido ocultando su simpleza a los demás.

— ¡Truco! —se escucha de en medio.

— Antes está el envido —replicó en voz baja.

— No quiero. ¡Pero grité truco!

— ¡Quiero ver!

La rueda del juego, después que sonó el timbre, comienza adornarse con varios jóvenes en busca de distracción. El lugar rodeado de ladrillos plateados cara vista aparejados al estilo inglés y el piso de cerámica castaño rojizo, ayudan a que la rueda se vea como profesional.

— Jugemos compañero. Esta mano viene linda —dijo Leandro mientras juega el bastillo.

— ¿Cómo estás para un retruco? —preguntó Adrián.

— Me gusta... ¡Quiero!

Adrián juega la espadilla y sin mucho teatro suelta un diez mísero dando paso a la segunda mano. Leandro contesta con fuerza jugando su once pellón quien le levanta el ánimo.

— ¿Te animás al vale cuatro?

— Quiero.

Leandro tira el cinco de la muestra y grita:

— ¡Comete esa mandarina!

— ¡Cómo no! ¿Puedo sacarle la cáscara? —tira el dos de la muestra y alza los brazos.

Entre aplausos y murmullos la partida finaliza. Adrián de reojo mira a Patricia quien se aleja con una sonrisa sin pronunciar palabra. Al dispersarse del centro Leandro pregunta:

— ¿Qué hacés esta noche? ¿Querés ir con nosotros de farra?

— ¿Quién va?

— Vienen los gurises del club y en verdad no sé adonde iremos pero de seguro que comenzamos en casa tomando unas birras y luego nos echamos algo en la Ciudad Vieja.

— Como el viernes pasado entonces. A las veintidós estoy ahí.

— No te olvides de la guita para los gastos.

Adrián es el mejor amigo de Leandro. Un pibe que sin razonar lo acompaña siempre a todos lados, es como el hermano que nunca tuvo. En sí es un joven del montón muy reacio a demostrar sus sentimientos, nunca se la juega por sus expectativas, prefiere ver a su alrededor y seguir a la mayoría. Lo caracteriza una notoria sonrisa contagiosa que lo ayuda a vivir acompañado en todo momento. Siempre con su vestimenta estilo clásico (preferentemente en negro) trata de pasar desapercibido pero al mismo tiempo no olvida rodearse o insertarse en algún grupo para así olvidar el miedo atroz que tiene a la soledad.

Su familia tiene el estándar de la sociedad, de clase media-alta, compuesta por padre, madre y tres hermanos, él es el mayor. La relación dentro de ella, según él mismo, siempre es ilustrada en ideas y proyectos ya que no admite la autenticidad para su interior y menos hacia los demás. Tanto sus hermanas menores, Daniela y Laura, como él mismo muchas veces reprimen sus sentimientos por el control que su padre ejerce sobre ellos. Para el muchacho la familia es teatro de convivencia diaria. Muchas veces se siente deprimido por no animarse a decir lo que piensa y siente.

Al terminar el horario liceal y luego de despedirse de sus compañeros se dirige a su casa. Al llegar observa con desánimo aquellas rejas verdes que rompen su belleza. En pleno barrio Prado, casa edificada a dos plantas, con jardín, garage, cocina, sala de estar, living-comedor, escritorio, cuatro dormitorios, dos baños, un patio trasero con parrillero y la comodidad de calefacción con radiadores eléctricos, es la envidia para varios de los conocidos. Para él la casa fue destruida cuando pusieron esas rejas que la convirtieron en una prisión temporal.

— ¿Vas a dejar esto acá? —incripó su madre ni bien pasó la puerta.

— Hola mamá. Recién llegué. Ya lo subo.

— ¡Mejor! porque estuve todo el día ordenando tus cosas y estoy cansada.

— Pero mamá, no es necesario que lo hagas.

— Siempre decís lo mismo. Vos y tus hermanas son iguales. Que van a ayudar a limpiar, pero soy la única que hace las cosas.

— Digo que yo también lo puedo hacer.

— Encargate de tus obligaciones y dejá de discutir.

Virginia, su madre, es alguien muy especial para Adrián. Es el ser ambiguo de la familia. Por un lado es excelente en organización, decoración, querida por todos los compañeros... pero al mismo tiempo es dependiente del reconocimiento, celosa de sus hijos, siempre con reclamos absurdos y sin sentido, repite mil veces “te quiero mucho” tiene una conducta invasora y asfixiante.

— ¡Laura! ¿Falta mucho?

— Ya voy mamá.

— Siempre igual contigo, no te importa nada. Vení a comer que cierro la cocina.

Cansado de escuchar siempre lo mismo y como una rutina impregnada, Adrián sube a su cuarto, cierra la puerta, se conecta al MP3 y se abandona en los estudios. Entre libros y letras el tiempo se le vuela. En eso, golpean a su puerta.

— Hola.

— ¡Papá! ¿Cómo estás?

— Bien. ¿Cómo estuvo tu día?

— Como siempre sin novedades.

— ¿Tu madre?

— Agobiada y exigente. Preferiría que se volviera autista cuando está así.

— Sí, es difícil en estos momentos. ¿Salís hoy?

— Sí, me invitó Lea a su casa. Jugaremos unos trucos y tomaremos algo.

— ¡Qué bueno! ¿Cenás con nosotros igual?

— Sí. Avisen y bajo.

Oswaldo de 43 años, es el gerente de ventas de una multinacional encargada en la producción de grifos y accesorios. Siempre está presente como el mandamás de la casa, pero en su interior es algo inestable y

al mismo tiempo inconformista. Exige mucho a su familia, manteniendo el control sobre todas las conversaciones. Adrián lo recuerda como el que pone justicia. Cuando llegaba del trabajo, y si era necesario, repartía palizas para todos... generalmente él era cartón ligador.

— ¡A cenar! —escucha desde abajo.

Abandona sus estudios, ordena su cuarto, y baja campera en mano para partir a lo de Leandro.

— ¿Lo ves posible? —escucha a su madre preguntar asombrada.

— Sí Vicky. Hace meses que vengo proyectando el viaje. No habrá problemas.

— ¡Niños! —dice Virginia—. Papá tiene algo que decir.

— Si todo va bien nos vamos a Brasil de paseo. Creo que un viaje en familia será bueno. Me gustaría pasar Navidad y Año Nuevo por allá.

— ¡Qué lindo! —dice Daniela—. ¡Me encanta la idea!

— ¡Sí! —contesta Laura—. Será precioso para el bronceado.

La cena pasa como todas las noches sin pena ni gloria, todos comiendo y cada uno en sus asuntos.

— Me voy a lo de Leandro.

— ¿Otra vez salís Adrián? —dice Virginia con desconformidad.

— Desde el viernes que no salgo. He estado estudiando toda la semana.

— Parece que se te hizo rutina.

— ¡No es así!

— Lo que falta es que alguna vez tengamos que ir a buscarte.

— ¡No exageres mamá! ¡Siempre con lo mismo!

— ¡Sabés que sí! Me da miedo que salgas de noche. Esos amigos revoltosos y esas muchachas con las que andan no me gustan para nada.

— ¡Ah mamá!

— Dejá que se vaya —interrumpe Osvaldo—. Que disfrute ahora que es su tiempo. ¿Volvés a dormir?

— Sí, pero de madrugada.

— Muy bien. ¡Cuidate y ojo lo que hacen!

Al salir de la casa Adrián se siente más relajado. No siempre le es fácil convivir con sus padres. Generalmente sus días son de mucha rutina. En la mañana enclaustrado estudiando, en la tarde el horario liceal,

en la noche la cena protocolo escuchando siempre las mismas quejas; él mismo define su vida como una tragedia renacentista. Le es complicado convivir con tanta idiosincrasia perturbante.

Salir con sus amigos es el único momento de rebelión indiscriminada generada por la propia adrenalina que libera. Es como el momento de la dosis temperamental de vida. Siente que puede dibujar en su existencia algo diferente a una rutina aburrida.

Al cabo de unos minutos caminando y a tres cuadras de llegar a lo de Leandro, quita la remera de “The Clash” de su mochila y se cambia de inmediato.

— ¡Hola Lea!

— Pasá Adrián. Ya estamos tomando.

— ¡Siempre con buena música!

— Los que somos metaleros... somos metaleros.

— ¡Miren quien llegó! —exclamó Andrés—. ¿Cómo estás Adrián? ¡Buena remera! ¿Hoy sí tomás?

— Lo justo.

— ¡Dale ganas que hoy tenemos que salir y romper todo!

— Tome una caipiriña para arrancar la noche.

— ¡Salud!

La música punk “The Ramones” suena a gran volumen mientras los muchachos toman y toman. Algo entonados salen de parranda buscando el “no se qué” de la noche.

— ¿Adónde vamos? —pregunta Adrián.

— Arranquemos pa’ la avenida y vemos.

— Podemos ir a la *old city*, allí siempre hay algún boliche para nosotros.

Antes de llegar a la esquina la luz caía suavemente por la ausencia de varios focos. En eso Andrés comenta:

— Miren qué traje.

— ¿Viniste con María? —pregunta Leandro—. ¿De dónde sacaste eso?

— Me lo vendió un amigo. ¿Vamos a fumarlo antes de arrancar la noche?

Adrián observa y no dice palabra. Estudia la situación pero no sabe qué hacer.

— ¡Dale Adrián! Una pitada no te comerá la vida.

— Pero no va bien eso.

— ¡Hijo de mamá! Animate a salir de la rutina. Siempre te quedás en lo mismo. ¡No te cagués! ¡Animate a cambiar! ¡Echate una pitada!

Dejándose llevar empieza a fumar aquel porrinchi. Entre bromas y cerveza comienza a experimentar los efectos. Siente que se le seca la garganta, el sudor en las manos, se le adormece la quijada. Se comienza a relajar y desinhibir. Adrián cambia totalmente de postura.

— ¿Qué hacés Adrián?

— ¡Arriba la libertad y el churro!

— Vestite gurí. Subite los pantalones.

— Dejate de joder.

— Subite los lompas que si nos ven los milicos vamos todos en cana.

— Se parecen a mis padres... ¡Aguafiestas!

— ¡Miren al nene! —comenta Andrés impresionado.

Sin mucha conciencia de su inconciencia suben al taxi y arrancan para la Ciudad Vieja. Al llegar, y como los clásicos fines de semana, ven la convivencia inesperada del pasado y presente mezclado en la movida nocturna y las edificaciones históricas coloniales que rodean la zona de pubs y boliches. Con el “medio y medio” tradicional, las calles empedradas apestan de sillas albergando a tomadores de paso.

— Sigamos tomando —gritó Adrián—. ¡Esta vuelta la pago yo!

— Mandáte algo para todos.

— Mozo, ¿nos trae un medio y medio?

La noche trancurría y los muchachos cada vez más borrachos. Esa mezcla de porro, cerveza, vino y champagne los tenía atontados. Adrián divagaba en todo sentido. Él sabía que estaba desacetado, pero por estar con sus amigos seguía el ritmo.

— ¿Vámonos al telo? —dijo Andrés saliendo del bar.

— ¡No! —dice Adrián.

— ¿Sos gay?

— Es que hoy no rindo.

— Hacé lo que quieras. Te dejamos acá. Estaremos ahí enfrente disfrutando de las gatas nocturnas.

— No jodan gurises. No me dejen solo acá fuera.

Adrián sin mucho reflexionar queda sentado frente a la casa. La mansión de dos pisos con la característica luz roja en su exterior abriga la calle poco transitada. Varios de los personajes que rondan la puerta mendigan propina por cuidar los vehículos que descansan a la espera de los dueños.

Al cabo de un lapso de tiempo, el guardia de turno le despierta.

— Muchacho. Vete a tu casa.

— ¿Qué hora es?

— Las once de la mañana. Se nota que estuviste de joda. Tenés un olor espantoso. Volá de acá.

Adrián se levanta y comienza su caminata con mucho dolor de cabeza y estómago. Toma su billetera para alcanzar un taxi y no le queda nada. Al pasar por el frente de una boutique, se refleja y ve que su apariencia es igual a la nada. Está desaliñado y con los pantalones manchados de no sabe qué. “¿Cómo hago para volver? ¿Qué le digo a mis viejos?” se pregunta. Sin mucho razonar vaga lentamente. Al llegar recuerda que dejó la llave dentro de la mochila en la casa de Leandro. Algo apresurado trata de arreglarse un poco y toca timbre.

— ¡Era hora! ¿Dónde estabas? —recrimina su madre—. ¿Pensás que podés hacer lo que querés? ¡Mirá como estás! ¡Parecés un vándalo! No puedo creer lo que veo. Siempre enseñándote lo mejor y te comportás como un idiota cuando estás con tus amigos.

Adrián no decía palabra. Conocía todo el recitado. Su cabeza baja indica que prefiere callar.

— ¡Hablá! ¡Decí algo! No te importan nada mis nervios. No me dejas dormir. Llamé a lo de Leandro y no atiende nadie. ¿Dónde estuvieron?

— ¡Tá mamá! —contesta pasmado—. Siempre igual. Dejame quieto un rato. Me voy a dormir.

— Claro. Como siempre. Mientras nosotros vivimos vos dormís.

Sin palabra alguna sube a su cuarto, se desnuda, y se echa en la cama sin nada que perder.

Entrada la noche despierta y mira su reloj. Ha estado diez horas durmiendo. Sabe que ni bien baje a la sala recibirá el clásico discurso de sus padres indicando su mal comportamiento.

Algo agobiado y con una fuerte resaca, se da una ducha, se viste, tira las ropas al lavadero, abre las ventanas del cuarto y baja.

— ¡Por fin! ¿Te levantaste completo o te falta algo? —pregunta Virginia en tono irónico.

— Hola Adrian. ¿Cómo estás? —saluda su padre evitando la discusión.

— Ahora bien.

— Me alegro... ¿Tomaron mucho por lo que me contó tu madre?

— Sí. Nos desbancamos.

El silencio reina en la habitación. Virginia no deja de mirar a Adrián con ojos de odio y estupor. Osvaldo dándose cuenta de aquella mirada tomó la palabra y en tono de amigo peculiar comenta:

— Adrián, los dos sabemos que no podés seguir así. Siempre ponés nerviosa a tu madre. Tenés que considerarla un poco. No puede ser que cada vez que salgas ella quede a media luz esperando tu regreso. Sé que te arrepentís —asegura Osvaldo sin conocer sus sentimientos— pero no puede ser que todos los fines de semana pase lo mismo.

— Perdón.

El muchacho en estos momentos se calla para evitar discusiones innecesarias, pero no se da cuenta que ese silencio lo ahoga en un tacho de rencor. No soporta que le culpen de los nervios de su madre y menos que su padre le de lecciones que ni él mismo conoce.

— No es pedir perdón Adrián, sino dar una solución. Sabés que no tenés obligaciones.

— Otra vez lo mismo —piensa Adrián.

— Solo tenés que estudiar, terminar el liceo y comenzar la facultad. Encará eso y listo.

— ¡Sí señor! Así lo haré. Me voy a mi cuarto.

Adrián escapa de esa situación cansado de tantos regaños. Siente que no lo dejan vivir y que solo les importa que termine el liceo. Se siente excluido de la familia si no cumple con las metas que sus padres le insertan en la cabeza.

Los días siguientes Adrián trata de controlar un poco sus desbandes y se mete de lleno en el estudio, evitando así situaciones engorrosas con sus padres.

En eso llega el mes de noviembre con bastante calor y el jolgorio de los preparativos para el cumpleaños de Daniela. Como es tradición, Adrián junto a sus amigos más íntimos preparan una parodia para amenizar la fiesta. Para esa noche Adrián escribe un sketch sobre la novela *Red Rose* de Stephen King, en la que un equipo de psíquicos se dirigen a la decrepita mansión conocida como Rosa Roja con el fin de obtener la prueba científica de la existencia de fantasmas.

El día del cumpleaños ha llegado. Todo un torbellino de gente y organización está activo. Bocados, confites, bebidas, el salón. Se logró un equipo buenísimo. Todos ayudan para que la fiesta sea de lo mejor.

A las veinte horas comienza la celebración. La afortunada de la noche no deja de sonreír. Aquellos sándwiches que decoran las mesas junto a los clásicos jesuitas describen un lugar lleno de fiesta y alegría.

Cuando el reloj marca la hora veintidós, las luces se apagan por completo. Un fuerte sonido abordó la habitación mientras los baffles vibran con mucha fuerza. Desde la oscuridad Javier con mucho maquillaje y un tono de voz abismal rompe el silencio.

— “¿Quién eres animal? ¿Has poseído la casa? ¿Qué quieres de todos nosotros que vivimos complaciendo con mediocridad nuestros trastornos? Hemos venido a solicitarte que te vayas”.

Los vidrios comienzan a vibrar. Se escuchan ruidos extraños de otras habitaciones. Nada parece irreal. Adrián y Leandro entran en acción dando palmetazos a las paredes. Incitan a la casa a que despierte y responda. Están poseídos por los personajes. Sus ojos están pintados de negro con marcas en sus rostros.

Entre la poca luz, el flash que intermitentemente oscurece la habitación y los baffles que cada vez suenan más fuerte, la sala comienza a temblar.

Actores y público empiezan a estremecer de miedo. El espejo ubicado en medio de la sala refleja imágenes uniformes desconcertantes. En las afueras de la casa, tres personas corren de un extremo al otro gritando fuertemente que liberen a los invitados. Nadie puede entender.

El show ya había comenzado. Se entrometió en lo emocional de la gente. Nada parecía gracioso sino más bien inescrupuloso. La voz de Javier vuelve a agredir:

— “¡Muros de antaño! ¡Años de vida pasan por tu morada! Deja de intimidarnos con tus pleitos y date a conocer. Nuestra magia es patrón frente a la mentira de Yum Cimil<sup>1</sup>. Olvidá este hogar. Vete y muere en el cosmos. ¡Muéstrate maldita oscuridad!”

Javier termina sus palabras y Adrián cae rendido al piso. Leandro comienza a estereotipar una rehabilitación respiratoria. En eso, una gran luz en comunión con un ruido indescriptible estremece la habitación con explosiones fuertes que abruma a los invitados.

— “Que los cumplas feliz; que los cumplas feliz; que los cumplas Daniela, que los cumplas feliz... ¡FELICIDADES DANI!”

Patricia ingresa con la torta entre sus manos. El clásico canto regresó la alegría al ambiente. Varios de los invitados quedaron impactados.

Cortaron la torta, organizaron un pequeño baile, y lentamente llega la hora de finalización. Los invitados se retiran contentos. Felicitan a Daniela, a Adrián y a sus compañeros por la buena dedicación.

Luego de despedir a los últimos invitados se sentaron a compartir sobre lo ocurrido.

— Che Adri, me encantó lo que hicieron.

— ¡Gracias Dani! Realmente no habíamos pensado mucho pero lo que surgió fue buenísimo y divertido.

— ¡Qué linda estaba tu amiguita hermano!

— No jodas Laura. Deja de molestarme con eso.

Patricia, a quien se refiere Laura en tono irónico, es la enamorada de Adrián. Hace cerca de tres años que se conocen del liceo pero solo mantienen una relación de amistad. Se ven seguido en las reuniones grupales pero nunca tienen algo nuevo que contar. Aquella muchacha de tez blanca, estatura media, ojos color miel, pelo morocho, de actitud insípida pero al mismo tiempo interesante, tiene al muchacho acorralado de amor... ¡lo tiene enloquecido!

— Realmente —exclamó su padre—, tanto Patricia como los demás estuvieron excelente en la presentación. Estamos orgullosos de lo que hicieron. Muchas gracias.

— Nada que ver papá. Lo hicimos con gusto.

---

<sup>1</sup> En la mitología maya es “el señor de la muerte”. Es el Dios y rey de Xibalbá, del inframundo, del mundo subterráneo regido por los espíritus de la enfermedad y la muerte.

Pasaron minutos y la cháchara cae en desánimo. La rueda se desdibuja repleta de cansancio. Adrián toma la posta y se va a dormir.

Entre tanta euforia y reconocimiento trata de descansar pero no puede dejar de pensar en el show. No deja de mover sus manos en el espacio armando figuras con las luces que entran por la ventana. Se siente abrazado por el éxito pero asustado por tratarse de algo pasajero.

A dos horas de jugar y pensar, cae profundamente en estado de relax eliminando ruidos y pensamientos extraños de su cabeza.

Leonardo mientras tanto en Cerro Chato, dedica a noviembre el fin de sus trabajos. Con su actitud detallista que lo caracteriza termina las obras del baño dejándolo como “de mansión” en excelente estado y calidad.

— ¿Qué querés comer? —preguntó Natalia rompiendo el silencio.

— Lo que quieras. No sos esclava de nadie.

— ¡¿Ya empezás con tu filosofía?!

Leo es una persona algo egocéntrica, pero no por decisión propia sino por estar siempre al dente de los demás, ayudando y opinando sin pelos en la lengua. A pesar de los años que lleva encima, su templanza siempre fue la misma. Pelo corto a lo militar, metro noventa, el tatuaje de un ancla en el brazo izquierdo, ojos verdes transparentes y un andar apacible y al mismo tiempo revolucionario.

— ¡No me digas eso Nati!, sabes que soy así. Tu comida es exquisita. Prepará lo que quieras.

Natalia sin decir más se retira a cocinar. Leonardo mientras tanto termina de instalar la mampara de la ducha y rumorea: “*Es de loco lo que dijo. ¿Quién vendrá a vivir conmigo? Sé que soy especial. ¿Será verdad?*”

— ¡Nati! —grita Leonardo de improviso.

— ¿Qué pasa?

— ¿Por qué alguien querría venir a vivir conmigo?

— ¿Eso te dijo mamá? Yo había entendido que alguien pasará un tiempo y que podrías transmitir lo que profesas.

— ¿Ah sí?

— Eso entendí yo...

Ya en la noche y solo en su cuarto sin mucho comprender recuerda cómo la vida lo ha encarcelado y traicionado tantas veces. Luego de haber quedado viudo en el año 1969 por un accidente fatal que tuvo su esposa cuando cruzaba la calle, cayó en una depresión importante que obligó a sus padres a internarlo en un psiquiátrico particular, y así llevar a cabo un tratamiento farmacológico antidepresivo por un lapso de dos años dejando a su hijita con ellos.

Luego de recibir el alta médica por parte del psiquiatra comenzó un tratamiento psicológico preventivo. Al distanciarse de las pastillas y comenzar una dieta rigurosa en base a avena, decide irse a vivir solo. Sus padres sin cuestionarlo permitieron su partida. Por recomendación del psicólogo su hija se quedó viviendo con ellos hasta asegurar que no apareciera alguna recaída y de esta manera confirmar que la depresión había sido sobrellevada.

Al cabo de varios meses y algo decepcionado con su vida, viviendo entre el mundo y el inframundo, decidió alejarse de sus seres queridos y probar suerte en el interior del país. No dio explicación alguna, pero su padre quien lo conocía demasiado sin juzgarlo ni incriminarlo le dijo: “No dudes en rejuvenecer tu mente si la vida solo te dio tristezas”.

Esas palabras confrontaron a Leonardo con todo un boceto de ideas y dolores que lo apresaron por mucho tiempo. Su relación consigo mismo era difícil. Sentía que vivía en un ser que no le conformaba.

Llegó el día en que conoció a Masalana, una mujer descendiente de charrúas que se cruzó de camino a Cerro Chato. Con su visión humanista del mundo, ella le ayudó a conocer su lugar en la sociedad. Esta situación los llevó a vivir juntos permitiendo a Leonardo olvidar las presiones causada por la muerte de su esposa y reengendrar una nueva vida social.

Dos años más tarde regresó a Montevideo a buscar a su hija, aquella niña que ya contaba con ocho años de edad. Leonardo estaba deseoso de poderla llevar consigo a ese nuevo lugar que lo vio renacer. Al pasar por la casa de sus padres y sin esperarlo, una conversación lo estremeció.

— No es bueno que te la llesves.

- ¿Qué decís papá? Es mi hija. Se merece vivir conmigo.
- Tal vez tengas razón, pero la mujer con quien estás no se merece mis respetos.
- ¿De qué hablás? Me ayudó mucho cuando estuve mal.
- Su humanismo revolucionario me parece de mal ejemplo y además se rumorea que es tupamara.
- ¿Qué? Eso es una estupidez. Yo la conozco bien. Ser humanista no quiere decir ser tupamara.
- Mirá Leo, los rumores no son buenos. Nos da miedo y decidimos con tu madre que no es prudente que te la lleves.
- Pero...

Con mucha dureza su padre se levantó y se retiró de la habitación. La charla había terminado. Leonardo queda frustrado y cuestionado. Minutos más tarde su madre se acercó, lo consoló y sin presionarlo logró convencerlo de que lo mejor para la niña era seguir viviendo con ellos. El podía ir y venir el tiempo que deseara, pero no era bueno que la quitara de su hábitat ya que podría causarle más dolor que el que le había causado ya. Sin comprender pero apelando a la bondad de sus padres decidió aceptar la iniciativa.

Por esta razón sus idas y venidas cambiaron de ritmo. Comenzó a viajar muy seguido a la capital para encontrarse con su hija. Estar junto a ella, reírse, auparla, dormir la siesta y llevarla al Parque Rodó eran de los momentos más felices para él.

Masalana, la mujer que le ayudó a renacer, era una hermosa mujer morena con ojos negro noche, de estatura media y con los pies bien puestos en la tierra. Su perspectiva sobre la sociedad siempre fue diferente. Todo lo veía enfocado desde varios ángulos ocasionando en Leonardo el cuestionamiento de lo imposible. Siempre ayudó a sus amistades hasta en los peores momentos. Acompañó a Leonardo en todas sus decisiones; lo seguía adonde fuera hasta el día de su muerte a causa de un “mal entendido” en tiempos de dictadura militar. Esa época para Leonardo fue una sobredosis de terror silenciado. El 27 de junio de 1973, y luego de un discurso político, su vida fue inundada por abusos por parte de un gobierno dictador. Uruguay había caído en un golpe de estado que abolió todo tiempo de democracia y libertad. Leonardo

mismo define aquel día como “Bubalaí”, palabra de origen charrúa que significa “Atrapado”.

Todo para él cambió. Desde las amistades hasta las misiones personales y familiares que siempre defendió. Aquel tiempo fue un calvario. Uruguay sin pena ni gloria había caído en una infusión de antidemocracia. Se estropeó el prestigio comunal. El pueblo se vio privado de los derechos fundamentales. La dictadura se impuso con una arbitrariedad que no dudó en utilizar las fuerzas para ser respetada en todo, hasta utilizar medidas de secuestros, censuras y torturas para poder llegar a ser contemplada en la jefatura de gobierno.

Bien recuerda Leo, que a los tres días del golpe de estado, se ilegalizó la Convención Nacional de Trabajadores y se apresó a varios dirigentes, amigos de él, por dicha disposición.

De esta manera comenzó el control absoluto de la vida de los ciudadanos. La capital como el interior del país concibieron obligatoriamente una sociedad civil que valía sus principios en ser vigilada y señalada. La dictadura fue una agresión directa a la vida cotidiana.

Masalana en este tiempo eligió cerrar sus labios más no sus manos. Varias de sus amistades estaban vinculadas a sistemas sindicales y ella sin preguntar ayudó dando alojamiento transitorio como alimentación a los prófugos que subsistían en los montes.

Evidentemente “el saber” fue el gran riesgo para Masalana como también para Leonardo quien respetó la necesidad de ayuda inapelable. En esos tiempos la obligación de cada ciudadano era avisar, denunciar y no ocultar a prófugos o gente buscada por el gobierno dictador. Para Masalana lo peor fue la denuncia como “simple testigo”.

Aquella noche que no regresó de haber ido a alimentar a tres conocidos que habitaban una cueva en lo alto del “Salto de agua”, Leonardo se intranquilizó.

Afligido y atemorizado, montó su caballo y salió a recorrer la ciudad. Nadie de los amigos sabía dónde encontrar a Masalana. Varios de ellos se asustaron y se enclaustraron en sus hogares por miedo a lo inesperado. Solo Elvira y su niña adolescente fueron a su casa a hacerle compañía.

— Quedate tranquilo –repetía Elvira sin parar—. Ya volverá.

— ¡Dejate de joder! Sabés que es puntual y literal. Si no ha regresado algo sucedió.

La noche pasó en desesperación abismal. Leonardo no pudo dormir.

A la mañana siguiente Don Paco, vecino de Treinta y Tres, apareció con Masalana en sus brazos. Estaba golpeada y desfigurada. Leonardo al ver esto se bloqueó, cayó al suelo y se inmovilizó. No pudo contenerse.

— Venga Paco, acuéstela en su cama —dijo Elvira rápidamente.

Leonardo sin entender la injusticia, con miles de sentimientos que rememora a flor de piel, con pensamientos absurdos discordantes, con un rencor osado que renace de una olla a presión, y un temperamento de bagual descontrolado, sale para el medio del campo sin dar aviso a nadie. El ver a su mujer en ese estado, generó un cambio radical en creencias y opiniones. Con solo mirarla se puede ver el desencastre que está sufriendo entre alma y cuerpo.

Aquella mañana del 14 de marzo de 1984 su debate fue definitorio...

— “¿Otra vez me tirás la misma suerte? ¿Otra vez me rompés el corazón? ¿Por qué me hacés esto maldito? ¿No es injusto de tu parte? Si es por castigo, alcanzaste mi umbral de dolor. ¿Por qué te enojaste con ella, perverso? Si soy el culpable que merece el infierno metete conmigo. Sé valiente y arreglá las cosas. ¡Te reto a duelo! Dejá a mi mujer en paz. ¡Peleemos!”

El cielo se cerró de improviso. La lluvia comenzó a regar los campos como nunca se había visto en la zona.

Minutos después mientras Leonardo mira el piso desgranarse, escuchó gritos de Elvira:

— ¡Leo, vení que Masalana quiere decirte algo!

Sin pensar más, corrió rápidamente hacia su casa como si la travesía fuera la última en su vida.

— ¿Qué pasa amor? —preguntó al llegar.

Mirándolo con ojos de verdad y cariño insondable, le susurró al oído varias palabras que hoy rigen su vida:

— “No huyas de quien eres, deja que lo inexplicable sea tu dicha. Todos te verán como lo inesperado pero nunca dudes de serlo. En tu existencia está lo noble de la vida. Sé tu mismo y asegúrate de conocer siempre la felicidad que habita en ti. Dos cosas te dejo mi sol: mi ausen-

cia y egoísmo; por favor sepúltalos y vive libremente. Bien sabés que te amo a más no poder, y hoy ese amor desaparece como la masa de mi cuerpo. Contenta muero y así me libero”.

Mirando a Leonardo con sonrisa segura expiró sin dar paso a respuesta o comentario. Leo escuchó esas palabras y jamás las olvidó.

Semanas más tarde el tiempo de exámenes llegó. Adrián pasaba enclaustrado en su cuarto sin asomar cabeza. Iba al liceo, daba los exámenes y regresaba a preparar el otro. Esas cuatro paredes fueron su vivienda todo noviembre y parte de diciembre.

Llegó el tiempo final. El último examen, Historia del arte, su preferida.

El día anterior al examen recibe una llamada de Leandro:

— Adrián ¿Cómo estás?

— Bien. ¿Qué pasó Lea?

— Mañana para festejar el término de exámenes, ¿querés venirte a casa a tomar algo?

— ¡Buenísima idea! Pero ¿qué te parece si vienen para acá? Mis viejos se van el fin de semana a lo de mi tío y quedo de casero.

— Dale. Estamos ahí. Vamos Andrés y yo, los demás siguen terminando los períodos.

— Buenísimo.

Al día siguiente y ya con el examen aprobado, regresa a su casa muy contento y entusiasmado.

— ¡Mamá, aprobé el examen!

— Bien Adrián. ¡Te felicito!

— Gracias mamá. ¿Hoy podemos celebrar con los chiquilines el fin de exámenes?

— Claro. Te lo mereces.

El día pasó volando. Adrián se echó una siesta como hacía tiempo no se daba. A última hora de la tarde sus padres le saludan y se van. Adrián comienza a preparar las cosas para la llegada de sus compañeros

que, sorpresivamente, llegan treinta minutos antes. Sin mucho medir destapan las cervezas y comienzan a calentar el pico:

— ¡Salud muchachos! —dijo Adrián con mucha alegría—. Felicidades por el fin de secundaria.

— ¡Eso! ¡Meta birra!

A pura risa los muchachos disfrutaban y conversan sobre los profesores que tuvieron, los proyectos, las chicas... De repente suena el timbre:

— ¿Está Andrés?

— ¿De parte?

— De Miguel.

— ¡Andrés! ¡Es para vos! —gritó Adrián.

— ¡Hola Chino!

— ¿Qué hacés Andrés? Te dejo esto y me largo.

— Gracias bebé. Suerte.

— ¿Qué te trajeron? —pregunta Adrián mientras cierra la puerta.

— Un canuto.

— ¡Noooo! ¡En mi casa no! Si se enteran mis viejos me matan.

— Dejate de joder. ¿No dijiste que se fueron de bañeario?

— Sí, ¿y el olor?

— No hay problema. Lo encendemos en el parrillero.

Los muchachos siguieron vaciando botellas y botellas. El cajón había sido cubierto. La luna entre nubes y la independencia no siempre experimentada alegraba indescriptiblemente a la barra. Parecían peces en pecera nueva. La música sin pelos en la lengua gritaba a más no poder. Andrés y Leandro comienzan la segunda sesión de PlayStation mientras el anfitrión ya estaba casi “azul”. El alcohol ingerido estaba ocasionando una curda de buena resaca.

— Prendé ese chocolate Andy —gritó Adrián—. ¡Es el momento!

— Estás estimulado gurí.

— Metele pa'delante que hoy es fiesta.

Salieron al patio encendieron el leño y le entraron con fuerza. Los pibes están sincronizados en alegrías banales y sensaciones diferentes. Adrián sin pensar comienza a entonar el Himno Nacional mientras los otros dos, entre asombros y risas, hacen coros. La noche está discul-

pada y rematada. Los tres divagan y ríen sin sentido. Las palabras que pronuncian dejan de tener un hilo conductor entre ellas. Parece una conversación de sordos alegrones.

Desacompasados del tiempo real y de forma inesperada:

— ¿¿Qué haces Adrián?! —preguntó Osvaldo horrorizado.

— Hola papi —Adrián no deja de reír—. Esstamos disffrutando ser universsitarioss.

— ¿Con muchas “s” y ese tipo de cigarro?

— ¿Querés una pitada? jajaja.

Osvaldo bastante ofuscado reacciona como si hubiera visto al propio diablo. No sabe qué hacer. Se siente avergonzado. Su hijo es drogadicto. Siente que siempre les tomó el pelo.

Entre violencia controlada y palabras elevadas, echa a Leandro y Andrés de la casa de una forma no agradable. Adrián entre horrorizado y riendo sin parar, mira con asombro la situación.

— ¡Andate a dormir estúpido! —gritó Osvaldo.

— No te enojés.

— Silencio y largo.

Osvaldo y Virginia quedan limpiando la sala y el parrillero sin pronunciar palabra. Parecía que sus mentes refutaban y refutaban la verdad de que su hijo había armado una fumata en su casa.

Al terminar las tareas se miraron fijamente, cerraron la casa y sin solicitar opinión se fueron a dormir.

Al otro día Adrián despierta cerca de las 14hs. La tarde había comenzado soleada y fresca. Las calles se veían vacías. Se notaba que la ciudad estaba de siesta o almuerzo tardío.

Al salir de su cuarto, Adrián trata de escuchar detenidamente qué sucede en la casa. Sus padres se encuentran en la sala. Algo tenebroso, baja las escaleras pensando cómo presentar sus disculpas.

La alfombra color café que provee de aislación térmica, esa tarde solo surtía de diferencias las caras llenas de reproches e insensibilidad, que la pisaban.

— Buenos días —saludó Adrián suavemente—. Quiero pedirles disculpas sobre lo de ayer...

Ni bien escucha la voz Virginia se levanta y se retira a su cuarto. Osvaldo sin decir palabra se pone de pie y le queda mirando alejado.

Adrián acurrucado en su interior, se muestra entre atosigado y confundido. Trata de recordar la noche pero varias conversaciones se le escapan de su mente.

— ¿Algo más? —observó Osvaldo—. ¡Ya fue el colmo! Estuvimos hablando con tu madre y hemos decidido cambiar tus planes.

— ¿Mis planes?

— Sí. No irás a Brasil con nosotros. No te lo merecés; y para que te alejes de tus amiguitos complicados te irás a vivir con tu abuelo mientras nosotros estemos de viaje.

— No seas así. ¿Qué abuelo? Prometo no hacerlo más.

— Las promesas se las lleva el viento. Te recuerdo que ya lo hiciste. Te irás con tu abuelo a Cerro Chato.

— No.

— Ya decidimos. Llamá a tu abuelo para avisar que irás.

— ¿Yo tengo que llamar?

— ¡Hacete cargo de algo niño! Agarrá el teléfono y llamalo.

— ¿Ahora?

— Ya está dicho.

Adrián tratando de pausar aquella decisión que realmente lo inserta en una situación bastante difícil, se prepara un café con leche para disimular y dejar correr el reloj para que el ambiente baje el hervor.

— ¿Vas a llamar o tengo que esperar mucho más tiempo?

— Papá, no me parece bien.

— No me importa tu opinión. ¡Llamá ahora!

El joven nauseabundo mira alrededor y nada había cerca. Con agenda en mano, toma el teléfono y marca...

— ¡Diga!

— Hola abuelo, habla Adrián Ramil.

— ¿Quién?

— Adrián, tu nieto.

— ¡Es un chiste! ¡Años que no te veo! ¿Cómo estás?

— Acá ando. Llevándola.

— No se te escucha convencido.

— Ja, ja —ríe para disimular su descontento y explicó—. Mis padres se van a Brasil de vacaciones con mis hermanas y como no quieren

dejarme solo me pidieron que te pregunte si puedo ir a vivir contigo un tiempo.

— ¿Qué pasó? ¿Por qué no vas?

— Mmm...

— ¡Huy!, mejor no digas nada. ¡Claro que podés venir! Acá estaré.

— Gracias abuelo. Cuando esté más cerca la fecha te llamo para avisarte cuándo llego.

— No hay problema. Espero tu llamado.

— Perdona las molestias y gracias.

La llamada finalizó sin más qué decir. La situación ya se había generado. Adrián se iría un tiempo a vivir con su abuelo a la ciudad de Cerro Chato. Todo esto para Adrián era injusto. A su abuelo no lo veía hacía muchos años. Por los comentarios que había escuchado en su casa, el viejo había sido un egoísta que abandonó a su hija por una negra tupamara sindical. No quiere ir con él. Detesta la idea.

Al regresar a la sala, Adrián y Osvaldo quedaron en el sofá sin dirigirse la palabra. La televisión con el volumen muy alto, evitaba en el ambiente un silencio despreciativo.

Los días pasaron lentamente. Adrián conciente del rezongo recibido comenzó a mantenerse firme sobre sí mismo, evitaba problemas con sus padres y hermanas, obedecía en todo momento lo que ellos decían. Se estaba jugando todo porque se olvidaran de esa decisión estúpida de ir a vivir con su abuelo a Cerro Chato.

A dos semanas de fin de año, mientras descansaba en su cuarto entró su padre muy contento:

— ¡Mira lo que te traigo!

— ¿Qué tenés viejo?

— El boleto para Cerro Chato con fecha para el veinte.

— ¡Nooo! —Adrián siente que los músculos se le descuajan.

— ¿De qué hablás? Será buenísimo este tiempo.

— ¡No jodas papá!

— Es lo mejor para tranquilizarte un poco.

— ¡Ya pedí perdón! ¡No sé por qué siempre me piden más!

— Acá está el pasaje y dejá de lamentarte —se nota en la voz de Osvaldo la disyuntiva entre la dureza de la decisión y el frágil sentimiento hacia su hijo—. Además sabés que no pasarás mal.

— ¡No me jodas papá! Hace años que no lo veo. Apenas recuerdo su cara.

— ¡Tranquilizate un poco!

— ¡Claro! Lo que pasa que voy yo, pero si te tocara a vos...

— Puede ser... pero vos sos el problema. Como padre me parece bueno.

— “Como padre...” —rumorea Adrián con ironía.

— Deberías haberlo pensado antes de hacer cagadas. Ahora no seas dramático y aguantá.

— No me importa estar con ustedes. Quiero estar a gusto. Allá es todo desconocido.

— ¡Problema tuyo!

— ¡Buena manera de lavarte las manos!

— ¡No! El estúpido fuiste vos al organizar una fumata en mi casa.

— ¡No sabés nada y ya me encasillaste! ¡Tá! Gracias por el boleto, lo aprecio mucho.

— De nada chiquilín. Espero que madures y dejés los caprichitos de lado.

— ¿Yo caprichitos? Ustedes son los que piensan que yendo para allá me “volveré” bueno. ¿Nunca lo hicieron ustedes?

Osvaldo sin pronunciar otra palabra se retira del cuarto golpeando la puerta con fuerza.

Adrián sin entender se descuajaringa. Siente que su interior es como un útero de revolución instantánea de violencia y rencor.

Su habitación comienza apagarse lentamente. La percibe como un claustro de desgracia. El aire viciado no ayuda a certificar existencia alguna. Siente estar sumergido en un viejo pozo de agua en desecación.

La bombita baja de intensidad. Las paredes repletas de llaveros de colección reunidos por su madre le dan repugnancia. El placard abierto con telas que ni él mismo supo comprar lo acongojan en molestia. Todo se desvaloriza. La noche se deshace en pensamientos y culpas. La vida

para él hace tiempo que es inaceptable. Aprobó el año como le habían exigido y ahora en vez de ver el vaso lleno lo juzgan drásticamente por algo sin sentido.

Esa noche la soledad crece y se hace más notoria que de costumbre. Siente claramente la falta de comprensión y contención. Sus sentimientos se deforman. Todo para él pasa a ser errado. Por cada minuto que pasa se atormenta con suposiciones trastornadas.

Entre millones de pensamientos aparece la imagen del “*justo*”, aquel personaje coronado que vive colgado en el centro de las casas. No deja de cuestionarlo. Hasta la misma justicia le parece diversa. No ve las cosas con claridad. Está desahuciado por una decisión injusta. La ansiedad del cigarro lo atrapa fuertemente. Esa noche no quiso cenar, no quiso relacionarse con nadie. El Dios de la injusticia se ha apoderado de él. La imagen del amor se transformó en una idea irreal. Todo se ha caído.

Con ecuaciones emocionales y violencia reprimida se deprime sin razonar objetos ni lugares. Observa desde la cama aquella estantería repleta de libros y maldice a sus padres. ¿Por qué lo hacen? Los recuerdos inapropiados de su vida resuenan en sus oídos como voz tanguera que grita sin cesar el odio encarnecido. Ráfagas de vida lo atosigan sin piedad. En su corazón se enfrentan la paciencia obligada y la pasión desmedida.

Varios minutos tirado en su cama, aprisionado en una pasión sin sentido que lo acorrala como a un perro encerrado, desmenuza su vida en chiquero de chanchos. La mente en blanco y ese sentimiento de inferioridad arraigado a su nombre lo obligan a gritar en silencio, palabras que ni él mismo puede comprender:



Capaz no quieras saberlo o te incomoda.  
Tal vez es la inocencia de mi inconsciencia.  
Solo y sin amor, caído y en paciencia,  
me fumo un cigarro con la luna que me llora.

La luz nocturna que se asoma con melancolía,  
inunda mi corazón, lo llena de color.  
Pienso, pienso en ti, imagen del amor,  
quien colmó mi corazón y hoy lucha por su vida.

Tú has golpeado, has entrado y te has apoderado de mi corazón.  
Ya no tengo mando, mando alguno, sobre este amor.  
Tan solo escucho día a día, noche a noche, tu nombre gritar...  
que me desnuda a la espera de una incierta realidad.

La luna corre lenta entre las estrellas del cielo,  
persigue su andar sin esperar.  
Respiro, sufro, siento dolor... tengo vida... ¡Oh Dios, tengo vida!  
Vida sin pasión, con tu amor, opacado en el rencor.

Tú has golpeado, has entrado y te has apoderado de mi corazón.  
Ya no tengo mando, mando alguno, sobre este amor.  
Tan solo escucho día a día, noche a noche, tu nombre gritar...  
que me desnuda a la espera de una incierta realidad.

## - 2 -

### Del viaje a Cerro Chato

En los días siguientes la vida de Adrián se desliza con muy poco entusiasmo. Sin miradas específicas ni expresiones notorias el muchacho mantiene una emoción gris y resignada. La familia en estos días se parece a un cuartel militar, son como bloques de piedra alineados indefinidamente defendiendo sus pertenencias. El ambiente es de encierro injustificado. Están como a la espera de una sentencia.

— Osvaldo —dice Virginia en aquella tarde nublada—, ¿no te parece que nos pasamos con la penitencia? ¡Míralo! Está como que la vida no le importa.

— ¿Qué decís? Lo importante es mantenernos firmes. Él debe aprender que la vida no es todo fiesta y joda.

— Lo sé, pero no veo necesario dejarlo sin viaje.

— Ya lo hablamos. Se tiene que hacer hombre. Se irá con Leonardo y no quiero hablar más del tema.

El día veinte de diciembre Adrián se levantó sereno y callado. Ese día era diferente para él. A cambio de todas las otras veces que salió de campamento esta vez en silencio y soledad prepara su bolso. Elige sus cosas, las pone sobre la cama, separa las remeras por un lado, las

medias por otro, pantalones, shorts, ropa interior, calzado, cepillo de diente, toallas, etc. Todo en perfecto estado.

Al partir hacia la terminal se notan sus ojos embebidos en tormento inexplicable de soledad. Para él, la sentencia ya está escrita.

Antes de emprender el camino y sin razón alguna, decide pasar por lo de Leandro, aquel amigo que según sus padres lo lleva por el camino del desconcierto y la esclavitud.

— ¿Qué hacés por acá?

— Me voy a lo de mi abuelo. ¿Te acordás que te conté?

— Sí. ¡Que aburrimiento! Tratá de disfrutar lo que más puedas, capaz conseguís una china para no aburrirte tanto.

— Todo puede ser. No tengo idea de nada.

— ¡Arriba Adrián!

— ¿Tenés algo para tomar? ¡Quiero darme un gusto!

— Sí, pero no. Están mis abuelos.

— Ah, ¿te controlás hoy?

— Sí. Los viejos no se merecen mi maltrato.

— Me largo entonces.

— No lo tomes a mal.

— Todo bien, pero tengo un presentimiento que este tiempo marcará una distancia grande entre nosotros.

— Dejate de cosas. Cuando vuelvas avisame y nos tomamos una.

Al sentirse truncado y al mismo tiempo evitado, Adrián arranca de a pie el camino hacia la terminal.

Llega a Tres Cruces a las trece y cuarenta. La terminal se encuentra repleta de gente. Es como un arca con seres extraños que van y vienen por los corredores y escaleras, con el rostro alegre unos, con olor a despedida otros.

Marca su boleto en la empresa de viaje y espera su partida para las catorce treinta. Revisa su billetera y encuentra solo doscientos pesos. Compra un paquete de galletas y se sienta a esperar. Mientras observa, advierte cientos de miradas como la suya que por curiosidad estudian todos los movimientos del lugar.

Momentos más tarde escucha por los altavoces: “*La empresa Turismar avisa su embarque de las catorce treinta para la ciudad de Melo, andén 27*”. Levanta su cuerpo, que se encuentra más pesado que

de costumbre y se dirige al lugar. Al cruzar la puerta ve el Marcopolo blanco y azul atracado en el muelle. Le entrega su bolso a la azafata y asciende al ómnibus. Al subir distingue mucha gente preparándose para el camino. Algunos investigan los rostros que suben y otros en sus mundos paralelos, junto a revistas, bebidas y mantas, tratan de ambientarse para la aventura.

Echa un vistazo a su boleto y el asiento once le espera. Llega a él, pide permiso y se sienta. La situación de viajar para una ciudad desconocida, a vivir con un abuelo que apenas conoce, a sabiendas que es en tono de penitencia, le genera un sentimiento de frustración difícil de controlar.

La nave con destino a Cerro Chato comienza su andar a las catorce y treinta como estaba definido.

Cerro Chato es una ciudad que se formó en torno a una estación de trenes con línea Montevideo / Melo, que según muchos historiadores es el camino que los indios guaraníes utilizaban para llegar a las misiones jesuíticas. Es una ciudad ganadera ubicada en el límite de los departamentos de Durazno, Florida y Treinta y Tres, en el vértice de la Cuchilla Grande, situada sobre la ruta 7 “General Aparicio Saravia”, km 251.500.

A los pocos minutos de la partida, la azafata visita los asientos y corta los boletos. Los cuarenta y cuatro asientos de la nave están ocupados.

La persona de lado, mira su reloj, silencia el celular, toma una manta y se recuesta contra la ventana. De la misma manera Adrián imita su postura, cierra los ojos e intenta dormir.

A las diecinueve horas el ómnibus pasa por el kilómetro 250 cuando Adrián se despierta con un fuerte grito de la azafata: “¡Cerro Chato!”.

La nave atraca en la calle principal a las puertas de la pequeña agencia. Toma su bolso de entre la montaña de equipaje mientras busca a su abuelo entre los residentes. En eso recuerda que se olvidó avisar de su llegada. Su desconcierto aumenta. No tiene idea dónde está.

Sus pies descienden en el departamento de Treinta y Tres, a tres calles de Durazno y a siete de Florida. Es una situación muy extraña pero al mismo tiempo gustosa. Se encuentra en una ciudad donde desaparece la competencia entre banderas.

Sin saber para dónde arrancar decide sentarse en la plaza principal de la ciudad donde sus ojos se obsesionan al observar el cielo.

Con la mente atormentada apenas acierta develar las figuras celestes. Pero de igual forma deslumbrado como todo artista, se acercan a su mente millones de frases: *“La falta de humildad no te permite escuchar tu alma”*, *“la desinstalación es tu salvación”*, *“Observa el ‘sigillum regis’ de la creación”*.

— ¿Por qué tantas palabras? —balbucea a poca voz—. Esto es muy extraño. Estoy sentado entre el cielo y la tierra junto a una naturaleza que grita a fuerte voz:

Los días pasan y mi pulso sigue escribiendo.  
Los momentos se suceden y yo sigo junto al viento.  
La gente me cuenta sus horarios y yo perdido entre los barrios.  
¿Será que la locura se apoderó de mí?  
¿Será que mi dignidad perdí al poder vivir?  
¿Será que sufro sin razón y que mi vida es un error?

Ay, ay, ay, ay, canta y no llores  
porque cantando se alegra cielito lindo los corazones.

Locura divina, sencilla y dolorosa,  
tu arte me desborda en desesperación.  
Si alguien puede matar el amor, déjenme loco por favor.  
¡Si estoy loco... qué lindo momento!  
¡Si estoy cuerdo... qué grande qué perfecto!  
Si amarme y respetarme es un error, ¿por qué sonrío el corazón?

Ay, ay, ay, ay, canta y no llores,  
porque cantando se alegra cielito lindo los corazones.



Al cabo de varios minutos se vuelve sobre sí mismo como si de una hipnosis escapara. Mira alrededor y decide buscar información sobre el paradero de su abuelo. En eso ve un supermercado abierto.

— Buenas noches. Ando buscando al Sr. Ramil. ¿Me puede ayudar?

— Claro muchacho —contestó el cajero—. El viejo vive del lado de Florida.

— Soy de Montevideo, no tengo idea cómo llegar.

— No tendrás problema. Caminate derecho hasta la rotonda, dale la vuelta y verás una sucursal del Banco República. Desde allí por la lateral seguí hasta el final y encontrarás su casa.

— Gracias compadre.

— ¡Pa' servirle mocoso! Mandale saludos de Tomás.

Mientras echa su camino pasa por varios lugares históricos de la ciudad: la terminal de trenes, el hotel "Lain", el bar "Las chapas", etc. Se denota que todas las edificaciones se remontan al 1900.

Llegando al hogar de Leonardo, Coyote anuncia que un extraño se asoma. Al pasar por el jardín la puerta se abre:

— ¡Adrián! ¡Qué sorpresa! ¡Bienvenido!

— ¡Gracias abuelo!

Sin apartar los ojos de Adrián, su abuelo se acerca y le regala un abrazo. Al momento se acerca Coyote, que a distancia lo mira desconfiado. Parece que hasta el mismo perro percibe en la personalidad de Adrián algo nebuloso.

— ¡Qué lindo verte! Pasá, ponete cómodo. No sabía que venías.

— Perdón. Olvidé llamar.

— No hay problema. Sabía que era en esta época. ¿Cómo llegaste?

— Pregunté y llegué. Tomás te envía saludos.

— ¡Qué bueno!

Estando dentro y con su ojo de arquitecto Adrián inspecciona toda la casa. Está construida con paredes de ladrillos revocadas al balet, pintadas en color amarillo patito, techo interno bien decorado en madera a dos aguas que por fuera se cubre con tejas de solape color rojizo. In-

ternamente las paredes están decoradas con pinturas de paisajes rurales, adornos de mar y campo.

Le sorprendió mucho un cuadro ubicado en el centro de la habitación que tenía diseñada una pirámide dividida en dos partes por una riña de hombres que luchan por llegar a la cúspide. Algo extraño pero interesante.

— ¡Qué grande que estás gurí! Hace años que no te veía... ¡Contáme! ¿Cómo encontraste el pueblo?

— No pude ver nada. Parece familiar.

Coyote entre tanto se mantiene alejado, observando a Adrián. Leonardo en cambio se da cuenta que el ambiente está tenso. Confirma que el muchacho está desconforme y cuestionado.

— Estoy preparando un guiso de lentejas. Espero quieras comer.

— Claro que sí. Tengo un hambre que me hace ladrar la panza —mira al ovejero en tono de chiste y continúa—. El viaje fue largo y en verdad no comí nada.

— ¡Mejor gurí! Sentate que le damo' al diente.

— Gracias abuelo.

— ¿Te animás a servir la bebida? ¿Te gusta un vinito?

— ¡Sí claro!

— Abrilo entonces. Está en el placard rojo.

Mientras destapa la botella su mirada se detiene en la pirámide. Coyote entre tanto se acerca y comienza la etapa de conocimiento, lo olfatea por todos lados.

— ¿Te gusta la pintura? —le interrumpe su abuelo.

— Sí. Es extraña. Me atrapa.

— Yo la pinté.

— Muy bonita. Te felicito.

— Gracias. Es para aprender a ver lo que no ves.

— No sé que decís.

— ¡Despertá Adrián! Parece que andás pasivo. La pintura define el problema de la sociedad. Tenés que mirarla detenidamente para comprenderla.

— Trataré.

— ¡Vamos a brindar muchacho! Ojalá que este tiempo sea productivo y puedas aprender muchas cosas de la vida y de esta tierra. ¡Salud!

— ¡Salud!

Su abuelo sirve dos grandes porciones de guiso mientras Coyote a su lado come unos grandes huesos de asado que sobraron del mediodía.

— Gracias por todo abuelo.

— No digas eso. Esto es lo más mundano que tengo. Trataré de compartirti mucho más.

— Sé que sí, pero no se nada de campo.

— ¿De campo? ¿Quién dijo campo? No te preocupes que ya aprenderás.

La cena se transcurre lenta y serena. Al finalizar, Leonardo le muestra la habitación que había preparado. Adrián estaba tan cansado que no sabía qué decir. Coyote sale rápidamente por la puerta del fondo entendiendo que el día había alcanzado la etapa de descanso.

— Gracias abuelo. No era para tanto.

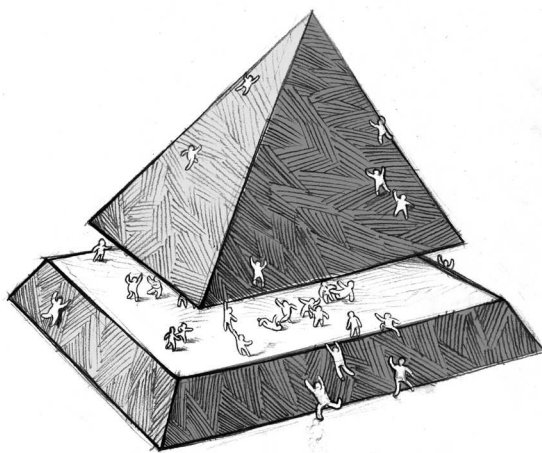
— ¡Claro que sí! Ya sabía que vendrías. Hace tiempo que esperaba esto.

— Gracias.

— Nada que agradecer. Te dejo descansar.

Al quedar solo en la habitación Adrián distingue que el aire es más fresco y puro. No había tanto olor a tabaco como en el comedor. Al parecer esa habitación no había sido estrenada. Existió un reconocimiento de diez segundos y sin pensar se echó en la cama y se durmió.

Leonardo mientras tanto se sentó en la sala de estar, encendió su pipa y delante del viejo cuadro repasa pensativo:



“Hay una vieja enseñanza egipcia, con cultura de milenios, que utiliza la pirámide de los egipcios como modelo para llegar a lo máximo de la creación. Esta pirámide muestra cuatro diferentes caminos para llegar a la verdad esencial, a la cúspide de la pirámide. Estas son la Religión, la Ciencia, el Arte y el Poder. Ese corte en medio y esa lucha entre los hombres es lo que conocemos como sociedad. La ciencia, la religión, la política y el arte pelean entre sí para demostrar cuál de ellos es superior. Son cuatro caminos independientes que recorridos con responsabilidad y seriedad llegan al mismo fin... la sabiduría.

Ojalá veas que la regeneración empieza allí, en la pregunta esencial de cada hombre sobre sí mismo: ¿Ser o no ser? Ahí está la estabilización entre lo material y lo espiritual, entre lo real y lo virtual, entre lo que somos y lo que aparentamos. Ahí es donde nace la mediación entre lo natural y lo divino, entre nuestro cuerpo y la fuerza del amor”.

## - 3 -

### Frente a la paффricada

La mañana siguiente asomó con un sol apacible y familiar. Al despertar Adrián se despereza y observa el lugar a plena luz. Sale de su cuarto, se acerca a la sala de estar y no escucha movimientos.

Sin mantenerse quieto comienza el recorrido del lugar. Queda impresionado al llegar a aquella cocina austera equipada con un horno antiquísimo a leña, una mesa sin lustrar, unos estantes desalineados, una heladera similar a las usadas en los viejos bares arrabaleros y la clásica pileta profunda con canilla esférica para el agua fría.

El baño, el lugar más nuevo de la casa, está detallado con azulejos modernos, piso de material, bidet, pileta de manos, inodoro con cisterna incorporada y una ducha muy bien finalizada con mampara a dos hojas, todo con un esplendor sensacional.

— Abuelo. ¿Estás por ahí? —pregunta sin escuchar respuesta.

Algo confundido camina al dormitorio de Leo, y entre una mezcla de asombro y espanto, admira toda la austeridad al ver una mesita de luz armada con cajones de feria, una pequeña lámpara, una mecedora contra la ventana, un viejo reloj colgado en la pared, un catre y un par de alpargatas en la mini alfombra ubicada de lado.

Al cabo de vagar una hora por la casa escucha que la puerta principal se abre.

— Hola abuelo —grita levantándose rápidamente.

Al acercarse a la puerta queda absorto al ver a una mujer que entra como si estuviera en su propia casa.

— ¡Buenos días! —dijo Adrián con tono irónico.

— ¡Buen día! —contestó la mujer mirándolo a los ojos—. ¿Qué tal Adrián? Soy Natalia amiga de Leo.

— ¡Ah! Mucho gusto —dijo inseguro.

— Igualmente. Vengo a cocinar todas las mañanas.

— No sabía que mi abuelo cuando sale deja a alguien cocinando y limpiando.

— ¡Mal prejuicio tienes!

— No es eso, es que...

— ¿Te dijo Leo que nada es como se pinta en la cabeza? —interrumpió bruscamente.

— No entiendo. ¿De qué habla?

— No importa. ¡Decime Natalia! No soy tan vieja como para que no me tutees.

— Está bien. ¿Hace mucho que trabajás acá?

— Te cuento que a Leo lo conozco desde hace treinta años. Es muy amigo de mi madre. Hoy en día lo ayudo un poco en la casa. En este tiempo me pidió que viniera todas las mañanas para ayudarte en lo que puedas necesitar.

— Desde ya le agradezco —expresó con voz compungida.

— Nada de disculpas muchacho. A esta vida vinimos a vivir y no a dar excusas. ¿Querés un desayuno?

— ¡Sí!

Adrián entre tanta sorpresa no sabe qué hacer. Con la vergüenza que siempre lo caracterizó y el miedo a caer mal, no tiene idea de cómo actuar. Natalia entre tanto saca de su bolso un dulce de leche y pasa a la cocina; comienza a preparar unas grandes tazas de café con leche y unas tostadas.

— Me gustaría conocer la vida de campo —dijo Adrián con interés—. ¿Podré aprender algo?

— Tal vez sí, pero lo importante no es que veas la vida de un campesino sino que puedas ver la tuya.

— No entiendo.

— En esta ciudad no somos muchos pero nos encanta vivir. Somos compañeros y nos conocemos. “Pueblo chico, infierno grande”.

— ¿Pero ver mi vida?

— No Adrián. Capaz sos muy joven y no te lo has cuestionado aún. Tu forma de vivir, tus quehaceres diarios, si tu interior está acurrucado a lo que muestras por fuera o está hundido en un rincón sin recuerdos.

— ¡Ah! Creo entender... tengo diecinueve años y termino secundaria. El año próximo comienzo la facultad. No tengo novia y mi familia es como las demás.

— ¡Qué belleza! —contesta Natalia de forma irónica—. Como dije será bueno que veas tu misma vida y así elegir sobre ella.

— Creo que mi vida es así.

— Todo lo que nombraste es externo. Sobre ti nada has dicho e imagino que nada conoces.

— No creo que sea como lo decís, pero acepto tu opinión —dijo en tono de molestia—. Y de ti, ¿qué se puede saber?

— ¡No se enoje señorito!, no hay duda que sos de la capital. ¿No te gusta que te pregunten ni te llamen la atención?

— No es eso... —queda titubeando.

Natalia espera el final de la oración pero tan solo logra que el joven escape al baño algo incómodo y sin palabras. La tensión en la conversación había crecido. Adrián no podía controlar la charla. Natalia incrimina, cuestiona suavemente y lleva la conversación por donde quiere. Esa situación lo incomoda mucho.

Mientras enjuaga su cara la voz de Natalia llama su atención:

— Leonardo, ¿cómo estás?, ¿cómo te fue?

Al escuchar esto sale rápidamente.

— ¡Abuelo!, qué lindo verte. Pensé que demorarías más.

— ¡Adrián! ¿Cómo amaneciste? Veo que ya conociste a Natalia —se miraron tiernamente y echaron a reír.

— Sí —contestó Adrián sin entender esas risas.

Leonardo miró fijamente a los ojos de Adrián y vio claramente que estaba algo cuestionado y desinstalado. Entendía que estar en una

ciudad paisana era completamente diferente a la capital. Para el chico era un cambio drástico en horarios, salidas y conversaciones. Él mismo recuerda que cuando eligió irse a vivir al interior sufrió mucho esa erradicación.

— Voy al cuarto a desarmar el bolso —dijo Adrián libremente—. Un gusto Natalia.

Ver la escena desde fuera era como observar una simple situación de nervios. Adrián mientras habla mueve los pies sin poder controlarlos, Leonardo y Natalia se miran con toda complicidad dejando percibir que tienen algo planeado para el joven a quien no le dan tiempo para un asentamiento. Se ha tornado todo en una situación imprudente.

Entre tanto en la capital el calor asfixia las calles. La ciudad bañada en sudor alimenta varios bares que almacenan a aquellos que paran “a tomarse una”, como a aquellos que no quieren estar en la soledad de las casas.

La familia de Adrián está preparando las valijas para partir de viaje. Tanto Osvaldo como Virginia, las veces que pueden, se animan el uno al otro en haber tomado la decisión correcta al enviar a Adrián a Cerro Chato.

— ¿Estás seguro Osvaldo?

— Realmente no sé, pero me apoyo en lo que mis padres hicieron conmigo cuando dije que no quería estudiar más enviándome a vivir con mis tíos a Flores donde cultivé cereales por un largo tiempo.

— Pero eran otros tiempos. Creo que nos pasamos.

— No digas macacadas. Adrián tiene que hacerse hombre de una vez por todas y dejar la tontería de sus amiguitos. Yo a su edad ya trabajaba y me mantenía económicamente.

— ¡No compares! Los padres somos nosotros.

— Está bien. Dejémoslo así.

— Llamaré para hablar con él.

Las habitaciones de la casa con el viaje a Brasil parecen abandonadas. Todo está cubierto con sábanas blancas para evitar el maltrato del tiempo.

El escritorio en cambio todavía mantiene un ambiente de estudio y de trabajo. Tanto sea por la mesa que se encuentra en impecables condiciones, como por el lambriz de pino que cubre las cuatro paredes, se constata que el escritorio es la única habitación laborante.

Al entrar, Virginia toma el teléfono y llama a su padre.

— Diga.

— Papá, soy Virginia.

— Hola niña. ¿Cómo estás?

— Yo muy bien. ¿Adrián está por ahí?

— Llegó ayer en la noche. Está arreglando sus ropas.

— ¿Puedo hablar con él?

— ¡Adrián! —grita Leo desde el comedor de la casa—, tu madre por teléfono. ¿Atendés?

— Sí voy.

— ¡Hola!

— Adrián ¿cómo estás?

— Bien, tratando de amoldarme.

— Qué bueno. Nosotros nos vamos mañana para Brasil. Quería llamar para despedirme.

— Gracias.

— Estaré llamando más adelante.

— Yo estaré acá, no puedo escapar.

— Te hará bien un tiempo solo.

— No quiero hablar de eso.

— Bueno. Mandale saludos al abuelo.

— Chau.

Virginia queda más tranquila pero siempre cuestionada. Los nervios parecen haberse empapelado con una tranquilidad temporal.

— ¿Hablaste con él? —se acerca Osvaldo preguntando—. ¿Cómo estaba?

— Está bien, pero lo sentí dolido y distanciado.

— Dale tiempo. No será nada.

— Adrián, la comida está pronta –le gritó Natalia desde el comedor.

Liquidando las tareas, se cambió de camiseta y se trasladó al comedor. Los platos ya estaban servidos con guiso de arroz y costillas de cerdo. El vino tinto terminaba la decoración de aquella jarra de vidrio tallado. Las servilletas de papel ubicadas con mucho orden al lado de los platos terminaban de definir una mesa de amigos bien presentada.

— Sentate –indicó Natalia.

— ¿Cómo te has sentido hasta ahora? –preguntó Leonardo.

— Bien. Algo raro porque “soy nuevo” en el campo, pero todo bien.

— Ja, ja. Entiendo...

— ¿Qué estudiás Adrián? –preguntó Natalia.

— Terminé el liceo y quiero ser arquitecto.

— ¡Qué bien! Espero que eso sea lo que quieres de corazón y no te dejes llevar por apariencias.

— Es lo que más quiero. Lo soñé de pequeño.

— Nunca dejes que nada ni nadie te impida cumplir tus sueños.

— Gracias –exclamó Adrián sorprendido– ¿y vos qué hacés?

— Soy ama de casa paisana, vivo con mi madre “la bruja” y ayudo a Leo cuando tengo tiempo.

— ¿Por qué ama de casa paisana?

— Ja, ja –interrumpió el abuelo–. Ser ama de casa en el campo no es lo mismo que en la ciudad. Aquí la mujer se encarga de ordeñar, hacer la manteca, galletas de campaña, las comidas del día... como también de limpiar toda la casa y demás estancias. Es muy sacrificado el trabajo de la mujer. Nosotros “los machos” sembramos la tierra, alambramos, alimentamos los bichos, pero antes de caer el sol termina nuestra labor, mientras que la mujer continúa hasta después de la cena.

— Entiendo.

— Sí –dice Natalia– pero tomarlo como un servicio estimula a hacerlo.

— ¿Por qué le dijiste bruja a tu madre?

— ¡Huy!, es una historia larga. ¡Contále Leo!

— Muy bien. Elvira es conocida en la ciudad como “la bruja”. Ella ayuda a la gente “prediciendo el futuro” con su rueda maya. Ha acer-

tado muchas cosas. A mí me anunció tu venida. Me dijo que debo enseñarte.

— Espero que así sea —dijo Adrián con la inocencia de un niño de pecho.

Leonardo y Natalia se miraron soslayadamente y se echaron a reír. Adrián trata de entender esa situación cuando de repente un comentario de Natalia lo descoloca.

— Ojalá no te arrepientas de haber venido.

— ¿Qué decís?

— Cuando conozcas las tácticas de tu abuelo espero las aceptes.

— Bueno, bueno... —dice Leonardo cambiando de tema—, ya veremos.

— ¿Cuándo conoceré a doña Elvira? Ya me picó el bichito.

— ¿Estás seguro que la querés conocer? No tenés idea de cómo es ni cómo actúa. Si es conocida en la zona como “la bruja” no merece buenas opiniones.

— No digas eso de tu mamá, además las opiniones no son cosas reales. Me parece interesante conocer a Elvira.

— ¡Muy bien! ¡Hay vida inteligente en tu interior! Me gusta tu forma de pensar. Seremos buenos amigos.

Entre risas y cuentos de campaña el almuerzo llega a su final. Don Leonardo se retira a una siesta mientras que Adrián y Natalia continúan conversando.

— ¿Qué edad tenés Natalia?

— ¿No te enseñaron a no preguntar esas cosas?

— Perdón. No era mi...

— ¡Es un chiste tonto! Tengo 39 años, soltera y sin compromiso.

— ¿Y vives para tu madre y amigos?

— Trato de servir.

— Eso demuestras.

— ¡Ah! ¡Mirá vos!... ¿y en qué te basás para decir eso?

— No sé. Deduzco de lo se ha conversado.

— Eso quiere decir que te dejás llevar por las apariencias. ¿No pensaste que te puedo haber mentido en todo, y que en verdad no soy servicial, sino una obligación moral y por eso actúo así?

— No sé —titubea Adrián—. No lo pensé. Tus ojos no parecen mentir.

— ¿Tenés dones? Es bueno que los puedas desarrollar. Espero que te animes a enfrentarlos porque muchas veces te podés llevar varios desengaños.

— ¡Uf! Hablas a un nivel muy alto. No entiendo todo tan rápido.

— No importa. Ya aprenderás.

— Espero que sí. Imitaré a mi abuelo y me echaré a dormir un rato. Gracias por la comida.

— De nada.

La tarde pasaba de forma regular. El calor se amainaba con el viento sur que corría entre las ventanas, mientras los perros de la cuadra dormitaban debajo de los árboles ocultándose del sol.

Al despertar Leonardo llama a Adrián avisándole que la hora del paseo había llegado. Entre tanto prepara un mate con boldo, agarra unos caramelos de miel de su mesa de luz y una botella de grapa para llevar a lo de Elvira.

Van saliendo y ven al sol de caída. El muchacho nunca en sus 19 años había visto algo tan lleno y vivo. Igual que el asombro al contemplar la luna dos noches antes, esta vez el sol lo abatió con ternura.

Luego de varios minutos de caminata por la ciudad llegan a lo de Elvira.

— Esperen acá que le pregunto si puede atenderlos –dijo Natalia entrando.

— ¿Es la presidenta de la ciudad? ¿Debemos tener cita?

— No es la presidenta, ¡es Elvira!, la bruja del pueblo. Te recomiendo que seas respetuoso. Es una persona muy sabia.

Minutos más tarde Natalia salió dando la bienvenida. Adrián sin perder el ojo de arquitecto observa toda la casa. Dos habitaciones, cocina, comedor, baño, nada le parece anormal.

— ¡Adelante! –dijo Elvira con voz suave y misteriosa.

— Buenas tardes Elvira.

— Buenas tardes Leo. ¿Dónde está el joven al que le debemos abrir los ojos?

— Pasá Adrián.

— Buenas tardes Adrián. ¿Cómo estás?

Adrián la mira detenidamente analizando todo antes de responder.

— Bien gracias –dijo algo tenso-. He venido a conocerle.

— Muy bien. Espero no te asustes de esta bruja.

— No creo en las brujas.

— ¡Puedo verlo! Crees solo en ti y eso no está bien.

Las miradas se cruzaron rotundamente y el silencio se plantó en medio. El muchacho no esperaba ese comentario, se sintió agredido.

— ¡Leo!, este chico dará trabajo. Será difícil matar ese narcisismo que lleva arraigado. El joven no dejará que las cosas que le enseñes se le escapen de las manos, pero su soberbia es grande y deberás combatirla.

— ¡Gracias! –interrumpe Adrián–. No eran necesarios tantos elogios.

— ¿Ves Leo?, te llevará trabajo pero valdrá la pena.

Adrián está en medio de la habitación y no entiende absolutamente nada. Leonardo y Elvira continúan conversando sobre números, teorías, y símbolos evitando al muchacho. En eso Elvira se pone de pie invitando a Leo a llevarla del brazo al comedor.

— ¿Vamos a preparar la cena y nos seguimos conociendo de aquel lado?

— Pequeño, ¿me ayudas? –pregunta Natalia entrando en la cocina.

— Claro. ¿Qué debo hacer?

— Abrí las papitas fritas y cortá esa longaniza.

Mientras tanto Leonardo y Elvira preparan la mesa del comedor. Mantel al medio, botella de grapa, agua mineral y whisky.

— ¿Nos sentamos? –dijo Elvira.

— Adrián –le llama su abuelo– vamos a la mesa que Elvira ya ordenó.

Todos sentados a la mesa degustan una exquisita cena pueblerina elaborada a base de carne vacuna cocida a la plancha, acompañada con una ensalada fresca de lechuga, tomates, apio y huevo duro.

Mientras que conversan del clima, de la venta de ganado, de las costumbres que se suceden en la ciudad en tiempos de raid, la bruja en tono reflexivo pregunta:

— ¿Por qué viniste a mi casa Adrián?

— Quería conocerle.

— Qué interesante. Ya lo harás. Tengo muchas cosas que me gustaría contarte pero veo que ahora no es el momento indicado.

Estoy segura que otro día conversaremos y te contaré más de lo que querés saber.

— Elvira —replica Adrián— ¡estoy preparado! Dígame lo que le parezca.

— Con esa seguridad me doy cuenta que no lo estás. Mejor me voy a dormir. Ha sido un día largo.

Sin tiempo de pronunciar palabra doña Elvira deja el comedor. Adrián baja su rostro en señal de pésame y piensa: “*¿Por qué falta tanto para volver a casa?*”. Entre tantas cosas su mente recuerda su origen y siente muy cercana la soledad. Leonardo y Natalia continúan conversando como si nada malo hubiera pasado.

— ¿Vamos Adrián?

— Sí. Te estaba esperando.

— Hasta mañana Natalia.

— Hasta mañana. Iré cerca del mediodía para el almuerzo.

— Muy bien.

El silencio parece haber quebrado la comunicación. Mientras caminan de regreso, Adrián se muestra consternado, no entiende porque las palabras de Elvira fueron tan duras.

— ¿Qué quiso decir Elvira cuando pronunció: “Me doy cuenta que no estás preparado para escucharme”?

— Creo que dijo lo que dijo. No te ve preparado para escuchar lo que tiene que decir.

— Pero no puede decir eso. ¿Quién mejor que yo para saber cuándo estoy preparado?

— Ese es el tema Adrián. Tú crees estar preparado pero no lo estás.

— ¿Y Elvira se dio cuenta en minutos?

— Es la bruja.

— ¡No lo es!

— Está bien que veas diferente, pero te aseguro que no estás preparado para escuchar sus palabras. Debes dejar esas niñerías para poder crecer como persona.

— ¡A bueno! Creo que estás hablando de más. No me conoces y opinas de forma equivocada. ¿Qué niñerías?

— No, yo digo lo que veo.

— ¡¿Lo sabés todo?!

- No te enojés.
- Me enoja. Es mi vida. ¿Por qué crees que tu vida es mejor que la mía?
- No entiendo esta reacción violenta. ¿Qué tiene que ver todo eso con lo que estamos hablando? No seas inmaduro
- ¿Yo soy el inmaduro?
- ¿Sabes qué quiso decir Elvira cuando dijo que no estabas preparado?
- Hace rato que lo vengo preguntando.
- Se refería a la leyenda de Narciso.
- ¿Qué tiene que ver conmigo?
- ¡Todo! No eres más que Narciso en potencia.
- ¿Qué decís? No tengo nada que ver.
- Como vos digas. Si aceptas lo que digo mejor y sino no lo hagas.
- ¡Ah bue'!... Me voy a dormir. No quiero seguir hablando.
- Hasta mañana.

Leonardo lo mira retirarse con andar ofuscado y tembloroso, no entiende tal reacción.

Sin mucho preocuparse entra a su cuarto, donde con la pipa en mano, sentado en su mecedora, descansando las piernas en una pequeña banqueta, mira por la ventana al campo iluminado por la luna y piensa internamente:

Eres un personaje en potencia. Me hacés acordar a mis años de juventud e inmadurez. Qué pena que no quieras escuchar. El viaje es largo pero trataré de ayudarte a ver lo que no se ve. ¿Dejarás a Narciso de lado y comenzarás a ser Adrián, para olvidar tu imagen y lograr así ser tú mismo en todo momento y lugar?, o ¿te verterás en los brazos de Némesis, la diosa de la venganza, quien hechiza a los ciegos enamorándolos de su propia personalidad?

El mito Narciso adolescente de hermosura deslumbrante.  
 Belleza superior, indiferente, ya persona intolerable.  
 Un día llega a una fuente y se enamora del reflejo de su imagen  
 de su misma sombra, de su mismo olor.

Añora alcanzarlo, sin poder poseer aquel objeto,  
se queda contemplando, se consume, se muere anonadado,  
muriendo para sí, muriendo para sí.

¡Sociedad contemporánea narcisista! ¿Para quién?  
Vivimos traicionando nuestro ser, cediendo a los demás...

¡Qué error! ¡Qué error!

Dicen, que el narcisista un consumidor ideal.

Antojos ilimitados para su ser.

Satisfacer su propio ego homenajearlo  
a la sociedad... a la sociedad.

Nunca se asocia para proyectos colectivos.

Sus relaciones con los demás son superficiales, son funcionales.

Nadie en su corazón habita más que él.

Se creen ideales... algo mentales... ¡irreales!

Viven mintiendo, fingiendo, pidiendo,  
sólo para ellos muriendo en todo momento.

Desmerecen a los demás con insultos.

No creen pertenecer al mundo más sino a otro culto.

Dicen vivir en la ayuda al prójimo,  
pero no viven en la luz más sino en lo oculto.

Somos tú y yo perdidos en este inframundo.

Confunden felicidad con apetitos pasajeros,

que reflejan la imagen de un pobre ser

que no es de uno y se vende a la sociedad, a la enfermedad.

Habito en un mundo modelado por Narciso,

pero no acepto y no quiero vivir así,

alucinando sentimientos y fingir, y mentir.



- 4 -

## No evites la verdad

Con un ruido pavoroso Adrián despierta. Algo conmovido se incorpora en la cama tratando de asimilar la realidad. Se sentía algo cansado. Mira su reloj con los ojos achinados y ve que son las 8 am.

Algo fastidiado se levanta. Al salir del cuarto observa que la casa está con todos los postigos cerrados. Percibe una situación rara.

La oscuridad apenas iluminada por pequeños rayos de sol que se cuelan por las rejillas, no concede lindo augurio para un joven de diecinueve años confundido y con poca personalidad.

Sin mucho reflexionar pero igual tratando de encontrar una relación lógica y ecuánime a todo aquello, descarta pensamientos negativos y se acerca a la cocina para desayunar.

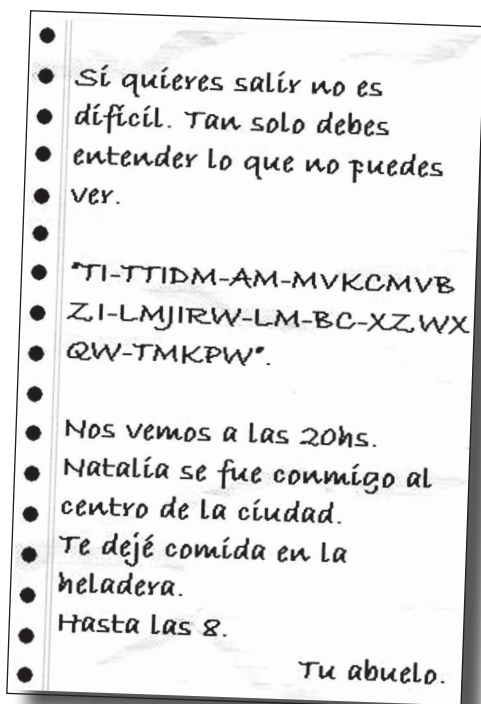
Al llegar observa sobre la mesa una pequeña nota que sin entender, pero contento por haber encontrado información, guarda aquel papel en los bolsillos y se prepara un mini desayuno.

Al terminar se dirige al baño, enciende la luz, se desnuda para una ducha y distingue que el baño del viejo no tiene calefón. Sin pensar mucho da media vuelta en señal de escape y al momento observa su

emoción, se autoenjuicia de miedoso y cómodo, se llena de valor y se mete al regadero.

Al terminar el baño se viste, se peina, lava sus dientes y se acerca a la puerta principal buscando la llave para salir y disfrutar del sol matutino. Mira en el llavero, en el pequeño muro divisor, en la mesa del estar y no encuentra nada. Revisa la cerradura de la puerta del fondo y también está cerrada. No comprende esta situación. Entre tantos pensamientos se mira las manos y siente un sudor frío corriendo por ellas.

Toma la nota de su bolsillo y la examina nuevamente tratando de comprender aquellos símbolos: *"Si quieres salir no es difícil. Tan solo debes entender lo que no puedes ver. "TI-TTIDM-AM-MVKCMVBZI-LMJIRW-LM-BC-XZWXQW-TMKPW". Nos vemos a las 20hs. Natalia se fue conmigo al centro de la ciudad. Te dejé comida en la heladera. Hasta las ocho. Tu abuelo."*



No entiende. Trata de relacionar la nota con cosas que haya dicho su abuelo y no ve nada. Se siente cegado.

Sin comprender entra a su habitación y algo disgustado decide leer aquel libro “Arte egipcio” que tenía como recreación.

El silencio comienza a ocupar el lugar, entre los párrafos se pierde en malos pensamientos. No logra concentrarse. En su interior sigue rumoreando que alguna solución debe existir. Camina de un lado para el otro de la habitación. No sabe qué más hacer.

Transformado en un saco de nervios decide pensar en frío. Baja las revoluciones, se tira en su cama y trata de ver más allá de los simples juicios que emanan de su mente. Entiende que esas letras están cifradas pero no entiende de que manera.

Centrándose fuertemente decide dividir el problema en muchos modos posibles y hallar varias soluciones. Mezcla letras consecuentes tratando de pensar cognitivamente pero nada pudo descubrir. Armó diferentes combinaciones en bloque pensando que podía tratarse de una simple sopa de letras, pero tampoco resultó. Luego decidió pensar en modo metafórico sabiendo que la metáfora para los artistas es como una manifestación de la genialidad, algo que también dio respuesta negativa.

Al cabo de dos horas estudiando y relacionando aquel cifrado singular que logró ponerlo de mal humor, recuerda que en el liceo un compañero presentó una charla sobre la seguridad informática donde explicó varios tipos de cifrados. Retrocedió en el tiempo a aquel día, a aquella sala de conferencias repleta de compañeros diferentes que miraban asombrados al nerd de turno que hablaba, y recordó el esquema del primer cifrado inteligente llamado de sustitución, o conocido en la rama técnica como el cifrado de Julio César. Recordó también que el mismo usa una generalización donde el texto original se desplaza una “k” cantidad de letras a la derecha originando así el texto cifrado, siendo la “k” la variable principal a definir, la constante para la sustitución.

— ¡Pero no puede ser! No veo la constante.

Pasan los minutos y la desesperación comienza a acorralar a Adrián. Su mente loca hace interpretaciones sin dejar de acusar a su abuelo por el momento que le está haciendo pasar: “¡Qué ganas de joder con esta taradez!”

Tiempo más tarde y bien enojado consigo mismo por sentirse un estúpido, comienza a inspeccionar toda la casa. Sabe que algo tiene que encontrar. Examina los cuartos, las ventanas, la cocina. Busca cosas que sean común denominador en la vida de su abuelo y no encuentra nada.

— Estoy jugando un juego que no conozco –piensa para sí—. ¡No entiendo nada! Me están tomando el pelo. Ayer con Narciso y hoy con esta estupidez... y el viejo paseando hasta las ocho.

Vuelve a mirar el mensaje, y grita:

— ¡Eso mismo! ¡Ocho! la K=8. Si sustituyo queda que la S es B, la I es Q... Mmm... ¡No sirve! ¡Mierda! Es imposible. ¿Cómo lo hizo?

El tiempo seguía pasando y Adrián, a cada minuto, más enredado en sus pensamientos. Parece una bomba de tiempo. Sus emociones lo controlan. El abuelo lo está poniendo en una desesperación que nunca había vivido.

— ¿Por qué está jugando conmigo? ¿Qué es eso de tener que ver las cosas? ¡Qué rebuscado el viejo!

Piensa y piensa...

— ¡Rebuscado!... ¿Si hago la sustitución en sentido antihorario? La T se sustituye por L, la letra I por A, la letra D por V... ¡Ahora sí!

“TI-TTIDM-AM-MVKCMVBZI-LMJIRW-LM-BC-XZWXQW-TMKPW” = “LA-LLAVE-SE-ENCUENTRA-DEBAJO-DE-TU-PROPIO-LECHO”.

— ¿La llave está en mi cuarto?

Adrián salta de la silla, corre a su cuarto y encuentra debajo de su cama el llavero con todas las llaves de la casa. Mira su reloj y se asombra. Perdió todo el día por una simple nota. Sale de la casa, se sienta en el banco del jardín y espera...

Pasados unos minutos de la hora veinte, mientras el sol se esconde detrás de aquel pequeño monte y los campos se ofrecen para descansar, divisa a lo lejos a dos personas que caminan hacia él. Sabe que es su abuelo. Espera quieto en la silla; mantiene el torso recto y estático, ansía el encuentro.

— ¡Te felicito Adrián! Resolviste el problema. Pudiste ver más allá de tus ojos.

— ¡Qué pelotudez! —contesta molesto.

— ¡Viste! —indica Natalia—. Te dije que debes soportar las estrategias de tu abuelo.

— ¡Vos callate que sos cómplice de todo!

— ¿Qué te pasa Adrián? —pregunta Leonardo asombrado.

— ¿Todavía preguntás? Estuve todo el día encerrado a causa de una nota estúpida.

— En vez de alegrarte por haber entendido el mensaje protestás como un niño mal criado. ¡Lo lograste! ¡Eso es lo importante! ¿Por qué reaccionás así? Si tuviera esa personalidad de diecinueve años tampoco hubiera querido estar encerrado tantas horas, pero dejá de increpar las cosas y aceptá la vida como es.

— ¿Qué cosas? ¿Una frase cifrada? ¿Un juego estúpido?

— ¡No chiquilín! Aceptá las cosas como son desde tu ser humano natural.

— Ah bue'... ¿Filosofía? ¿Sos Dios para saber lo que debo, quiero y tengo que hacer?

— Ja, ja —sonríe su abuelo y continúa— No es eso pero gracias. Solo digo que debes matar a Narciso para poder ser libre.

— ¡Sé quién soy!

— ¿Estás seguro? Yo creo que te defines por el dinero que llevas, por lo bueno que eres en los estudios, por ser centro de atracción... pero en realidad no tenés idea de quién sos. Vos mismo te juzgas con prejuicios externos y eso es la mentira más grande que puede hacerse el hombre. ¡Despertá de una vez!

Adrián lo mira en silencio y con cara desenchajada, no sabe cómo reaccionar. Esta situación lo ha sacado de lugar. En eso se escapa a su cuarto.

De forma diferente Natalia y Leonardo se dirigen a la cocina a preparar unos raviolos con salsa de tomate y albahaca. Mientras Natalia prepara la olla con aceite, Leonardo abre los tetrapack...

— Leo, ¿estás bien?

— Sí, pero me preocupa la necesidad de este niño. Es cierto que cada uno es capaz de elegir la verdad que quiere soportar, pero este gurí no quiere saber nada con verse a sí mismo. Está atrapado en la trampa de vivir en el “yo y los demás” cuando la verdad es vivir en el “yo tan solo soy”. Tiene que saber que los enemigos verdaderos no son las personas sino los colmillos devoradores del tiempo.

— ¡No te exijas Leo! Vos sabés que siempre la decisión está en el otro. No te perturbes y deja que el muchacho pueda entenderse consigo mismo.

— Tenés razón, debo dejarlo ser. Él mismo tiene que elegir.

Los minutos pasan mientras la puerta del cuarto permanece cerrada. Ninguno sabe lo que está pasando dentro. Entre tanto Adrián piensa, piensa y sigue pensando en todo. Su vida, su forma de ser, sus creencias y nada lo perturba tanto como el saber que le han tomado el pelo. Su enojo no puede ser controlado. Está de mal humor y no quiere dejar de estarlo.

— ¿Saben dónde pasarán Navidad y Año Nuevo? —preguntó Leo.

— En verdad no hemos conversado, pero supongo que como todos los años pasaremos en casa junto a mi tío y su familia. ¿Vos que harás?

— Estas navidades estoy anclado a Adrián. Veré qué se puede hacer. Si sigue de mal humor tal vez lo dejo acá solo y me voy con ustedes a pasar las navidades.

— ¡Me encanta la idea!

Al terminar la cocción de la cena, preparan la mesa con mantel, cubiertos, servilletas y un vino tinto.

— ¡Adrián! Está pronta la cena.

El joven distorsionado sale en silencio. No quiere escuchar ni conversar con nadie. Su postura es de omitir pensamientos y opiniones.

— ¿Qué te parece la cena? —pregunta Natalia.

— Rica.

Un misterio egoísta envolvió la habitación. Natalia y Leonardo entienden claramente el enojo del muchacho pero tratan de no darle importancia.

— Adrián, el 24 iremos a lo de Elvira a festejar la Navidad. ¿Te parece?

— ¿Qué otra cosa puedo hacer? —contestó entre dientes.

— No estés enojado, no vale la pena.

Sin hablar Adrián continúa degustando los raviolos y el vino tinto.

— Bueno Leo me voy. Creo que tienen muchas cosas que conversar.

Mientras Natalia se retira el joven sin decir palabra continúa en su mundo paralelo. Su abuelo sin lograr entender esa postura con tono de ternura, pregunta:

— ¿Cuánto tiempo te llevó descifrar la oración?

Adrián lo miró pero no dijo palabra.

— ¿Estarás en silencio? ¿Pensás que te servirá de algo?

Adrián no levantó cabeza y continuó como quien oye llover.

— Muy bien. Veo que escapás otra vez. Debe ser la forma más fácil para no enfrentar las cosas. ¡Te hacés daño y no te das cuenta!

El silencio era incommensurable. Se escucha solo el tenedor al rozar el plato y de forma errática los sorbos de vino. Adrián finaliza su cena, levanta su plato, pasa al baño e intenta irse a dormir. Don Leonardo mientras tanto disfruta un cigarrito.

— ¿Te irás a dormir?

— Sí señor. Será la mejor decisión del día.

— ¿Por qué te vas y no hablas?

— No es necesario. Vos tenés tus pensamientos claros y yo tengo los míos.

— ¿Entonces? Si tenés las cosas claras ¿por qué te vas?

— No quiero hablar.

— ¿Será eso, o será que tus pensamientos son tan anómalos como tus sentimientos y pesares?

— No necesito lecciones de vida, tengo diecinueve años y vivo la vida como puedo.

— ¡Cierto! Tú eres el payaso que aviva las fiestas hogareñas, lo había olvidado...

— Así es y lo hago con gusto.

— Me imagino. Aunque hacerlo con gusto no es hacerlo con ganas. Espero que puedas entender lo que quiero que veas.

— No lo necesito. Quedate con tu verdad y yo con la mía.

— ¡Como digas! No querer ver otras verdades es como autoengañarse con la idea de que lo tuyo es único... muy corriente en los pensamientos narcisistas.

— ¿Otra vez con Narciso?

— Debes conocer al Narciso que todos llevamos dentro para destruirlo de una vez. ¡Acepta quién eres en verdad!

— ¡No me interesa! ¡Mi vida está bien!

— ¡Claro! —responde Leonardo— Creés que tu vida es buena porque escapás a las tormentas y mantenés el control sobre ellas. ¡Eso es lo que te matará! Debes saber que si no aceptás ser quien sos morirás pronto. Los indios mayas decían que cuando una persona está atormentada es el mejor momento para descubrir quién se *ES* en realidad. En cambio vos, como toda la sociedad, creés que la tranquilidad es el remedio para el crecimiento.

— No tenés derecho a decir que creo en una mentira.

— ¡Digo lo que veo!, pero no te asustes por lo que digan los demás. Recuerda que dijiste que lo que piensas y sientes lo tienes bien claro. No tendrías que sentirte cuestionado.

— Otra filosofía. Me iré a dormir. No tiene sentido seguir hablando.

— ¡Como elijas! Sabes dónde está la habitación. ¿Tú vida es una elección o una resignación? Animate a enfrentar a tu razón e incriminá a la verdad para que te conteste.

Adrián sin pronunciar palabra se retiró. Leonardo al verlo partir, entre pensamientos internos, recuerdos pasados y desilusionado por la falta de palabra recita:

*La vida y el silencio... la verdad y la mentira... la noción y la necesidad. La vida no es para que otros te admiren sino para vivirla en libre albedrío y simple de corazón. La vida va más allá de tontos juicios y amargos momentos. Si la vida muere en el silencio... un fácil escape para un oscuro y atormentado corazón.*

*Somos seres humanos tan crueles y mentirosos que la falsedad contra nosotros mismos se potencia a cada minuto.*

*Nos convencemos que la vida vale más si cerramos nuestros labios terminando como todo idiota junto a la turba, junto a la corriente de moda, junto a la mentira que nos domina.*

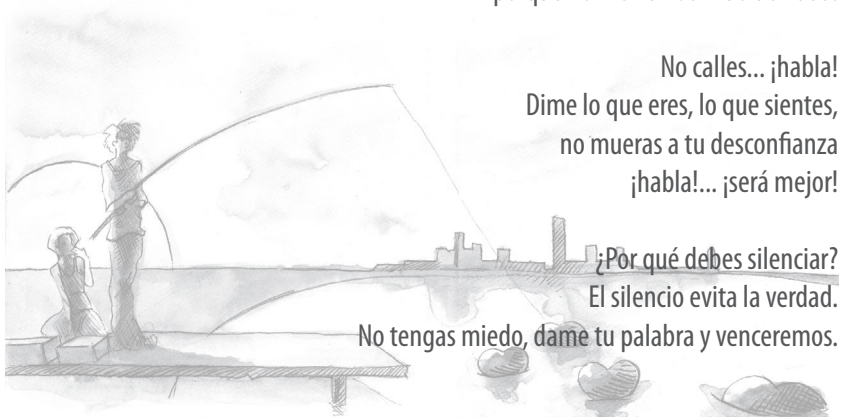
Silencio, momento lindo cuando lo precisas;  
agrio, cuando lo generas.

Silencio, inentendible para las palabras,  
incómodo y grosero para batallar.

No calles... ¡habla!  
Dime lo que eres, lo que sientes,  
no mueras a tu desconfianza  
¡habla!... ¡será mejor!

¿Por qué debes silenciar?  
El silencio evita la verdad.  
No tengas miedo, dame tu palabra y venceremos.

Si me quieres silenciar que sea con tu vida.  
Si me quieres opacar que sea con tu verdad.  
Si me gritas ideologías infundadas no te escucharé,  
porque no me han servido de nada.



No calles... ¡habla!  
Dime lo que eres, lo que sientes,  
no mueras a tu desconfianza  
¡habla!... ¡será mejor!

¿Por qué debes silenciar?  
El silencio evita la verdad.  
No tengas miedo, dame tu palabra y venceremos.

Al finalizar estas palabras la luz del comedor se apaga. Adrián vuelve sobre sí mismo, mira su cama, se acostó y se sintió aprisionado por su mente, por su ego, por su inmadurez. Quedó horas mirando el techo, buscando y cuestionando creencias que solo él podía encontrar y rechazar. Pensaba en sus padres, en cómo actuarían frente a esta situación.

Entre tanto recuerda las palabras del viejo: *“Como tú elijas”* y se comienza a cuestionar... *“Si actúo de acuerdo a los demás no puedo ser yo mismo. Si me dejo llevar por un prejuicio, seré otro prejuicio con vida. ¿Soy realmente libre? ¿Qué es la libertad? ¿Qué es lo que me atormenta? ¿Será verdad que no sé quién soy?”*

## - 5 -

### Primera encrucijada

En el día previo al de Navidad el sol cae sobre la rojiza y pedregosa tierra enjuagándola con su calidez mientras las mariposas revolotean sobre el campo, pintando el aire con sus tibios colores. Las hojas de los árboles se ven gloriosas en las alturas. El cielo respira junto al celeste apacible firmamento, y la brisa suave que se cuela por las ventanas airea las habitaciones con su hermoso aire veraniego. Todo es admirable. La casa parece un poema. El silencio está distendido a la escucha de la naturaleza que lo desvela a cada momento. Se ve en los niños la sonrisa pícaro que denuncia cuál de ellos conoce a Papá Noel y cuál no. Parece estar todo en calma por el simple hecho de estar.

Adrián acaba de pasar un día oscuro. Vivió todo un día recluso en su cuarto repelido del mundo, en una verdad mentirosa de no querer saber “quién es”. Se sintió acusado de telonero, de pordiosero, de payaso zafrales e inmaduro. Muchas veces se vio desplazado por sus propios razonamientos que lo envolvían en la resignación de ser un “buen niño”, sabiendo en su interior que no está amparado por nadie. Sabe que sus sentimientos están desalineados, ha descubierto cosas que nunca cuestionó: los años de su niñez, las historias de sus padres, esa adolescencia

apagada y dominada por su familia y amigos. Se ha encontrado con una bolsa de estiércol que lleva su nombre.

Se dirige a la cocina para despabilar su mente de tanta resaca psicológica y ve a su abuelo fumando su pipa con un viejo libro en sus manos.

— ¡Buen día gurí! ¿Cómo dormiste?

— Bien gracias –las miradas se cruzan y nota en Leonardo la tranquilidad de siempre–. Abuelo quiero pedirte disculpas por lo del otro día. Actué con toda inmadurez y soberbia. Me disculpo de verdad.

— ¡Deja quieto muchacho! ¡No digas tonterías! La encrucijada no es que te perdone sino que tú lo hagas. Tu pers...

— ¿Quedó algo de leche? –interrumpió Adrián.

— Sí. En la botella hay un resto que traje del establo.

— Gracias. ¿Qué me decías?

— Decía, y espero que no te ofendas, que tu personalidad está dominada por el instinto emocional, por la adrenalina. No podés dejar que eso te cause tanto dolor. Me gustaría que te preguntaras si quién eres es lo que quieres. ¿Me explico?

— Sí claro. Es que a veces no me das tiempo para reflexionar.

— El tiempo es relativo. Es una ilusión. No podemos ser originales si somos hijos del tiempo, viviríamos de forma miserable e inícuo.

— ¡Tenés una respuesta para todo!

— No es eso, es que todo lo que preguntás yo ya me lo pregunté.

— ¡Abuelo! –dice Adrián cambiando de tema–, ¿por qué Elvira tiene tantas antigüedades colgadas en la pared? El otro día vi calendarios mayas y aztecas. ¿De qué le sirven? Eso no es razón para llamarla bruja.

— Tenés razón, pero aquí en el interior nuestro contacto con el mundo es limitado. Elvira utilizando la rueda maya pronostica posibles hechos que pueden ocurrir, pero de igual forma es algo relativo.

— ¿La rueda maya es como la numerología de Pitágoras? ¿Es el estudio del significado oculto de los números relacionándolo con energías y dioses?

La mirada de Adrián al realizar estas preguntas se abrió por completo. Parecía que sus ojos modelaban en impaciencia esperando la res-

puesta de su abuelo. Entre tanto Leonardo siente haber encontrado un lugar por donde insertar al joven en el misterio de la naturaleza.

— Algo así, pero es mucho más. No es solo el significado de los números, es toda una filosofía. Si observás más allá de lo que ves entenderás que la matemática está insertada en todo.

— ¿Cómo?

— ¡Claro!, por ella hoy sabemos que es 24. Gracias a ella sabemos que faltan 7 días para llegar al 31. La matemática está en todo.

— Lo veo en la arquitectura. Las sombras son matemática.

— ¡Todo Adrián! Lo poco que conocemos es matemático. Hoy la historia está muy entreverada y no muestra las cosas como son. ¿Te enseñaron alguna vez que el número es una entidad abstracta que representa una magnitud, y el símbolo que representa al número es el numeral?

— Una de las primeras cosas de arquitectura. ¿Sabés más?

— ¡Huy!... pero puedo ser pesado...

— ¡Me gusta lo oculto!

— Ja, ja... Los números que conocemos son los naturales y enteros. Con el paso del tiempo los matemáticos lo han agrupado en varias categorías: racionales, irracionales, infinitos, hiperreales, transfinitos, transcendentales, y los que se deben estar descubriendo.

— ¿Cómo sabés? ¿Estudiaste?

— No. Pero cuando a la vida de uno la cuestionan tanto, lo mejor que hice fue investigar en varias materias para evaluar si en verdad estaba equivocado.

— ¡Decime más sobre los números! –incrimina Adrián.

— ¡Mejor te presto el libro y lo lees vos mismo! –abre Leonardo un cajón y toma un manual de numerología—. No es profundo pero da para echarle un vistazo. Tal vez puedes investigar sobre la numerología de tu nombre, tu año, etc.

— ¿Qué es eso?

— Tomá el libro y lee.

— ¡Gracias!

Adrián se levanta rápidamente, se mete en su habitación, se echa en la cama y abre el rejunte de hojas viejas. En eso cae al suelo una hoja

amarillenta muy bien doblada que le llamó la atención. Sin pensar la levantó, la abrió y se impresionó con lo que decía:

“Cerro Chato, domingo 10 de setiembre de 1972.

Leo, ¿Cómo estás? Imagino que debes estar con todos los trámites de trabajo y los temas de Virginia. Acá las cosas están bien.

Te escribo porque sé que necesitas quedarte más tiempo en la capital y te extraño mucho.

Ayer me dejaste preocupada con tu llamada. Es entendible la opinión de tus padres. No los culpo. Me parece bueno lo que dicen. Es cierto que estás saliendo de una situación difícil y que es preocupante que otra mujer te pueda controlar. Creo que opinaría igual.

Lo que no quiero que olvides es que eres el espejo diario que me anima cada día. A través de tus ojos logro sentirme más feliz. Todas las veces que te recuerdo siento saborear tu aire, puedo sentir que bailamos sin la necesidad de movernos.

Puede ser que el amor que nace sea de enamoramiento irreal pero eso es lo que me rejuvenece y me puebla de sentimientos alegres y caritativos, es lo que me alienta a vivir.

Sé que nos conocimos por un error de pasaje, pero gracias a ello pudimos encontrarnos y descubrirnos como somos. Cuando estás ausente deseo abrazarte mucho y conservar tu imagen como fotografía en mi mente por un largo espacio de tiempo. No me canso de reflejarme en ti. Quiero seguir mirándote por muchos años.

Esta noche al escribirte, sobrevuelan en mi mente las caricias y peleas. Eres una persona muy importante para mí. Es cierto que no eres mi mundo pero me ayudas a vivir en él.

Espero que regreses muy pronto. Se despide quien te quiere mucho,

Masalana.”

Al terminar de leer la carta queda “tocado”. Su sensibilidad queda velada en amor y prudencia. No conoce la verdadera historia de su abuelo con aquella mujer, solo recuerda los malos comentarios que ha escuchado en su casa.

Sale interesado de la habitación con la idea de consultarle pero al llegar a la cocina ve que su abuelo se ha dormido y le da pena despertarlo. Regresa a su cuarto y reflexiona un poco sobre aquellas líneas. Se-

gún lo que leyó Leonardo no había abandonado a su hija como siempre se creyó. Hoy quiere quitarse las dudas. Por un accidente percibe que puede reabrir un amor filial que siente muerto.

Sin hacer mucho ruido y así evitar que su abuelo despierte, toma el libro de numerología y se echa a leer.

Mientras más se mete en la lectura, su mente se transforma de emociones a razonamientos matemáticos que lo entusiasman por medio de ejercicios y ecuaciones. Sin saber la razón pierde la noción del tiempo y se duerme.

A las dieciocho y treinta horas Leonardo entra a la habitación, mira las notas escritas por el muchacho y distingue su numerología: 4 el natal, 1 el destino, 11 el del alma y 8 el de imagen. Al ver esto se alegra notoriamente ya que el muchacho está comenzando a abrir sus sentidos a lo irracional.

— ¡Adrián! ¡Arriba! Levantate que arrancamos para lo de Elvira.

— Buenas tardes abuelo. ¿Qué hora es?

— Dieciocho cuarenta y el tiempo sigue. ¡Vamo' gurí!

— ¡Yes Sr.!... ya estoy aceitando la carrocería.

Minutos más tarde salen para lo de Elvira. El impacto que provoca en Adrián la puesta de sol lo llena de energía positiva. Caminan varias cuadras disfrutando de la compañía, hablando de vanidades de campo, del trabajo, de la capital, etc.

Llegando a la casa de Elvira. Leonardo grita:

— ¡Milton! ¿Sos vos?

Adrián como desenchajado le mira asombrado al notar la sonrisa que se le dibuja en los labios.

— ¡Leo!

— ¡Qué lindo verte! ¿Qué hacés por acá?

— Vine a pasar con ustedes la Navidad.

— ¡Que bueno! Te presento a mi nieto Adrián que vino de capital a pasar un tiempo con nosotros.

— ¿Este es Adrián? Un gusto muchacho. Me hablaron de vos. Espero que puedas soportar este trance.

— No digas eso, lo asustarás aún más.

Milton es uno de los tres hermanos de Elvira. En orden cronológico está Elvira, Andrés, Milton y Víctor. Ellos proceden de una familia

oriunda del departamento de Durazno, pueblo del Carmen, donde sus padres Ernesto y Eloísa trabajaron siempre el campo para sobrevivir a las necesidades de aquellos tiempos. Recuerdan que el poco tiempo que vivieron juntos les ayudó a aprender todas las habilidades rurales, artesanales y de mercado.

Con la muerte de su padre la familia vio comprometido su futuro y decide trasladarse a Cerro Chato quien los recibe gustosamente y con un porvenir acertado. Eloísa comenzó a trabajar de mucama en la casa de una familia pudiente hasta el día de su muerte.

Al cabo de varios años Andrés, quien se había preparado de abogado, emigra a trabajar a Francia, donde reside actualmente y con quien no tienen mucha comunicación.

Milton entre tanto queda como hombre de la casa a cargo de los gastos y demás responsabilidades. Siempre sintió un interés especial por la vida de su hermano menor con quien se llevaba diez años.

Un día mientras Milton se dirigía a la ciudad a realizar compras para el cultivo, Víctor salió al campo de pastoreo para engordar a las vacas a su cargo y se encontró con un pequeño ternero de pocos días que estaba inmovilizado, con una pata atorada en un enjambre de ramas.

Sin mucho pensar bajó de su caballo y trató de ayudar a la bestia. Miró alrededor y vio a la presunta madre quien los miró desde lejos. Con mucho cuidado enlazó a la vaca, para que con su fuerza pudiera mover la rama gruesa del árbol y así liberar al ternero.

Le pareció extraño que la madre no quisiera moverse, no hacía fuerza alguna. Entre mucho cansancio y un sol que resquebrajaba la tierra le pegó fuertemente sin lograr que reaccione. En eso se acercó al ternero y vio en él una fractura expuesta, supuesta razón para que la madre le diera la espalda.

Sin pensar soltó a la vaca y con la misma soga comenzó a armar un pequeño sistema de palanca que afirmó en su propia espalda para tener seguridad de levantar la rama y liberar al ternero.

Entre tanto, Milton regresó de la ciudad y distinguió que Víctor no había regresado del campo. Para ir a ayudarlo, pasó por el establo, montó su caballo y salió adonde estaban los bovinos.

Desde lejos pudo observar el caballo de Víctor amarrado al árbol, caído junto a un pequeño ternero recostado en el piso.

Al acercarse vio a Víctor entre las ramas del árbol con una madera atravesada en el pecho. Dicha impresión fue tan grande para Milton que no pudo contener lágrimas y culpa. Hasta el día de hoy recuerda aquella tarde como la peor de su vida.

Hoy en día y sin ninguna explicación más que su propia experiencia, Milton trabaja para varias ONG en salvamento y socorrismo. Ha elegido ser útil con las personas que puedan pasar por situaciones como la vivida por su hermano.

— ¡Leonardo vení! –gritó Elvira desde la casa.

— Hola Elvira, ¿cómo estás?

— ¡Qué bueno verte! ¿Todo está bien con Adrián? –preguntó preocupada—. Me contó Natalia que el otro día se enojó con el cifrado.

— Esta mañana pidió disculpas y comenzó a leer sobre numerología. Creo que está receptivo. ¡Quiera la naturaleza abrirle los ojos!

— ¡Que alegría que me das! No hay de qué preocuparse entonces. Él sabrá apostar a sus oportunidades. Nosotros estamos solo para acompañar a los que se dejan acompañar sino “innecesarios” es nuestra definición.

— ¿Dónde está Natalia?

— Está en la cocina preparando la ensalada.

Entre tanto en el jardín de la casa junto al hacha y a varios troncos apilados, Adrián y Milton conversan de todo para conocerse un poco más.

— ¿Así que tu madre dijo que la capital estaba prohibida para vos?

— Algo por el estilo. Mi padre fue quien dio la idea de venir para acá. Hoy me estoy acostumbrando al lugar. Hay varias cosas que me cuestan asimilar.

— Ja, ja. Me imagino que ya empezaron con la perolata de ver lo que no se ve y demás historias.

— ¿Cómo sabes?

— Víctima he sido... Contame, ¿por qué elegiste ser arquitecto?

— ¿Te contaron todo de mí?

— Algo por el estilo.

— Siempre me gustó el arte y esas obras arquitectónicas que visiten el mundo. Hay cosas increíbles y espeluznantes, ¡en Europa más!. Acá se deja venir todo abajo. No guardamos nada de la personalidad uruguaya.

— No sé mucho de arte, pero seguro estoy de que nuestro país está muy influenciado por lo de afuera e imitamos a los demás. Nuestra raíz se pierde poco a poco.

— Sí, eso se ve.

La conversación entre ambos había comenzado a ser serena y comunicativa. Se ve en ellos algo que ni ellos mismos pueden comprender. Es como si fueran familia, el intercambio de palabras empieza a ser muy fluido. Todo, el parrillero y el fuego encendido adornan el lugar y generan una calidez envidiable.

— ¿Hace mucho que conocés a mi abuelo?

— ¡Huy! Debe hacer como veinte años. ¡Gran tipo Leo! Es muy conocido en el pueblo. Tuvo muchos atracones con otros gauchos. El viejo defendió siempre al más desprotegido, por eso muchas veces terminó tajeado en el hospital o en la comisaría.

— No sabía nada. No pensé que fuera revoltoso.

— No es eso, es que antes era normal los duelos a navaja.

— ¡Mirá el abuelo!

— Un día preguntale a ver si te cuenta.

— Se suma al cuestionario que comencé esta tarde.

— Te invito un vinito, ¿querés?

— ¿Te parece? ¿No será bueno esperar a los demás?

— Dejá a los demás que se sirvan cuando quieran. ¿Te sirvo?

— Sí.

Entre tanto Leonardo y Natalia salen con las bandejas de maní, papitas, y demás copetín, mientras Elvira los esperaba sentada a la mesa leyendo un viejo diario.

— ¿Te acordás Leo? Año 1984. ¡Qué tiempo aquel!

— No lo olvido. Tiempo difícil.

— Hola Adrián –saluda Natalia.

— Hola Nati.

El copetín sin prisa ni demora comenzó. Las risas y tragos avivan el lugar. Milton, entre un fuego que calienta el cordero y un vino Tanat, comparte viejas historias graciosas y otros quehaceres que sucedieron años antes en la ciudad.

— ¿Extrañas mucho? –comentó Elvira.

— Un poco pero estoy contento.

- Me alegra que hayas venido esta noche.
- Gracias.
- ¿Vos sabés que cuando optamos, muchas veces no es lo correcto para todos, lo cual no desecha que sea una decisión exacta?
- No entiendo.
- No importa. Más tarde conversamos y te cuento lo que sé de ti.
- ¡Claro!

La noche sin miedo se mueve lentamente al compás del segundo. El cordero con la ensalada fría fue todo un éxito en la mesa. A las veintidós cuarenta y luego de entonar “A don José” se ponen todos en pie a la espera del clásico saludo de Elvira.

*“Bienvenida esperada noche buena  
Gran noche que nos quita las cadenas  
Todos en pie como bravos centinelas  
encontramos donde ti, alegría plena.*

*Bienvenido niño poderoso  
Amante fiel, honrado y bondadoso  
Esta noche naces valeroso  
con integridad de niño cauteloso.*

*Navidad disfrutemos sin medida  
sea nuestra vida, triste o abatida  
quién ¡nunca! yacerá anochecida  
en la belleza de tus ojos... Alegría.”*

Algo impresionado Adrián observa los ojos de los invitados y la emoción de Elvira al pronunciar estas palabras.

Al terminar brindan y continúan la fiesta con guitarreada variada. Los acordes de *El Sabalero*, *Los Olimareños* y *Pablo Estramín* no dejan de sonar.

- Adrián —dice Elvira— Vamos adentro así conversamos tranquilos.
- Sí.

Ya en el comedor...

— Muchacho, me gustaría transmitirte lo que sé desde antes que vinieras. ¿Estás dispuesto a no juzgar? Solo escucha para que tu corazón filtre, asimile y deseche. ¿Sabes lo que hago?

— Me dijo el abuelo que predices el futuro.

— Sí y no. Yo utilizo el calendario maya (un calendario lunar sincronizado con toda la galaxia) para realizar cuentas y comprender posibles hechos que puedan ocurrir en nuestra sociedad. Es un calendario eterno. Acompaña a la naturaleza en su flujo evolutivo. Es como la vibración numerológica de Pitágoras pero con mucho mayor estudio.

— Entiendo.

— Qué suerte porque todo lo que he visto está claro para vos.

— ¿Cómo es?

— He visto que eres una persona destinada a perpetrar, a forjar y a actuar. Eres muy independiente y no tienes miedo de confrontar situaciones nuevas. Estás llegando a un momento donde la vida se enfrenta con la *libertad* y la *responsabilidad*, algo que siempre tuviste pero nunca asimilaste.

Los ojos de Adrián miran las manos de Elvira que se mueven sin parar. La explicación está llena de ademanes que ayudan a afirmar lo que dice con palabras. El muchacho está muy atento a toda la conversación.

— Por tu forma de ser eres un líder nato. Eres ambicioso e influyente en los demás. Eres muy buen consejero para con los tuyos, y como hoy estás dispuesto a ver el mundo, distinguirás que tus deseos “de hacer” nunca desaparecerán. En esta vida que transitas muchos encontrarán en ti un atractivo especial y hasta algunos envidiarán tu espíritu. ¿Se entiende?

— ¡Claro!

— ¡Bien! Lo más importante es que no te dejes abatir frente a las situaciones que deberás enfrentar. Tratá de sentirti vivo a pesar de los feos momentos.

— Bien. Tendré muy en cuenta tus palabras aunque no entiendo el por qué lo dices.

— Ya sabrás cuando algo se presente. Aparte te cuento que como en el horóscopo zodiacal eres Piscis, en el maya eres Jaguar.

— ¿Y eso qué quiere decir?

— Quiere decir que sos un animal complicado pero respetado. El jaguar tiene pasión y fogosidad que le emana de manera fatal. Es considerado un animal amado por los dioses, un animal que ama los desafíos. Cada cosa que se plantea la cumple sin problema. No entiende la palabra imposible. Le encanta las situaciones de riesgo donde todas las hormonas están en funcionamiento. Cuanto más difícil es la tarea más le atrae la aventura, les genera una situación única. Tiene dones que muchos envidiarán pero debe mantenerse fuerte para ser un digno mortal.

— ¿Qué querés decir?

— Quiero decir que debes salir de la prisión en la que estás encerrado. Este es un año de descubrimientos, de conectarte con tu ser verdadero y transitar grandes cambios. Recuerda que ninguna duda es real. La duda se basa en el miedo para crear la disyuntiva. Vos afirmate en lo que eres y verás que todo es claro.

Adrián al escuchar todo esto queda envuelto en una sopa de entendimiento que no puede asimilar. Por un lado trata de razonar las palabras que lo ensalzan pero por otro se asusta de la exigencia de ser una persona con tanta misión. Los ojos del muchacho parecen congelados. Sus pensamientos parecen sobrevolar sin trayecto determinado. Elvira entre tanto mira su reloj y distingue que están llegando a la media noche.

—Vamos afuera.

Al salir ven a los otros tres en la clásica tradición: risas, vino y comentarios de jolgorio. Entre tanto Adrián toma de su mochila los fuegos artificiales que había llevado y comienza con la preparación.

Hora 0:00...

— ¡Feliz Navidad! —grita muy contenta Elvira.

— Feliz Navidad Adrián.

— Gracias abuelo. Igual para ti.

— Feliz Navidad Milton.

— Igual Nati.

Mientras tanto al norte del Brasil, entre el verde del Océano Atlántico y el olor de la selva tropical, la familia de Adrián en las playas de Itacaré degustan varias caipiriñas festejando la Navidad mientras el surf nocturno adorna las aguas de la noche caliente danzando a puro reggae.

— ¡Feliz Navidad! —dijo Osvaldo con una gran sonrisa.

Virginia, a diferencia de Osvaldo, se persigue por haber abandonado a su hijo en una ciudad que ni ella misma conoce. Es como si un miedo peculiar la haya invadido. Comenzó a sentirse incapaz de ser madre. Empezó a razonar en una equivocación con su niño.

El sentimiento limitante en aptitudes la enfrentó con su marido. La autoestima en sí misma, que generalmente se ve respaldada en Osvaldo, esta noche está sola sin comprometerse con nadie.

— ¡Nos equivocamos Osvaldo!

— ¿De qué estás hablando?

— Con Adrián. Nos equivocamos.

— No te preocupes por él. De seguro está bien.

— Pero Osvaldo, es un muchacho de diecinueve años. No le podemos pedir que piense como un adulto.

— Es cierto, pero creo que le podemos pedir que priorice las cosas en su vida. No es necesario ser adulto para aprender a ver que es lo que está bien y lo que está mal.

— Lo voy a llamar. No aguanto sin saber de él.

Virginia cortando la conversación se mete al hotel. Encontrarse en un país con dimensiones continentales le hacían aumentar la distancia con Adrián. Recordar que no había transcurrido ni una semana de vacaciones y que todavía le restaban casi veinticinco días, la ponían muy nerviosa. Necesitaba conversar con su serafín.

— ¿Para hacer un llamado a Uruguay?

— Le habilito el teléfono 14 —contesta la secretaria del hotel.

Se ubica en el lugar, llama al celular de Leonardo y no responde. La conexión como todos los días importantes está algo entumecida en mal funcionamiento.

La situación provoca en Virginia la sensación del duelo por la falta de amor para con su hijo. Cae en suposiciones que la devoran internamente. Supone que el muchacho está en un cuarto oscuro, solo e in-

trovertido, incomunicado esperando que el tiempo termine para poder dormir o desaparecer entre los sueños de la noche.

Con indignación vuelve a marcar pero la respuesta se repite. El celular de Leonardo estaba inaccesible.

— ¿Pudiste hablar? —preguntó Osvaldo acercándose.

— Me da fuera de servicio.

— Es normal eso en esta noche. No te preocupes que mañana llamaremos.

— ¿Qué no me preocupe? Dejamos a Adrián en una ciudad desconocida con un hombre a quien tampoco conozco.

— No es para tanto.

— Siempre igual vos. A todo le sacás importancia. Sos un egoísta.

— Pero Vicky...

Sin más que hablar y muy indignada con lo sucedido se dirige a su cuarto dejando a su marido y a sus hijas en la playa. No soporta estar lejos de su hijo.

En paralelo, Adrián totalmente desconectado de sus padres y hermanas, disfruta de la Navidad a tope. Para él la noche se presenta bonita y en pura libertad.

— ¡Feliz Navidad para todos! —grita y larga una bomba reforzada al jardín de Elvira.

El estruendo que causó asustó a los presentes como a los vecinos. Adrián está contentísimo. No para de reír y gozar. Parece el niño desacadado que descubre los nuevos juguetes en la base del árbol navideño.

— ¡Disculpe! —comenta un paisano que se acerca donde estaba el muchacho.

— ¿Qué pasa? —contesta Adrián entusiasmado en lo que estaba haciendo.

— Quería pedirle que por favor no tire de esos fuegos artificiales ya que mi madre sufre de nervios y la está pasando muy mal.

— ¡Hoy es Navidad! No hay razón para no festejar.

La segunda bomba queda resonando en los tímpanos de los que estaban cerca. Adrián no puede creer que esté tirando esas bombas. Está como transformado en el adulto de la casa (algo que siempre lo relevaba su padre).

— Parece que no me escuchó. Por favor deje de tirar esos fuegos artificiales que somos pocos y aturde.

— ¡Disfrutá paisano! ¡Feliz Navidad!

— Parece que no entiende. ¿Puede acompañarme?

— Ja, ja. ¡Cómo no!

Mientras la conversación se marca en algo que Adrián precisamente no le da importancia, se acerca su abuelo.

— Comisario, ¿cómo anda? —al escuchar esto Adrián queda blanco.

— ¿Cómo está Leonardo? Yo estoy bien. Me llevaré a este muchacho a la comisaría.

— ¿Qué pasó?

— Parece que no sabe tener respeto por los mayores que le piden un favor.

— Pero no comisario. Es solo un gurí.

— ¡Por eso! —fija los ojos en Adrián—. Acompáñeme joven.

Don Leonardo sin poder entender lo sucedido cerró sus labios. Adrián a cambio no sabe qué hacer. Ve que la situación se le fue de las manos. Se asusta mucho. Nunca pensó llegar a esto.

— Abuelo, ¿qué debo hacer?

— No tengo idea... Agarro las camperas y voy para ahí.

Todos quedaron descolocados con lo que estaba sucediendo. Nadie sabía qué decir. Hasta el mismo Adrián no sabía exactamente lo que sucedió. Pasan por su mente millones de ideas y le viene un miedo que hacía mucho tiempo no sentía: a lo desconocido, a lo inesperado, a lo que nunca experimentó.

— Comisario. Disculpe mi atrevimiento. No sabía que era usted.

— ¿Eso quiere decir que si hubieras sabido que era yo me hubieras escuchado? Actuaste como un joven liberal que no escucha a los demás.

— No quise decir eso —Adrián no sabe dónde meterse.

Abandonando la zona y sin dar explicaciones, el comisario sube a Adrián a la camioneta.

— ¿Por qué no escucha a los que se le acercan respetuosamente?

— No soy así comisario. Disculpeme. Nunca pensé que sucediera esto.

— Las cosas suceden cuando suceden. Nadie las pide pero uno decide cómo afrontarlas.

— Pido disculpas comisario.

— Las acepto. De igual forma veo conveniente que pase unos días en la comisaría.

— ¿Unos días? Por favor comisario no soy bandolero ni mala gente.

— ¡Entonces ningún mal le harán las rejas! Si fuera una persona difícil le aseguro que los oficiales no serían buenos con usted.

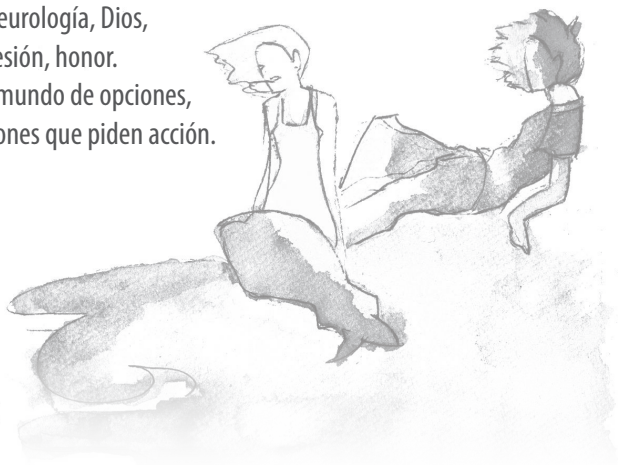
— ¿Por qué quiere encerrarme? No lo tome de forma personal.

— Mire joven, el pueblo tiene comisario y el comisario respeta la ley. Como usted dijo en mi elección le doy hasta el 26 de arresto. Si hubiera elegido hablar correctamente y escuchar un poco, nada de esto habría sucedido.

— Por favor comisario. No es necesario hacer esto.

— ¡Hágase responsable de su actuar! Así es la vida. Hay opciones que debemos tomar y de acuerdo a eso acertamos o erramos. Allí es donde se define la cosa.

Cada número par es la suma de dos números primos,  
 los cuales pueden ser divididos por el 1 y por sí mismo.  
 Tarot, numerología, neurología, Dios,  
 culpa, angustia, depresión, honor.  
 Llenos estamos en el mundo de opciones,  
 de problemas, situaciones que piden acción.



¿Qué opinas del destino, de lo que dicen que está escrito?  
¿Tú eres el artista o tan solo un columnista?  
¿Tú eres el editor? ¿Tú tienes las riendas?  
¿O eres tan solo el lector?... de tu vida.

No seas miserable despojando a toda persona de cualquier significado.  
Aparentas ser grande y preciso pero tu corazón está... ¡está vacío!  
¡No marcha todo bien! ¡La turba se aliena!  
¡La prueba de lo peor es la muchedumbre!

No existe el destino, solo distintas opciones que elegimos tomar,  
alguna fácil, otra difícil, las que vienen a formar.  
¿Cómo eliges tú?, en caso que lo hagas.  
¿Eliges el destino o te brindas al olvido?  
¿A la mediocridad?... ¿a teorizar?

Elige tu vida, tú eres el destino, la felicidad está en ti.

Al terminar estas palabras cruzan el portón de la comisaría. Es un edificio contemporáneo de ladrillos a la vista que se ubica a la entrada de Cerro Chato por Durazno, frente al hospital.

— ¡Buenas noches comisario! —saluda el oficial Núñez.

— Buenas noches. Tenga feliz Navidad.

— Gracias, igualmente.

— También a usted Sánchez. Feliz Navidad.

— Gracias comisario.

— Traje a un muchacho que anda necesitando treinta y seis horas de arresto.

— ¡Como usted ordene comisario! Dígame su nombre por favor.  
—consulta el oficial iniciando la denuncia.

— Adrián Vázquez Ramil.

— ¿Pariente de don Leonardo?

— Soy el nieto. Vine de Montevideo a pasar unos días y hoy por un mal entendido aquí estoy.

— Para usted es un mal entendido. ¿Fecha de nacimiento?

Adrián con tal respuesta vio que las horas serían difíciles. La amabilidad no servía de nada. Su abuelo que no llegaba, y el miedo seguía creciendo.

— 19 de marzo de 1989.

— Nombre del padre y de la madre.

— Osvaldo Vázquez y Virginia Ramil.

— ¿Saben que está aquí en la ciudad?

— Sí, ellos me enviaron. Ahora se encuentran en Brasil.

— ¡Señor comisario! ¿Cuál es la causa del arresto?

— Falta de respeto a una autoridad pública.

— Listo —replica el oficial.

— Si viene Leonardo envíenlo a hablar conmigo. Esperen a largarlo el 26 en la mañana.

— Entendido.

Treinta minutos mas tarde Leonardo pasa por la puerta. Adrián ya estaba dentro del calabozo.

— Buenas noches. Feliz Navidad.

— Sr. Leonardo. ¿Cómo está?

— Muy bien. Gracias. ¿Mi nieto anda por acá?

— Sí señor. Tiene cárcel hasta el 26 en la mañana.

— ¿Por qué? ¿Qué pasó?

— Le faltó el respeto al comisario.

— ¿Dónde está el comisario?

— Se fue a su casa. Dijo que si necesita hablar con él puede ir a verle.

— ¿Puedo ver al muchacho?

— Sí adelante —gira su cabeza y le grita al compañero—. ¡Núñez!, dejá al Sr. Ramil ver al muchacho.

— Hola Adrián. ¿Qué pasó?

— No sé. El comisario me pidió que dejara de lanzar bombas a causa de los nervios de su madre, le contesté de mala manera y aquí estoy.

— ¡Te dieron hasta el 26! El comisario no permitirá que salgas antes, es muy estricto.

— Pero no quiero estar aquí.

— Me imagino. No podré hacer mucho. Tratá de no acusarte e intentá pensar en las cosas buenas que harás cuando salgas.

— ¡Ay abuelo!, me hablás como si fuera fácil.

— Sé que es feo pero no insoportable. Todo es prejuicio. Si te dejas llevar por la ignorancia tendrás ansiedad y hasta desesperación, pero ten paciencia que en pocas horas estás afuera.

Adrián no entiende nada. Se impresiona que los hechos varíen en tan poco tiempo. Dos horas atrás hablaba con Elvira y ahora está encarcelado en la comisaría.

Se retira Leonardo y en la oscuridad de la celda Adrián se devora en pensamientos. Le cuesta ver que lo que le está pasando terminará pronto.

Sus ojos se desvelan en clarividencias mentirosas como dos mariposas negras en la oscuridad. Nada de lo que puede ver es transparente. Sus poros se abren y cierran sin lubricación. Nada es hasta ahora real sin dejar de ser una mentira.

Las rejas entre un gris y el rojo clásico del óxido no se requiebran en alegrías cuando su mente vuela de andén en andén. No puede contener lágrimas y recordar miles de culpas de antaño. Razona en que su mente siente y no piensa. Obviamente está caminando por un barandal frágil de emociones.

Las paredes escritas con oraciones perversas y al mismo tiempo insultantes lo asustan sin sentido. Siente sus piernas mojadas de miedo con la adrenalina de ansiedad incompleta que lo abarrotan.

Siente que la vida se le está yendo por un caño con final en el infierno monástico. Ve claramente la tontería de la sumisión que ha demostrado en su familia con sus padres y hermanas. Ve claramente lo idiota que ha sido de “agachar” la cabeza y dejarse llevar por sus amigos de turno. Ve que el miedo a enfrentar las decisiones de la vida hoy lo han aprisionado entre cuatro paredes que lo miran acusándolo de cagón y de soberano traidor. Su mente en estado de recia densidad y alta temperatura comienza a ser como un *big bang*. Todos los prejuicios en los que ha creído y han delimitado su historia en “poca cosa” hoy están frente al tribunal de justicia esperando el veredicto. La vida se le replantea desde su concepción.

“¿Qué me está pasando? ¿Qué hago en un sitio como este? No puedo creer que la vida me trate así. Estoy seguro que la maldad del demonio no es tan cruel como la soledad en un corazón encarcelado.

¿La maldición decretada para los locos sin razón es la misma que la asimilada para los locos con razón?

Nada de lo que sucede en este mundo tiene sentido. Desde las borracheras en los bares nocturnos, de los porros fumados, de las prostitutas compradas, es solo la misma verdad que los abortos prohibidos por el estado, ejecutados a posteriori por los propios ginecólogos altaneros, como la política petulante y necia que hipnotiza a los ignorantes y les permite a los poderosos mantener el control sobre ellos. ¡Todo está errado! Nadie entiende que la unidad hace la fuerza. Todos hablan en pos de algo pero viven con un corazón dominado por el egoísmo, un egoísmo insertado hasta en la propia educación.

Desde la escuela que me enseñó lo que ellos quería que aprendiera, como mi familia y la misma iglesia que se presentó como una casa amiga, erradicándome cuando opiné a favor de los inteligentes.

¡Qué asco todo esto! ¿Por qué?

Si realmente existes ente autónomo, seas Dios o metafísica, esencia que no controla a los ignorantes asustadizos de la tierra, dime que querés conmigo. ¿Eres realmente amigo, enemigo o no eres nada?”

Al cabo de varios minutos trata de eliminar tantos pensamientos para así poder descansar su mente.

En eso los oficiales entran a la celda reclamando su atención. Núñez, sin razón y de improviso tapa su boca con un trozo de cinta de embalar mientras Sánchez ata sus manos y pies logrando inmovilizar al muchacho. Sin entender lo que le están haciendo y con su psiquis totalmente fuera de control los guardias se desarman y comienzan a gritar:

— ¿Qué tenés contra la madre del comisario, pendejo? ¿Acaso ser capitalino te da el derecho a faltar el respeto? ¿Quién te creés pajero? ¿No te enseñaron a respetar a los demás?

Mientras más gritan los guardias, más violencia emana de sus manos. Adrián siente cercana la muerte. Le golpean con destreza. Las patadas dan en su estomago y en sus costillas. La sangre que se esparce por el suelo lo deprime notoriamente sin poder defenderse. Está entregado.

— ¿Qué te pasa hijo de puta? ¡De seguro flor de brisca tu madre! ¿No podés defenderte?

— ¡Date cuenta pendejo! ¡Sos el tributo al error! ¡No sos digno ni de una celda!

— Tus ojos no saben hablar maricón. Eres tan miedoso como el gato que huye. ¡Qué mierda que sos! Tu olor a perro desangrado es como lo que se siente en los chiqueros. Eres una porquería.

— ¡Maldita mierda! ¡No llegarás a nada!

— La vida que llevas es como la del estúpido introvertido ahogado en sus pensamientos ególatras. ¡Eres mierda!... ¡Eres mierda!

El sol de la mañana lo despierta asustado. Siente haber perdido la noción de personalidad. No sabe quién es.

Las manos sudadas, el dolor abdominal y esas palpitaciones fuertes muestran que el muchacho está envuelto en una bolsa de miedo, preocupación y aprehensión. La ansiedad le ha jugado una mala pasada.

Busca las heridas de su cuerpo y no ve nada. Las voces de su conciencia lo fulminan. Ha estado soñando y no sabe qué parte fue real: *“No es en lo que sé, creo o supongo; sino tan solo lo que puedo comprobar”*.

— Buenos días —saluda Sánchez respetuosamente acercándose a la celda—. ¿Cómo amaneció?

Adrián rápidamente se aleja de las rejas en señal de desprecio y miedo. Aún está en shock. Se ha enterado de cosas que van en contra de su propia moral. Muchos pensamientos e ideas se han velado mientras otras se han esclarecido... ¿se le movió el tapete o se lo quitó por completo?

— ¿Qué pasa muchacho?

— No sé. No estoy bien.

— Se puede ver. En la noche hablaste mientras dormías.

— No recuerdo mucho.

— ¿Querés un cafecito?

— Prefiero un té.

Adrián no puede entender lo que pasó, el miedo y la migraña lo acompañan. Le impresiona la amabilidad de los guardias. Sabe que sus prejuicios lo han engañado.

— Tómalo Adrián. Buen provecho.

Sin comprender tantos pensamientos que revolotean como pajaritos sobre su cabeza, comienza a sentir una tranquilidad especial. Entiende que el encuentro consigo mismo lo atosigó en penurias de vida que lo reflejaron en un espejo de dolor y prisión donde él siempre ha estado. Se da cuenta que la vida se le está perdiendo en imagen y mentira. Degustando ese tecito con limón, las pupilas gustativas vuelven a abrirse y trata de volver a centrarse en quién es.

— ¿Cómo es la vida en la comisaría? —preguntó para descansar su cabeza.

— ¡No es mala! No existen muchas personas que habiten las celdas, generalmente hospedamos a aquellos que pasan por la ciudad y no tienen para el hotel.

— ¿Quieres decir que soy un dichoso de estar?

— Tu caso es diferente.

— ¿Por qué? ¿Qué hice?

— Eso mismo. ¡Nada! No todo se puede entender. A veces es bueno tratar de ver lo que está oculto.

Adrián está atolondrado. Está aturdido en un cortocircuito de definiciones y creencias. La visión de su mundo se ha destruido. Juzga muchas etapas de su vida como mentirosas. Siente que muchas personas le han mentido. No sabe qué ser, rey o criado. No sabe si servir o ser servido. Vio que su vida ha sido defender alguien que no es. Ha visto que nunca ha sido fiel consigo mismo sino con su propio miedo.

— El deseo del hombre —continúa Sánchez al verlo pensativo— es entender lo que no puede ver, lo misterioso.

— ¿Y cómo sabés —retomando la conversación— que entender no es un simple convencimiento de una irrealdad? Muchas cosas “entendí” porque me las contaron. Pero ¿cuántas de esas son reales?

— Buena pregunta. Ahí está la decisión. Creo que uno mismo elige conocer la verdad o convencerse de lo irreal, ahogarse en un miedo.

— ¿Y usted Sánchez?

— Eso es asunto mío. ¿Vos te lo preguntaste alguna vez? ¿Es la primera vez que te preguntás eso? Personalmente afronto las cosas desde la verdad y por eso he perdido muchas cosas.

— ¿Pero por qué? ¿No dicen que la verdad libera al hombre?

— Así es pero no todos estamos dispuestos a conocer la verdad. Debes saber que muchos prefieren la seguridad a conocer la verdad de la historia.

— ¡No puede ser! —dice asombrado mientras que por su mente vagan recuerdos de sus padres y amigos.

— Recuerda: “¿Quieres vivir? comienza a pensar. ¿Quieres morir? déjate llevar... ¡pero no te quejes!”

— ¿Qué querés decir?

— Que tomes la decisión que tomes, sea enfrentar la verdad o la seguridad, hacete cargo y no te quejes de lo que puedas vivir.

El oficial se retira y Adrián queda pensativo recordando situaciones con sus padres y amigos, pero especialmente ve su propia mentira que lo encarceló muchas veces en el miedo a existir.

— Hola Adrián.

— ¡Abuelo! ¿Qué hacés acá? ¡Qué bueno verte!

— ¿Cómo has estado?

— Muy raro. He viajado por muchos estados. Algo pasó conmigo.

— Yo he pasado muchas situaciones como esta. Ya saldrás.

— ¿Qué pasó con Masalana y mi madre? ¿Puedo saberlo?

— ¿Y eso?

— El otro día leí una carta que encontré en el libro de numerología y me pregunté sobre la verdad, para no dejarme llevar por lo que se comenta.

— ¿Te parece hablarlo luego? —Adrián percibe que Leonardo se puso incómodo con la pregunta.

— Está bien. Luego hablamos. ¿Qué harás hoy?

— Nada diferente. Estaré en casa.

— Quiero tomar unos mates.

— Mañana te espero con uno calentito. Me dijo el comisario que a primeras horas estás afuera.

— ¿Hablaste con él?

— Un poco.

— Gracias abuelo.

— Nada que ver, hice lo que pude pero nada conseguí.

Leonardo nota algo extraño en el muchacho. Sus ojos miran diferente. Su voz canta distinta. Se pregunta si realmente está viviendo o está pasando por algo virtual.

— Sigo viaje chiquilín. Pasaré por lo de Elvira a buscar algo para mi almuerzo.

— Muy bien. Mandale un abrazo.

— Nos vemos.

- 6 -

## Del cofre

El veintiséis amanece gris. A diferencia de los días anteriores la frescura del verano se encastra en la ciudad. A las siete de la mañana la comisaría abre sus puertas.

— Arriba gurí. Hora de irse.

— ¿Qué pasó?

— Se cumplieron las horas. Firmá estos papeles y avísale a tu abuelo que pase más tarde. ¡Ve!

Quince minutos más tarde Adrián ya estaba fuera de la comisaría camino hacia lo de su abuelo. Entre tanta locura acumulada, su mente es un colador resquebrajado y manchado de grasa residual.

Ningún razonamiento es estable y seguro. Siente que la noche de celda lo cambió. Pudo ver que la vida no era tan “fácil” como se la pintaron sus padres desde pequeño. Desde la etapa escolar el no recuerda que existiera en su vida momentos tan fuertes como este tiempo en Cerro Chato.

Mientras camina cuestionado, ve a una señora cercana a los sesenta años detenida en el cordón de la vereda.

— Buen día señora. Tempranito para andar por la calle.

— ¿Es temprano? ¿Seguro? ¿Existe lo temprano y lo tarde?

— Claro —contesta Adrián suponiendo “cuete psiquiátrico” en la vieja.

— Ajá. Pienso diferente. Creo que no existe lo temprano y lo tarde.

— ¿Por qué?

— ¿Qué edad tienes?

— Diecinueve años.

— Con diecinueve años y dices que existe lo temprano y lo tarde. No tienes idea cuál es el verdadero significado.

— ¿Por qué dice eso?

— Porque si tuviera diecinueve años, de seguro no tendría escrita en mi espalda tantas historias confundidas. Tú niño, aprende a olvidarte del temprano y tarde. Vive los momentos cuando las cosas se te presentan. Si no lo haces la vida se te escapará de las manos porque será temprano para estudiar o será tarde para aprender. No dejes que los prejuicios te aten a un temprano y a un tarde.

— Perdóneme, es que hoy no estoy para pensar.

— El ahora es único. Más vale que pienses “ahora” porque el “después” desaparece como el agua en tierra seca.

— ¿Qué hace por acá? —dijo Adrián para cambiar de tema.

— Disfruto del día.

— ¿Puedo sentarme un rato?

— Claro muchacho.

Como retoño de la naturaleza las piernas se funden a la tierra del cordón que no deja de sestar junto al bitumen oscuro que le acompaña diariamente. El silencio que se presentó delante de ellos era diferente. Estaba a la espera de que no se acabara el momento.

Entre preguntas sin respuestas en la cabeza de Adrián y la mente en blanco de aquella señora, se sienten tan cómodos como nunca se habían sentido.

Más allá de los miedos indefinidos pero entendidos, en esos rostros nuevos que miran el amanecer con asombro celeste, con ese entender de que la vida dura un suspiro, con ese sol que sirve de consuelo para los que se dejan sorprender, con esa comprensión de que la vida nunca espera nada de nosotros, mas sólo que la vivamos intensamente sin miedos y culpas... todo era verdad.

— ¡Qué bien se siente esto señora!

— Así es. Mi amada “libertad”.

— ¿Libertad?

— Sí. ¿Me pedirás la definición de libertad?

— Es algo que siempre me pregunté y nunca pude contestar.

— Tú bien sabes que la sociedad se basa en un sentido común, que al mismo tiempo es el menos común de los sentidos, es la plataforma del convencionalismo y la necesidad. La sociedad es un juego de ajedrez con trampa. Según ellos uno debe crecer, casarse, tener hijos, ganar dinero, conseguir prestigio social y morir. ¡Pero eso es una ideología estúpida! La misma sociedad marca desde antaño que todo se resume en la palabra: “*poder*”. Si todos viviéramos en esa estructura nunca llegaríamos a ser libres. Es imposible conseguir la libertad en una sociedad tan mentirosa y miedosa como esta.

Adrián queda atorado en silencio. La vieja se ha descolgado con pensamientos inesperados pero justicieros, algo que Adrián ha venido masticando silenciosamente en su corazón desde hace mucho tiempo.

— Si estás acá muchacho debe ser porque tus horizontes han vivido llenos de oscuridad y hoy quieren renacer. Sé que no es agradable que te lo diga pero debes conocer que la libertad completa, esa que nombras, llega después de millones de combates contra el miedo, y se afianza en ti con innumerables heridas de disgustos. No sé por dónde irá tu vida pero trata siempre de ser un caballero de la libertad. *No olvides el código: no tener miedo, nunca desertar, y siempre dar la cara.*

— Gracias señora. Sus palabras me alimentan.

— ¡No agradezcas muchacho!, y a las palabras no olvides que se las lleva el viento, desaparecen al final. Yo solo te comparto lo que la vida me enseñó, ni ciencia ni exactitud, solo una experiencia que en el día de mañana te llegará a ti y te colmará de sabiduría si te animas a vivir.

Luego de estas palabras la mujer cerró los ojos y detuvo su cabeza en dirección al cielo. Para Adrián todo es educación de ser uno mismo. Está asombrado que todos le hablen de lo mismo y con el mismo enfoque.

Al ver que la conversación terminó, el muchacho se levanta y se retira. Tras haber caminado menos de veinte metros da media vuelta su

cabeza y ve que la señora ya no estaba, había desaparecido. Regresó sobre sus pies pero no pudo encontrarla.

Leonardo por su parte ya estaba levantado. Como es su costumbre, luego de preparar el mate sale al jardín para matear en soledad. Al cabo de varios minutos y con sorpresa distingue a lo lejos al muchacho que se acerca. Ve en él unos ojos con brillo y un andar tan alegre que desvelan a un Adrián diferente.

— ¡Muy buenos días abuelo!

— Gurí... buen día. Te estoy esperando con un mate calentito.

— ¡Qué lujo! Ansío eso.

— ¡Especial!

— Abuelo, ¿tenés la pipa? Tengo ganas de fumar un buen tabaco.

— Claro muchacho. Cébate unos mates mientras la preparo.

Adrián tenía un tono de voz distinto, no era tan retobada ni agresiva, era amable y complaciente.

— Aquí está Adrián.

— Gracias.

— ¡Te levantaste temprano!

— ¿Existe lo temprano? —ríe y continúa—. Me levantaron. Fue un tiempo diferente.

— ¿De qué hablás?

— Estas horas de calabozo y de regreso me han hecho pensar y entrever muchas cosas. Todo lo que conversamos estos días, lo que conversé con Elvira, mis miedos... uhhhh.

— ¿Fue buena la celda?

— Es que estuve conmigo mismo y trajo a colación muchas cosas en las que nunca había pensado. He visto mi falta de respeto hacia los demás y en especial conmigo mismo.

— Qué bueno Adrián, iniciaste una transformación. Eso quiere decir que estás despertando. Estás eliminando ilusiones y viendo desilusiones que te liberan de la mentira. Recuerda, ¡el desengaño es la piedra fundamental para un nuevo ser! Despertar del letargo torna al hombre sabio. Todos somos llamados a ser en la verdad, a buscar el horizonte inmortal, a relativizar lo absoluto y amar lo relativo.

— Ja, ja. ¡No sigas hablando! Ando cansado y cuestionado. Prometo que no faltará tiempo.

- Vete a dormir entonces.
- Creo que sí. Necesito descanso.

Al despertar se encuentra solo en la casa. Siente que el aire fresco aviva sus pulmones. En eso la ve. Estaba envuelta en sus trapos de madera con esas tenzas cuerdas que la atraviesan de lado a lado. La mira con detenimiento y no descubre el por qué de la ansiedad de cargarla. Es la primera vez que siente una necesidad enorme de cantar. La guitarra parece esperarlo desde hace tiempo.

En eso un grito sorpresivo lo desconcentra de un enamoramiento que comenzó inesperadamente entre dos almas que viven del aire, y vibran al son de la belleza.

- ¡Adrián!
- Acá ando abuelo.
- ¿Dormiste bien?
- Súper.
- ¿Qué haces mirando?
- La guitarra. La veo distinta.
- Mira tú —comentó Leonardo como a los locos. ¿Querés el juego?
- ¿Qué juego?
- Hice un pequeño juego de números.
- ¿Otra vez con cifrado?
- No es para tanto. Es una tabla numérica que pondera tu misión.
- ¿Pondera mi misión?
- ¡Wake up! ¿Se escribe o se hace? ¡Solito la descubrirás!

20	983	773	53	52
443	34	563	22	643
293	23	8	823	883
173	12	31	24	41
6	101	13	103	14

- No entiendo nada.

— Hay muchas definiciones, desde lo oculto a lo visible. Concéntrate en comprender lo que no puedes ver.

— ¡No empieces con lo mismo!

— Concéntrate en los números. Puedes descifrarlo si te dejas llevar.

— Prometo hacerlo pero a mi tiempo.

— Como quieras. Recuerda que el tiempo...

— Sí, sí... es atemporal. Ahora estoy atolondrado. ¡No puedo!

— Ja, ja. ¡Exagerado!

— Lo que se hereda...

— Tranquilo gurí. *No problem*. Te dejo descansar. Salgo a pastar las vacas.

Las horas desfilan, mientras el muchacho no deja de disfrutar los momentos.

— Buen día Adrián –dijo Natalia al entrar.

— Hola Nati. ¿Cómo estás?

— Je, je. Yo bien. ¿Y el convicto?

— ¡No es para tanto! No hubo razón para quedarme en la comisaría, fue una decisión del comisario quien eligió pensar que era bueno para mí.

— ¿Ah sí? ¿Te pegaron para que pensaras así?

— Ja, ja... ¡Es que la vida es tal cual! De nada puedo quejarme.

— ¡Bueno, bueno! ¿Qué pasó?

— Cosas mías, pero hoy las veo claras.

— Parece que has crecido, se ve en tus ojos.

— Mmm. ¡No puede ser! ¡No me asustes!

— No te asustes gurí. El miedo no es real. Deja que el interior fluya sobre ti y podrás ser un caballero de la verdad.

— ¿Vos también? ¿Qué querés decir?

— ¡Que la vida hay que vivirla! El mundo siempre deja que los demás te vivan la vida; ¡error enorme! Hay que elegir como vivir. ¿Conoces el cuento “Entre pórticos”?

— No. Nunca oí de él.

— Tiene más de diez años. Estuvo guardado en un cajón hasta que salió. Dice así:

No recuerdo la ciudad, el pueblo o la zona,  
pero recuerdo qué sucedió:  
un día soleado de otoño, un joven comenzó a avisar.

Frente a dicho aviso los habitantes, comenzaron a estremecerse,  
por curiosidad en conocer a este personaje.  
Pasaron las horas y entró por el pórtico principal,  
un hombre detallado, de sereno semblante, montando en pelo.

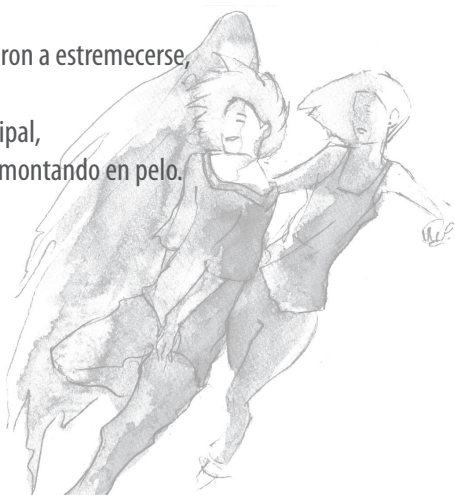
Todos al observar a este hombre,  
de barbas largas y de buen hablar,  
se pregunta el por qué de su montura.

El caballero sin montura...  
El caballero sin montura...

Pasaron los días, preparaba sus cosas para seguir su camino,  
cuando de repente escuchó gritos de un niño pidiendo auxilio.  
Sin pensarlo dos veces salió a socorrerle,  
al llegar al lugar pudo observar a un hombre descargando su ira  
y le dijo: Suelta al niño... ¡Suelta al niño!

El hombre aristócrata contestó:  
Vete de aquí si no quieres morir a espada.  
El caballero bajó de su corcel y mirándolo a los ojos replicó: Suelta al niño.  
Enfurecido comenzó a gritar:  
¡Prepárate a pelear, porque morirás,  
por haberme ofendido frente a mi pueblo!

El aristócrata comienza a cargar su armadura,  
su espada, su escudo de resguardo.  
El caballero se quitó su armadura,  
dejó su espada y escudo junto a su corcel.



En dos movimientos le quitó la espada quedando sobre él,  
lo dejó inmóvil perdonándole la vida.  
Nadie podía entender lo que sucedió hasta que el niño le preguntó:  
¿Por qué al pelear te quitaste la armadura y quedaste indefenso?

Con el armadura evitaba me agarrase,  
le daba libertad a mi cuerpo, y con la espada evitaba la muerte.  
¿Para qué tanto el exterior si el interior nos da la verdad?

— Interesante...  
— Ja, ja. ¡No estás pa' nadie! ¡No entendiste nada!  
— ¿Se nota?  
— En este cuento se describe mucho más que a un caballero. ¡Fíjate bien!, está el pueblo, el niño, el terrateniente y el caballero, pero al mismo tiempo estamos vos y yo en todo momento.

— ¿Por qué?  
— Mirá el principio: “Desde el puesto vigía un joven comenzó a avisar el arribo de un caballero”. Pensemos. ¿Quién es ese joven? ¿Quién es el caballero?

— Mmm. ¿Soy el joven? —pregunta inseguro.  
— ¿Estás seguro? Generalmente al leer una historia la gente se ve reflejada con el principal, o con su enemigo, pero nunca observa más allá de lo que ve. Dices que te reflejas en el joven pero puedes ser cualquier personaje.

— Ja, ja... Tu reflexión es demasiado.  
— Recuerdo la primera vez que leí *Macbeth*, la de Shakespeare. En ese tiempo me identifiqué con Macbeth, su señora o Banquo; pero hace dos semanas lo volví a leer y me he dado cuenta que puedo estar en cualquier lado y bando. He visto cómo en mi corazón viven todos los personajes, desde el maldito hasta el bueno y justo general. ¡Como vos que estás llamado a la vida! La gente se convence que lo importante es la apariencia, olvidando lo que el corazón pide. Ese es el momento en donde se ahoga en su propia porquería, creyendo en convencimientos estúpidos y en mentiras trastornantes.

- Creo que...
- ¡No hables! ¡Pensá en vos mismo! ¿Quién sos y quién querés ser? Las dos cosas están fusionadas. ¡No te inventes a ti mismo!
- ¡No tengo la respuesta! Siempre pensé ser de una manera pero hoy veo que las cosas son mucho más grandes. La vida está mucho más arriba que mi propia razón.
- ¡Estás caminando muy rápido gurí! No aceleres el proceso sino la vida se desbanda. Cuando vuelvas a tu tierra, allí llegará el tiempo de la prueba. Ser tú mismo o mentir.
- ¡Huy!... como si fuera simple la decisión.
- ¡Es difícil!, pero la vida siempre te regala dos caminos, la verdad o la mentira. No existe el término medio.
- Paso a paso.
- ¡Hasta eso es relativo! Tu ser es único y no se basa en el tiempo. Siempre fuiste el mismo lo que sucede es que muchas veces elegiste en la mentira.
- Siempre fui domesticable pero en la comisaría me di cuenta que quiero sacarlo de mi *status quo*.
- ¿"Status quo"? ¡Qué vocablo! Me deja contenta lo que decís pero deberás enfrentar a tus padres y hasta a tus amigos. Deberás demostrar quien sos en realidad. Será difícil pero no imposible.
- ¿Tenés muchos amigos Natalia?
- En verdad no. Con los dedos de una mano los puedo contar.
- ¿Me querés decir que la vida del auténtico es en soledad?
- ¡No!, no dije estar sola pero estar acompañada no quiere decir tener amigos. Muchos me conocen y si hago una fiesta la casa se llena, pero en mi corazón están los que me acompañaron en los malos momentos y el creador.
- Mmm. Con ese no me meto. Hay cosas que me parecen vanas.
- Sufrís lo mismo que sufre todo hijo verdadero. Tenés una mala asociación entre Dios y tu vida.
- Tal vez.
- Una de las primeras cosas que debes entender es que Dios no es iglesia, y si existe o si no existe, tampoco es un problema a la hora de vivir. Yo creo que Dios es todo lo que nos rodea. Es cierto que el mundo

lo define como a un personaje que te mira y te juzga por no poder llegar a ser como su hijo, pero eso es un cuento tan grande como todo el universo. ¡Vos Pensá! Si Dios es como dice la iglesia católica, la luterana, la protestante, la anglicana, la evangélica, etc... debemos decir que es un estúpido, con poca sabiduría y que necesita jugar con los hombres para sentir el poder... pero eso no es Dios, más sino solo *es*. Acá en la tierra muchos creen que luego de morir nos elevamos al cielo donde nos juzgan de lo que hicimos mal o bien; otros viven con el karma y dharma que según nuestra ética de vida es vivir y reencarnarse... pero ¿quién sabe la verdad? Todo eso es una idea, una suposición, algo irreal para tener una meta ilusoria de vida. ¿Qué se puede constatar de todo eso? Si hoy en día sabemos que muchos actos son psicosomáticos y que la mente es el arma más poderosa de la tierra, ¿cómo podemos asegurar que la vida está basada en decisiones celestiales (Dios, energía, metafísica) o en reencarnaciones para el crecimiento espiritual? Lo que sé con exactitud es que Dios está en mí. Yo soy y eso basta. Si el mundo supiera que somos dioses, todo estaría en paz, pero más vale descansar en los demás y de esa manera evitar situaciones engorrosas de responsabilidad.

— ¡Huy! Cuestionamiento 100%.

— Para mí esa es la verdad de la naturaleza. Si la busco en los libros y escritos nada hay porque todos la definen de una manera diferente y al mismo tiempo entreverada. Creo que lo mejor que hice fue buscar a Dios dentro de mí misma y así conocer su definición.

— Me cuesta creerte.

— ¡Pensamiento mundano y miedoso! Tenés que entender que llevás todo el poder dentro tuyo. Podés lograr cosas que nunca imaginaste, pero si te dejas guiar por los miedos y la cobardía, estarás siempre amarrado a la estupidez. Si eres fiel a la creación verás que podés lograr lo imposible. Serás carácter natural luchando por la única verdad. Serás un verdadero caballero.

Adrián está exhausto. Mira a Natalia con ojos de escrute. Esta nueva visión de Dios libre le genera ansiedad. El mate de mano en mano no permitía que la tensión se esparciera. Hasta los mismos pájaros apagan su canto.

— Hablaste mucho Natalia.

- ¡Perdón! Me posesiono cuando hablo de la autenticidad.
- ¡Ya veo!
- ¡Mirá la hora que es!
- Gracias por conversar.
- Un gustazo compartir con este caballero lo que siento y creo.
- Hoy siento que mi corazón pide verdad en todo. Tengo un tema importante con el abuelo que quiero discutir.
- Tendrás una tarde ocupada entonces.
- No creo. Esperaré el momento indicado.
- Muy bien. Eso es lo mejor.

Natalia sale de camino mientras Adrián se dirige al escritorio. El sillón lo aloja notablemente mientras descansando piensa fríamente en todo lo sucedido. El muchacho se siente cobarde y al mismo tiempo en revolución. Sus ojos observan pero no le permiten decidir. La vida se le está desmoronando. Su personalidad no tiene cimientos. Es el momento para decidir si muere en la ruina del miedo o abandona la imagen que ha cargado durante tantos años. ¿Qué haría yo? ¿Qué harías vos?

## SEGUNDA PARTE

### - LA INFUSIÓN DEL ACUERDO -

## - 7 -

### Segunda encrucijada

Estos días han dejado en Adrián una extraña sensación, como si un químico reflexivo se haya introducido en él llevándolo a ser parte de una nueva composición.

Los votos al silencio, a la mentira y a la impunidad social parecen haber desaparecido. Esas discusiones censuradas y esos apegos materiales nunca lo ayudaron a resolver sus disyuntivas. Adrián es una bomba sin cuenta regresiva. El muchacho está entusiasmado en soltarse pero aún tiene mucho miedo de enfrentar la autenticidad.

El jueves en la mañana Leonardo le despierta.

— ¡Adrián tu madre en el teléfono!

— Gracias abuelo. ¿Qué quiere?

— No tengo idea. Será para avisar que regresó.

— Hola mamá.

— Hola Adrián. ¿Cómo estás? ¿Cómo estuvo todo por ahí?

— Por acá todo bien. ¿Ustedes?

— Nosotros bien. Ya estamos de vuelta. Cuando vuelvas te contamos.

— Bien. Invitaré al abuelo a que vaya unos días.

— Buena idea. Le preguntaré a tu padre.

— No es necesario, el abuelo va conmigo y duerme en mi cuarto. No tenés por qué consultar.

— ¿Y esto ahora? Siempre tu padre decide.

— Sí, pero ya es tiempo que decida yo mismo.

— No entiendo —dice la madre algo asombrada—. Hablá con tu abuelo y vean lo que es oportuno.

— Buena idea. En la tarde llamo para avisar de nuestro regreso. Espero que sea pronto porque estoy deseoso de volver.

— Me alegra.

— Nos hablamos. Chau.

Al colgar nota que sus manos temblequean suavemente. Los nervios al decir que él quería decidir sobre sí mismo habían sido notorios, su pulso se había desestabilizado. Su espalda a cambio se siente mucho más aliviada, siente que ha dado un paso demasiado grande para su independencia. Él sabe que haber dicho por primera vez que “no”, le ayudará a poder respetarse. Se siente liberado de esa cárcel psicológica del “sí fácil” que lo ha resumido tanto tiempo como el “pingo” del mejor postor.

— ¿Todo bien? —preguntó Leonardo al notar en su rostro el ceño fruncido.

— Sí, todo bien. Quería pedirte que me acompañes unos días a casa. Sé que mi vida ha cambiado y no quiero que el miedo me atosigue.

— No vale la pena muchacho. Bien sabés que mi vida es Cerro Chato.

— Lo sé, pero necesito tu ayuda. Acompañame una semana a mi territorio. Soy débil y puedo dejarme manejar. Siete días para poder enfrentar todo.

— Bueno, pensándolo bien me parece justo. Iré contigo el fin de semana pero el lunes me regreso.

— Gracias abuelo, ¡lo tendré en cuenta!

— ¡Ni se te ocurra! Voy porque quiero. Nada de deudas. Todo es libre.

Adrián sin pensar mucho se lanza hasta la agencia a comprar los boletos para el sábado a las quince treinta. Al salir y de camino se cruza con don Pereira, una amistad que formó mientras vivió allí.

- ¡Pereira! ¿Cómo vá?
- ¡Vecino! Yo ando bien. Como siempre acodado a la barra esperando algún mandadito pa'hacer.
- ¡Qué lujo! Yo acabo de marcar el boleto de regreso a Montevideo.
- ¿Ah sí? ¿Pa' qué día?
- Para el sábado en la tarde. Me voy con el abuelo unos días.
- Un poco de abuelo en la capital será bueno.
- Sí. Eso creo.
- Recuerda siempre el escudo donde dormiste este tiempo: “Libertad y progreso”.
- Ja, ja. Siempre compadre. Nunca olvidaré este tiempo. Creo que ha sido muy bueno.
- Me alegra. Espero nos recuerdes con alegría.
- Así será vecino. Sigo mi camino.
- Claro muchacho. Vaya con Dios que yo me quedo con la Virgen.
- Ja, ja. Alguna vez déjeme a la virgen compadre que el viejo es súper aburrido.
- Ja, ja. Nos vemos compañero.
- Nos vemos.

Ya en la tarde...

- ¿Y eso?
- Pensamos con Natalia hacer un asadito a las brazas. Nos daremos una paliza de carne sin pesar y unas ricas ensaladas.
- Estaré seguro en la mesa pero ahora salgo y vuelvo en un rato.
- ¿Adónde vas?
- Enseguida regreso.
- Adrián sale sin rumbo fijo pero seguro. Luego de tanto caminar llama a la puerta.
- ¿Quién es?
- Elvira, soy Adrián.
- Hola muchacho ¿Qué pasa? No te quedes afuera.
- He venido a saludarte. El sábado me vuelvo a Montevideo. Quería agradecerte por todas las charlas.
- Nada que agradecer. Doy lo que me parece justo.
- Lo sé. Me has ayudado mucho.

— Me alegra que así sea. Lo importante es que al regreso no te dejes atormentar por todas las personas que no han visto el cambio.

— Será una lucha grande.

— Sí, pero el cambio que has tenido en estos días, juzgando solo tus actitudes, casi nadie se anima a hacerlo. Afrontar quien eres y defenderlo a capa y espada es digno de un caballero. No todos están preparados.

— Puede ser... yo tampoco sé si lo estoy.

— Ya lo hiciste Adrián. El paso que diste no tiene vuelta atrás.

— Tal vez... sé que quiero sostener mi vida, pero el miedo me acosa.

— ¡Esa es la verdad! El miedo siempre está hasta el primer enfrentamiento. Luego te darás cuenta que tienes un poder que puede sobrellevar todos esos tiempos sombríos. Nadie te dará lo que tú no te esfuerces por conseguir.

— Me es difícil pensar en todo lo que se me viene.

— Acordate que muchas ideologías de vida buscan quitarse la responsabilidad buscando de esta manera a un culpable donde descargar sus miedos y mentiras. Esas personas no son malas, son ignorantes que basan su existencia en seguridades monetarias. ¡Una mentira! La vida se basa en nosotros mismos y en nadie más. Muchos te juzgarán de egoísta, loco, soberbio, sin escrúpulos, pero ¡no temas! ellos te apalearán por envidia. Ninguno de ellos se animará a hacer lo que tú has hecho. Tienes que vivir en paciencia contigo y con los demás. Debes estar contento porque nadie te querrá por lo que aparentas sino por lo que eres. No dejes que el miedo te gane. No olvides que los sentimientos son dos: miedo y amor. No existe otro sentimiento. Todos los demás son creados por nuestra psiquis para mentirnos, pero no son del corazón.

— Estaré atento a esas cosas.

— Que tengas un buen viaje y recuerda que Cerro Chato ha estado contento de hospedarte.

— Sí. Lo sé. Quedo agradecido.

— Gracias a ti también por venir y ayudarme a madurar.

— ¿Por?

— Todos crecimos contigo. Nada está fuera. La interrelación de vidas lleva a cruzar caminos y por ende a crecer.

— Es una linda visión. Me voy. Nos estamos viendo pronto.

— Hasta pronto.

Las calles de camino a lo de su abuelo cubren de despreocupación la ciudad. Al llegar salta la verja y corre al parrillero.

— Volví.

— ¡Que bien! —dice Natalia—. Te estamos esperando.

— Perdón la demora.

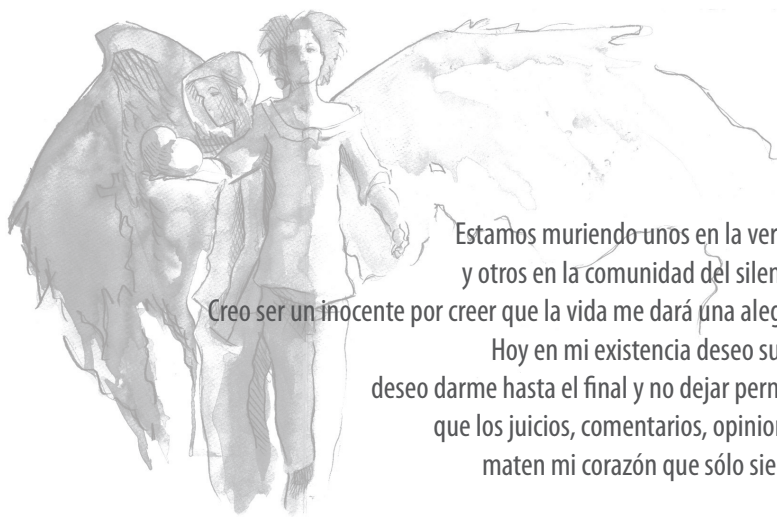
— ¿Qué te servís Adrián?

— Un buen pedazo de carne.

— ¡Ese es mi nieto!

La cena pasa con muchas carcajadas y alegrías. El vino tinto ayudó a adobar todo aquello.

Al finalizar Adrián se retira a su cuarto, se tira en su cama, toma su cuaderno y escribe:



Estamos muriendo unos en la verdad  
y otros en la comunidad del silencio.

Creo ser un inocente por creer que la vida me dará una alegría.

Hoy en mi existencia deseo sufrir,  
deseo darme hasta el final y no dejar permitir  
que los juicios, comentarios, opiniones,  
maten mi corazón que sólo siente.

Porque en mi existencia estoy viviendo, resumido en sentimiento  
porque veo que en mí se está cumpliendo.

El ser honrado a un acuerdo en mi corazón y mi ego,  
mientras tanto me cuestiono... sobre el ser o no ser.

Si razono estoy equivocado, es que vivo en un calvario  
cuanto más me veo, más entiendo  
'donde abunda ciencia y sufrimiento'.  
Hoy soy, este loco irracional,  
que no admite la moral, corte la oportunidad,  
del vivir más allá de la hermosa realidad, de la hermosa realidad.

Qué me verá sufrir en el respeto a la verdad... a la verdad.  
Este corazón que no se arrepiente de ser lo que es... de ser lo que es.

Porque en mi existencia estoy viviendo, resumido en sentimiento  
porque veo que en mí se está cumpliendo.  
El ser honrado a un acuerdo en mi corazón y mi ego,  
mientras tanto me cuestiono... sobre el ser o no ser.

La mañana del sábado se despertó sin mucha pretensión de sol.  
Las nubes densas abrigan el azul del cielo que alberga a un sol que hoy  
está oculto a los ojos de la ciudad.

Leonardo y Adrián se levantan temprano para tomar unos mates y  
desayunar esas ricas galletas de campaña.

Al ver que el día invita a la introspección el muchacho pregunta:

— Abuelo, ¿cómo fue tu vida con Masalana?

El abuelo al escuchar esta pregunta que descolgó Adrián de algún  
lugar que ni él mismo podría haber imaginado que existía, queda pen-  
sativo y cabizbajo sin saber si era prudente dar una respuesta a ese tema  
que lo ha marcado mucho, y le ha causado tanto dolor.

— ¿Por qué preguntás eso?

— El otro día encontré una carta entre las páginas del manual de  
numerología que me impresionó. No sabía que el alejamiento de mi  
madre fue por una recomendación de tus padres.

— Espera muchacho. Es cierto que mis padres me recomendaron que dejara a tu madre con ellos, pero yo lo acepté, algo que el día de hoy no sé si fue lo acertado.

— ¿Pero eso quién lo sabe?

— ¿Lo qué?

— Que tus padres te habían dicho que no te trajeras a mamá a Cerro Chato.

— Nadie lo sabe. Eso es un tema entre mis padres y yo.

— Sí, pero es algo que te ha ensuciado por mucho tiempo, y creo que ha sido la causa de este alejamiento que existió siempre con nosotros. Además me hablás del silencio y estás siendo esclavo del mismo silencio. ¿Quién te entiende?

— No todo es como se mira. En mi juventud tomé decisiones y elegí aceptar las recomendaciones de mis padres. Realmente no quería que viviera una situación tan fea como la dictadura por acá. Fue una etapa muy difícil.

— Entiendo, pero eso nadie lo sabe. Nunca lo has hablado con mamá y los comentarios que escuché siempre fueron negativos.

— Me imagino.

— Entonces abuelo, no seas tan malo contigo mismo. Me parece que esto es bueno que lo hables con mamá para que se repare un poco esta relación.

Leonardo es la primera vez que se nota desilusionado consigo mismo. Se ve en él un sentimiento de culpa que ha guardado por mucho tiempo, y ahora por este cuestionamiento de Adrián se ha vuelto a poner en el tapete.

Mirando sus manos y razonando sobre él, reflexiona sobre aquella historia que lo ha momificado en un personaje abandonico.

— No creo que sea para hablar —continúa Leonardo—. De seguro que le pediré perdón por mi actuar, pero este tema tiene más de treinta años y creo que no es bueno traerlo a la luz.

— Como quieras.

Adrián queda realmente molesto con esta decisión. Callar tantos años oscuros por no querer traerlos a la luz le molesta, pero sin más respeta la decisión del viejo.

— ¿Llegaste a leer esta carta?

“Cerro Chato, viernes 6 de octubre de 1972.

Leo: Dos días faltan para que vengas y sin vos, esto es insoportable. Te extraño mucho. Me es difícil estar sin ti en estos tiempos.

Ayer se dio una situación muy fea con el ejército. Entraron a casa, allanaron todo, dejaron las piezas en completo desorden. Por suerte Elvira me ayudó a ordenar. Realmente me desilusioné mucho. Por cualquier cosa el ejército te define como revolucionario y te encasilla en una suposición antidictatorial. ¡Qué locura!

La situación militar es bastante asqueante por acá. Vas caminando por el pueblo y no podés levantar la cabeza. Si mantenés la mirada sienten que les estás desafiando. ¿Quién pudo poner al Uruguay en esta situación?

Espero que a tu regreso me cuentes como se pasa en la capital pero acá es muy decepcionante. Los propios amigos luego del allanamiento de ayer me miran con otros ojos. ¡No puedo creerlo! Los Fagundez como los Viera hoy me miraron mal. ¿Por qué?

Perdona por tanta mala onda pero me hace bien escribir esos razonamientos que me molestan, pero mejor dejo de escribir y me acuesto a dormir. No sé porque siempre escribo de noche.

Te mando muchos besos y no olvides que te quiero siempre. Espero poder verte pronto. Enviale muchos besos a Vicky. Dile que la quiero mucho.

Masalana”

Ambos quedan pensativos. Adrián comprende el sentimiento de Leonardo. Siente que no es bueno destapar todo un tiempo de dolor para ambas partes. Reconoce que la exigencia de hablar puede ser peor que guardar situaciones hostiles, pero sabe que lo que necesita el dolor para ser desterrado es salir a la luz y ser enfrentado. Él sabe que su abuelo tiene que conversar todo esto con su madre y así, sanar esas profundas heridas que sangran desde hace más de treinta y cinco años.

En eso llega Natalia.

— Hola ¡Qué caras! —dijo ni bien entró.

— Buen día Nati.

— ¿Cómo van los preparativos?

— Va todo bien —contesta Adrián—. Estamos muy tranquilos tomando unos mates y preparando los bolsos.

— ¡Buenísimo! Yo vine a saludarles ahora porque en la tarde llegan de Santa Clara del Olimar unos familiares y quiero recibirles con un rico té.

— Mil gracias Nati. Para mí ha sido un honor haberte conocido.

— Igualmente muchacho, ha sido un gusto. Con respecto a tu regreso no olvides que tan solo *es* lo que tú quieres. Días estarás abatido pero no decaigas. La vida es mucho más que un miedo o desánimo.

Adrián ríe tiernamente y se retira a su cuarto. Natalia ve en la cara de Leonardo algo diferente. Descubre que el viejo está melancólico y al mismo tiempo relajado. Hacía tiempo que no se veía en él esa pachorra de mirar el mate sin pensar, acariciarlo mientras lo tiene entre sus manos.

— ¿Y vos Leo? ¿Estás preparado para el viaje?

— Lo estoy. Igualmente presiento que será difícil la estadía. Tal vez son solo locuras mías pero me cuestiono.

— ¡Vamos Leo! Será bueno un poco de capital. No estés estresado. Vos sabés que Virginia te quiere y te respeta.

— Lo sé, pero hoy Adrián me preguntó sobre Masalana. La vida con ella, por qué no me traje a Vicky conmigo.

— Está bien. Se quitó sus dudas.

— Es cierto, pero me hizo pensar en que lo mejor será conversar con Virginia para que sepa cómo fueron los acontecimientos verdaderos.

— ¡Ánimo Leo!, el pasado no es más que recuerdos. No permitas que esos recuerdos te hagan daño. Hablalo con ella y así se liman los malentendidos que existen.

— Veré que hago. Sé que estaré bien pero me asusta un poco el cambio.

— No te preocupes... acordate que vos me lo enseñaste.

— Gracias Natalia.

— Me voy. Te dejo un beso y mucha fuerza para el viaje.

— Igual para ti. Ni bien regrese me pondré en contacto con ustedes.

— Lo sé.

A la hora quince Leonardo y Adrián salen juntos para la agencia. Esa tarde es diferente para los dos. Adrián quiere confrontar de una vez la realidad, saber quién es, enfrentar a sus amigos y conocer la idea

que tienen de él. Quiere defender su espacio de hijo en la familia y sus prioridades. Quiere adueñarse de ese pequeño mundo que le pertenece.

Leonardo en cambio, hoy se siente como perdido. Entre varias cosas que renacieron con el recuerdo de Masalana, no sabe si quiere conversar con su hija de aquel tiempo de abandono o tan solo pedir perdón. Es como si a ambos se les abre una puerta tridimensional que los transporta a dar el salto. Están serenos pero con ansiedad de ver el precipicio.

El ómnibus atracó a las quince y cuarenta y cinco en la agencia con la gracia característica de los minutos de reparo para quienes quieren ir al baño y adobar el estómago con algo. Aquellos suben, marcan sus boletos y se dedican a dormir. El viaje es largo y tedioso. Ellos saben que es bueno descansar para conservar energías.

La nave arriba a la terminal de Tres Cruces a las diecinueve y treinta. Ambos bajan callados y agobiados por tanto ruido ambiente. La contaminación sonora de la capital provoca molestias e incomodidad.

Al salir rápidamente de la estación Adrián solicita un taxi y suben.

— ¡Gracias gurí!

— ¿Qué decís abuelo?

— Siento que es el mejor momento para venir a Montevideo y solucionar las controversias con tu madre.

— Qué bueno escuchar eso. Yo en verdad no sé nada, son temas de ustedes. Espero que sea todo para bien y puedan entenderse y respetarse. Vamos a Lucas Obes y Juan Carlos Blanco —le indica al taxista.

El viaje ocurre en silencio introspectivo y bondadoso. La sangre de Adrián está enardecida por el bien de la libertad y del ser. Su mente baila con pensamientos de alegría y ponderación hacia la querella del respeto. Ese silencio que los antecede tan solo los une en una simple misión de liberación extrasensorial entre ellos y un mundo ambivalente de emociones inventadas y mamadas del error.

Al llegar vislumbran que la parrilla del fondo está encendida.

— ¡Buenas noches familia! —grita Adrián al pasar el portón principal.

— ¡Adrián! —grita Daniela contenta.

La puerta tridimensional acaba de ser abierta. Adrián y Leonardo saben que a partir de ahora comienza el juego. Ellos saben que ese silencio egoísta y miedoso que han recabado en miserias e introspecciones deliberadas por la sociedad o por libros antiguos debe ser eliminado. Saben que la partida de ajedrez está sobre el tablero. ¿Deben defenderse como potro indomable o como simple peón que se amolda a una verdad embustera impuesta por el respeto a la imagen de Narciso?

Se ha abierto la puerta del traspaso del inframundo a un mundo terrenal y carnal. Es el momento de prevalecer como ser humano en una sociedad irreal de ideologías abstractas, que rompen la ilusión de existir por miedo a comparaciones que se insertan en nuestra mente por situaciones que se catalogan como error, cuando la verdad es catalogarlas como de “camino al acuerdo”. El timbre ha sonado. El juego por el respeto a uno mismo ha comenzado. ¿Vale la pena jugarlo? ¿Vale la pena encender un tiempo de demolición?

Entre tanto la familia los recibe con alegría.

— Hola Adrián. Bienvenido.

— Gracias papá. ¡Qué bueno verlos!

— Siento lo mismo hijo.

— “Niño, mi niño...”

— ¡Mamá!

— Lindo como siempre.

— Gracias mami. Invité al abuelo a pasar un fin de semana.

— Sí, lo he visto. Qué bueno que hayan venido.

— ¿Dónde está mi hermana mayor?

— Se fue con unas amigas de shopping.

Leonardo sin darse cuenta utiliza a Adrián como escudo, va siempre detrás de él sin levantar mucho la cabeza. Aquel hombre distinguido de Cerro Chato ha caído en suposiciones y miedos.

Al cruzar la mirada con Virginia todo se libera. El recibimiento de la familia con risas y alegrías se ve envuelta en ojos lagrimosos de emociones arraigadas. Ambos saben que la alegría por verse y abrazarse es muy grande, pero los dos quedan mirándose y titubeando.

— Hola papá.

— Pequeña...

Sin pensar Leonardo se acerca y la abraza tiernamente. Ese abrazo dijo más que muchas palabras. El amor que emanaba para con su hija era notoriamente limpio. La mirada paternal de haber encontrado una hija envolvió a Leo en un sentimiento de mansedumbre y generosidad jamás sentido. Aquel miedo a no ser querido había desaparecido. Leonardo sabe que tiene que hablar por los viejos tiempos. Sabe que vale la pena esclarecer su postura de dejarla en la capital mientras vivió en Cerro Chato, sabe que compartirlo con su hija limpiará esa culpa que ha cargado durante tantos años.

— Gracias por recibirme pequeña.

— Papá, siempre están abiertas las puertas de mi casa. Nunca dudes eso.

— ¡Hola suegro! —gritó Osvaldo.

— Hola. Hacía tiempo que no los veía. Se ven muy bien.

— Gracias. Yo cada vez más viejo y usted cada día más joven.

— ¡Las apariencias engañan!

— ¡Hey!, abuelo, vamos a dejar el equipaje en el cuarto y te muestro donde dormiremos.

Ambos salen casi corriendo. Las risas de expresión no permitían que se acoplaran a ningún sentimiento de error. Saben que están bien y se sienten seguros de sí mismo.

El color verde de la enredadera embellece todo el lugar. El fuego del parrillero cruje y consume con rapidez los leños que calientan unas grandes costillas de cerdo. El aroma del condimento en base a sal, adobo y pimienta se aprecia desde la ventana del cuarto.

— Ese olorcito me está matando. Vamos abuelo que tengo hambre.

Alrededor de la mesa estaban todos sentados hablando y riendo. El equipo de música anima la escena con unos *oldies* de la década de 1980.

— Ya estamos listos —dijo Adrián.

— Esperemos unos minutos para que las costillitas estén justas para hincarles el diente.

El copetín con papas fritas, maníes, quesitos, cantinpalo, etc. alegra todo el lugar. La cerveza que tanto gusta colma de alegría las gargantas.

— Adrián —dice Virginia—, ¿cómo te portaste en Cerro Chato?

— Eso tiene que responderlo el abuelo. Él me ha educado... ja, ja. Me he portado bien y he disfrutado mucho de este tiempo. ¿A ustedes cómo les fue en las playas? Se les ve bronceados.

— Sí —contesta Osvaldo—. Pasamos excelente. Se te extrañó.

— ¿Y ahora me lo decís? Ja, ja.

Adrián sabe que en cualquier momento se descuelga una conversación de azotes. Sabe que comenzarán a preguntar y a inquirir en él y su vida. La tensión en su mente crece. Los acontecimientos vividos y el deseo de defender su personalidad se acerca.

— Se te nota cambiado.

— ¡Cambié!, pero creo que otro día tenemos que hablar de muchas cosas.

— ¿Muchas cosas? ¿Pensamientos nuevos?

— No son pensamientos; es que no soy el mismo de ayer.

— ¡Epa! ¿Cambiaste de vida?

— Nada de eso mamá. Decidí que la vida sea mía y de nadie más.

— Qué bueno. ¿Te irás a anotar a la facultad?

— ¿Y eso qué tiene que ver? Estamos hablando de otra cosa. Sobre la facultad no estoy seguro.

— ¡Lo que digas!, pero acordate que el corazón no te dará de comer.

— Tal vez, pero estoy seguro que el corazón me dará la felicidad y vale más que cualquier cosa que uno pueda comprender.

— ¡Están prontas las costillas! —grita Osvaldo desde la parrilla.

— Estamos esperando —comenta Adrián.

Dicha respuesta descolocó a Virginia, no se esperaba nada de esto. Adrián amaba ser arquitecto. No entiende la razón de dudar de su elección.

Sentados a la mesa, todos disfrutan de aquellas costillitas que no dejan de adobar el aire con un aroma exquisitamente lúdico.

— Virginia.

— ¿Qué pasa?

— Quería pedirte disculpas por si fui un mal padre.

— ¿De qué hablás?

— Nuestra vida juntos, tu niñez en soledad, los malos momentos contigo y con tu esposo. Perdona.

— ¡No digas eso papá!, fuiste el mejor padre que me tocó. Siempre has estado. Siempre te recordé en los momentos críticos. No vuelvas a

decir esas tonterías. Además, si hay alguien que debe pedir perdón soy yo que he sido la que eligió vivir lejos de ti.

— El que no te vino a buscar en tu niñez fui yo. Me dejé llevar por un consejo que en ese tiempo reflexioné como bueno y te dejé viviendo con los abuelos, pero en verdad deseaba que estuvieras conmigo.

— Tal vez así fue, pero ¿de grande? ¿Quién fue la que no quiso establecer una relación? ¿Quién fue la que quiso valerse por sí misma?

Las palabras habían tajeado el aire. Tanto Leo como Virginia quedaron inmiscuidos cada uno en sus asuntos. La comunicación no se logró. Ambos dieron su opinión pero no permitieron comprender la otra. Adrián mira desde lejos pero siempre con los oídos abiertos.

— No se están entendiendo —dijo Adrián mirándolos.

— No te metas en esto —dijo Virginia.

— Mamá, leí una carta y fue claro lo que sucedió contigo y el abuelo.

— Adrián por favor no te metas.

— ¿Qué pasa abuelo? No se están comunicando por dar solo excusas. Déjense de inculparse y hablen. Entiendan que los bisabuelos fueron pieza fundamental. Ellos dijeron que no querían dejarte ir con él y con su mujer.

— Cállate niño.

— No me callo nada. Siempre en esta casa el silencio es la solución a los problemas. Ambos parecen unos niños que quieren ocultar las cosas. ¿Por qué no le decís todo lo que sufriste por no vivir con él? ¿Por qué no le decís lo que opinaba Masalana? Dejen de razonar en el error. Sean libres y hablen.

La tensión crecía en el aire. Daniela y Osvaldo miraban de afuera toda la situación. Ninguno se animaba a conversar. El cerebro responsable de reconocer y responder a las distintas emociones, no tenía lugar tangible para expresarse. Todos quedaron pasmados con el comentario de Adrián.

— ¿Qué les parece —interrumpe Osvaldo— si brindamos por la llegada de Adrián y Leo a casa?

— Papá, siempre enrollando las discusiones en postergaciones innecesarias. Dejé que hablen.

— ¿Podés callarte y respetar?

— Eso mismo te digo a vos. Dejá que hablen.

La cena se estaba poniendo más que tensa. El muchacho parecía desacatado. Sus cabales habían desaparecido.

La conversación se termina nublando en el silencio del miedo. Adrián sabe que la situación se le fue de las manos. Sabe que con sus comentarios no podrán conversar esa noche pero dejó el tema sobre la mesa para que por obligación deban hablarlo alguna vez. En eso suena el timbre.

— Hola Laura —dice Daniela—. ¡Era hora que llegaras!

— Hola familia. Perdonen la demora.

— Hola muchacha —dice Leonardo.

— ¡Abuelo! ¡Qué lindo verte! Me alegra que estés en casa. ¿Mi hermano?

— Aquí estoy.

— Adri, ¡te extrañé! Me alegra que hayas vuelto.

Laura, por suerte, apareció en el mejor momento para cambiar la tensión. Con su sonrisa contagiosa y los cuentos del shopping permitió que la conversación se distendiera.

El café de sobremesa terminó de llenar el estómago de los comensales. Cerca de la hora veintitrés Adrián se va a dormir.

— Leo, ¿qué pasó con Adrián? —pregunta Osvaldo.

— ¿Por qué preguntas?

— Esos comentarios que ha hecho me impresionaron. Él no es así.

— Creo que lo mejor es que se lo preguntes a él. Ha pasado por muchas cosas este último mes.

— Entonces —dice Virginia—, ¿qué hará él de aquí en adelante?

— No tengo idea.

— Pero papá, han sido pocos días, ¿cómo puede haber cambiado tanto?

— Han sido casi cincuenta días, pero creo que se lo deben preguntar a él.

— ¿Cómo fue esa transformación?

— ¡No lo sé! Es de él. No me pregunten cosas que no sé. ¡No supongan! Hablen directamente con él y quítense la duda. ¡No se pongan nerviosos! Es todo mérito de él y creo importante respetarlo. Él quiere decidir sobre su existencia y eso es algo para muchos envidiable. Ojalá

todos tuviéramos esa fuerza de vivir sin pensar en las opiniones. Está saliendo del cascarón del ocio y será difícil detenerlo.

Leonardo sin querer decir más termina el helado y se retira a dormir. Las escaleras y alfombras antes veladas, ríen sin temor de presenciarse delante de aquellos que respiran sinceridad. La silueta de las plantas de la sala de estar, están contorneadas por una libertad nunca antes vista en la casa. Parece que la misma tensión liberada por la incriminación de Adrián, había despertado a la naturaleza entumecida en la costumbre del silencio postergado.



¿Por qué?

El sol dominical se cuela por la ventana desde las primeras horas. Como ya era costumbre Leo y Adrián se levantan temprano, preparan el mate y salen a caminar.

Entre el silencio de la mañana, mientras la dormilona no quiere despertar, los dos bajan suavemente y salen de la casa para respirar un poco de fresco.

— ¿Cómo te sentís?

— Bien. ¿Por qué?

— Por la conversación de ayer. Sentí que te pusiste tenso cuando hablé con tu madre.

— No hablaste abuelo. Solo te excusaste. Me pareció una conversación mentirosa y miedosa. Estoy cansado de que todo en esta casa se tenga que ocultar.

— Pero no te enojés conmigo.

— ¡Cómo no! Estuve más de un mes en tu casa y escuché miles de cosas que me ayudaron a reflexionar sobre mí mismo, la vida, lo que me rodea... y cuando venís acá actúas como otro normal. No entiendo.

— Conoces el dicho: “Pobre del estudiante que no aventaje a su maestro”. Acá es igual. Estoy contento que puedas ver las cosas y te animes a cuestionar a quién te dijo una vez que era bueno cuestionar y dudar de todo.

— No es eso abuelo. La cosa es que hables con mamá y le digas las cosas como son. Si no querés hablar mejor cerrá los labios, sino decí las cosas como son.

Entre mate y mate la conversación se caldeó. Ambos hablan de lo mismo pero cada uno desde su realidad. Era como si el maestro y el estudiante estuvieran enfrentados a una misma situación, que cada uno afronta como suya, sin poder mirar lo que servía para el crecimiento mutuo y de los demás.

— Abuelo, creo que tienes que hablar con mi madre y contarle sobre Masalana y sobre ese tiempo en el cual apareces como quien abandonó a su hija.

— Capaz tenés razón. Yo veré como hago para encarar eso. Creo que es algo que se dará a su tiempo.

— Como digas –dijo Adrián terminando la conversación–. ¿Cuánto tiempo te quedarás?

— No tengo idea. Ayer estuve pensando antes de dormir, y creo que me quedaré hasta el próximo fin de semana. Siento que será bueno para nosotros pasar juntos.

— ¡Qué bien!, aprovecharé esta semana al máximo.

— Aparte de todo recuerda que estoy siempre. Si no estoy acá, estaré en mis pagos, pero siempre estaré.

Las calles del Prado se entrecruzan entre sí dando vueltas y vueltas mientras los árboles como los jardines reflejan el verde temprano de un verano sediento de agua y humedad.

Ya de regreso...

— Buenos días –dijo Osvaldo al verlos entrar.

— Buen día viejo. ¿Cómo pasaste la noche?

— Bien. ¿Ustedes? ¡Se levantaron temprano! Ese horario no es para mi cuerpo. ¿Caminaron mucho?

— Caminamos más en Florida. Esto fue un paseo matutino.

— ¡Hey! –avisa Adrián– en un ratito me voy a un asado en lo de Leandro. Nos juntaremos todos en su casa.

Al escuchar esto Osvaldo no sabe qué decir. Que Adrián fuera a la casa de aquel a quien él había tildado de culpable y mala compañía no le hacía mucha gracia. De igual manera como sigue preocupado por la conversación de ayer, y ese descaro que llevó al muchacho a incriminar a su madre y a su abuelo, prefiere dejarlo ir sin preguntar más. El reloj marca las once de la mañana cuando Adrián parte. Entre tanto Virginia aparece en el comedor.

— Buenos días hombres.

— ¡Hola preciosa! —contesta Osvaldo.

— Hola hija.

— Se han levantado temprano.

— Sí —contesta Leo—. Salimos con Adrián a caminar un poco.

— ¿Dónde está?

— Se fue a comer a lo de Leandro.

— ¿¡Llegó ayer y ya salió de parranda!? —contestó sorprendida.

— ¡No seas así! —dijo Leonardo—. El gurí está en etapa de amigos.

Además enfrentará su realidad.

— ¿Enfrentar? ¿Y eso?

— Quiere cambiar muchas cosas. Como les comenté ayer se ha embarcado en una vida independiente, ha elegido restringir aquel domesticismo que invadió su vida con prejuicios mentirosos.

— No entiendo papá.

— Una de las noches en casa me contó que no quiere seguir aceptando situaciones que le incomodan. Allá enfrentó muchas realidades desconocidas.

— ¿Cómo cuáles?

— Él les contará. Sufrió y maduró mucho.

— No me asustes.

— Quedate tranquila que con el correr de los días estará haciendo mención a varias de esas cosas.

Mientras tanto Adrián toca timbre en la casa de Leandro.

— ¡Buenos días muchachos!

— ¡Adrián! ¡Qué alegría verte! ¿Cómo estás hermano? Hace mucho que no nos vemos.

Al entrar a la casa nota que la situación es diferente y recuerda: “las cosas no son cosas hasta que las mismas cosas las disuelven”. Hoy siente eso mismo, las cosas son diferentes.

— ¡Hola Adrián!

— Salud Javier. ¡Está lleno de gente!

— ¡Sí! —contesta Leandro—. Al saber que venías varios quisieron saludar.

— ¡Qué bien! Nati, Gabi, Rodrigo, Carmen, Rocío, Marcelo, Patricia... ¡Muchas Gracias!

— Nada que ver —contesta Patricia—. Queríamos saludarte y saber cómo estás.

— Estoy bien de bien.

— ¡Qué bueno! Espero nos cuentes todo —dijo Javier desde el parrillero—. ¿Esas chinas, yeguas y bailantas?

— Ja, ja. De seguro que algo contaré pero otras son demasiado personales.

— ¡Ese es mi machito! ¡Eso no se cuenta! —grita Leandro.

— ¡Tranquilo gurí que no soy palo de tu tapera!

Leandro queda asombrado al escuchar que Adrián lo invitó a callar. El muchacho no genera esos choques y al mismo tiempo permanece inerte a las realidades de los demás. La mirada de Javier, otro como Leandro, quedó ida en sus ojos.

— ¿Me vas a decir que no estuviste con ninguna china?

— ¡Arriba gurí! ¡Levantá el nivel! ¡Siempre interesándote por lo mismo!

— ¿Y esto? ¿Te venís a hacer el santo?

— Imposible, pero sé quien soy y eso es bueno.

Patricia y Javier que observaron todo, percataron que Adrián está diferente. Se dieron cuenta que al muchacho le ha pasado algo. Su sonrisa y alegría eran las mismas de ayer pero sus comentarios y opiniones están embalsamadas en algo que no pueden distinguir.

Entre tanto se acerca a Javier.

— ¡Che Javier! —y más en sentido de confesión— ¿qué hace Patricia acá?

— ¿Por qué preguntás?

— Es que nunca la dejaron reunirse con nosotros.

- No sé. Rocío la invitó y ella decidió venir.
- ¡Ah mirá!
- Contame bestia –cambiando de tema–. ¿Cómo estuvo Cerro Chato?
- Uh... toda una experiencia... la vida es mía Javo y hoy la respeto.
- ¡Qué novedad!
- Sí. Es algo nuevo para mí. No quiero dejar que controlen mi vida.
- No empecés con estupideces.
- ¿Por qué decís eso?
- Patricia miraba todo desde fuera. Estaba interesada en la nueva postura de Adrián. Se le veía parado sobre sus pies. Era algo distinto para el clásico muchacho que no se anima a salir sin pedir permiso a sus padres.
- ¿De qué hablan muchachos? –dijo al acercarse.
- ¡Siempre interrumpiendo! –dijo Javier y con celos.
- Perdonen. No sabía que son confidentes.
- No es eso –dice Adrián–. Para nadie tengo confidencias.
- ¿Qué decís? –increpa Javier–. ¡Estás cambiado! ¿Sos el hombre vidrio?
- No es eso Javo, pero, pasar más de un mes en soledad, en una ciudad donde nadie te conoce, estar preso y que te digan que no sos digno de vivir... ¡dejate de joder!... Hoy soy lo que pueden ver. Quiero cumplir mis sueños y metas.
- ¿De qué hablás? –comenta Patricia.
- ¡Volvió chiflado! –dice Javier.
- No creo compadre. Enfrentar al desconsuelo que por obligación me enseñó que la vida es mucho más que una simple rutina, me dio vuelta la cabeza. La vida va muchos más lejos. La vida es un combo de idas y venidas, pero lo bueno es saberse dueño.
- ¡Viste Pato! ¡Te lo dije! ¡Vino chiflado!
- No digas eso. Me interesa esa forma de pensar.
- No es solo forma de pensar... sino una forma de vivir.
- Adrián, si actúas así tendrás muchos enemigos.
- Tal vez. Prefiero enemigos que falsos amigos.

— ¡Ok! ¡Basta! Me voy a buscar los chorizos. Esto será pasajero.

— Nuestra amistad parece ser pasajera. ¡No juego con quién soy!

— ¡Ah bue'!... ya regreso.

Javier se retira perplejo. Patricia, entre tanto le queda mirando.

— ¿Qué pasó en Cerro Chato? ¿Es malo tu pensar?

— ¿De qué hablás?

— Te siento tan seguro que me llama la atención. Cuando te conocí no tenías tanta seguridad.

— ¡Vivo inseguro!, pero ser yo mismo me da la felicidad.

— No creo que eso tenga que ver.

— Yo creo que sí. Lo ambiguo es sano y verdadero. Dicen que el ignorante afirma sus convicciones... por eso agradezco dudar de todo.

— ¿Y?

— Claro. Si uno no siente lo que dice o lo que es, se basa en ideologías infundadas que no nos dejan crecer independientes.

— Tenés razón, pero no se puede ser diferente.

— ¡Claro que se puede! La diferencia no hace a la diferencia, los hechos la hacen.

— No entiendo.

— Todos nos creemos diferentes en la tierra pero somos dominados y controlados por lo mismo: sociedad, iglesia, política, fútbol, estudios; ninguno es diferente.

— ¿Estás pirado como dijo Javier o realmente creciste? No creo que con diecinueve años se logre tanto.

— No creo ser maduro, solo quiero hacerme cargo de mi historia y mi futuro.

— Siempre en tu sonrisa había algo más que un simple rival. Siempre vi algo distinto.

— Contigo mi sonrisa siempre fue diferente aunque no te dieras cuenta.

— ¿Qué querés decir?

— En otro momento hablamos de eso. ¿Te parece?

— Muy bien. Me debes una charla.

— ¡Error! Posponer una conversación no es deuda.

— Ja, ja.

Los chorizos salen y se desbandan en segundos. La barra está hambrienta. Leandro entre tanto sabe que tiene que hablar con Adrián. La indiferencia para con él y al mismo tiempo esa sensación de comerse el mundo no le agrada mucho.

— ¡Adrián! —le llamó Leandro llevándole para adentro— ¿Cómo estás?

— Ando bien Lea. ¿Por?

— No sé. Me pareció que andás con un aire de indomable.

— Puede ser. Es que la vida no es solo parranda. No está bueno salir todas las noches, emborracharse y dismantelar nuestra mente en porro o mujeres.

— Yo no dije que sea bueno.

— Pero lo hacemos como algo normal.

— No entiendo.

— Es claro Leandro. Muchos pueden tomar esa forma de vida como metodología, pero es solo una forma de justificarse.

— ¿De qué hablás?

— El que se justifica se entristece de sí mismo. Es como el inteligente que duda de su invención. Son dos cosas que no pueden ir juntas. Hoy no me voy a justificar. Hundir mis miedos en alcohol y porro no me hace gracia. Si el problema es con mis padres tengo que hablarlo con ellos, pero no gastando mi tiempo en nubes de porro.

— Pero no todos somos así.

— Puede ser, pero soy así y hoy te digo que no quiero utilizar eso como una metodología diaria o de fin de semana. Quiero enfrentar lo que debo enfrentar. Si mi problema es la exigencia de mis padres, a ello debo hincarle el diente, y no hundirme yo mismo en un vicio que a ningún lado me llevará sino más bien a un estado de ánimo pacifista pasajero e inventado.

Leandro está desencajado. Todas estas palabras nunca esperó escucharlas de la boca de Adrián. Se nota que al gurí algo le ha pasado. Entre miradas atormentadas y desencajadas, cercano a la hora quince, Adrián se despide del grupo.

— Bueno muchachos. Me largo.

— ¿Qué? —comenta Leandro.

— Me voy. Necesito conversar con mis viejos.

— Los tenés todos los días. Hablá más adelante. ¿Qué ha pasado contigo varón? Eras la persona que embromaba y no quería volver a casa, ¿y hoy querés volver para conversar con tus padres?

— ¡Sos duro cuando querés! Ya te lo dije. No me cuestiones.

— ¡Hey Adrián! —interrumpe Patricia—. ¿Me acompañás a casa?

— Claro. Hasta luego gurises y gracias por el morfi.

Las calles del Prado esa tarde estaban iluminadas con un sol precioso. Las hojas verdes en los árboles, las aceras vacías, todo parece estar de siesta.

— ¿Seguís viviendo en el mismo lugar? —pregunta Adrián.

— Sí. La vida no me ha cambiado tanto... ja, ja.

— Perdón, es que este tiempo ha sido largo para mí.

— Me imagino.

— No supongas ni imagines, lo mío es solo mío.

— ¿Eres filósofo ahora?

— Soy Adrián. Nadie anormal, más bien demasiado normal.

— ¿Cuándo tendremos la conversación? —preguntó Patricia al cabo de varios minutos.

— ¿Qué noche estás libre? Si te parece tomamos un helado y conversamos.

— Me encanta la idea. ¡Qué atrevido resultaste! ¿Mañana lunes?

— No. Prefiero el martes ¿podés?

— Quedamos para el martes entonces.

Luego de despedir a Patricia se dirige a su casa. Su ánimo está como apelmazado. El reloj marca las dieciséis pero sobre sí mismo siente que son las diez de la noche. Al llegar ve a sus padres en el living debatiendo con Leonardo situaciones de vida.

— ¡Buenas tardes familia!

— ¿Cómo estás Adrián? ¿Esa comida?

— Interesante. Algo difícil de entender a los muchachos, pero bien.

— ¿Por qué? —preguntó Leonardo.

— Ya lo debes saber. La vida, los cambios, el hablar sin querer agradar. No todo se acepta como se dice.

— Es cierto. Nada se acepta.

— ¡Abuelo! ¿puedo hablar a solas con mis padres?

— Claro. Me retiro a una siesta.

Mientras Leonardo sale de la habitación, Adrián se prepara un café cargado. Osvaldo y Virginia están asustados. Esta forma tan elegante de solicitar una conversación con ellos les parece algo anormal para el muchacho, y al mismo tiempo los introduce en una encrucijada temida.

Acercándose a la sala, Adrián nota en sus padres miradas ansiosas y permisivas que se debaten entre pensamientos y miedos conocidos.

— ¡Qué buen café! El del abuelo es mucho más pesado y grueso. Prefiero este suave y aromático.

— Por favor ¡habla! —exclamó su madre preocupada.

— Creo que es la primera conversación auténtica que tendrán conmigo en diecinueve años. Seré sarcástico e imprudente. Deseo puedan aceptar lo que siento y pienso.

— No te atajes de antemano —dijo su padre.

— En estos meses he visto que mi vida siempre fue un sueño, pero un sueño que no ha sido mío. He visto que por teoremas de familia, padres, sociedad, iglesia, mundo, etc., he vivido un sueño impuesto por el exterior al cual nunca cuestioné. Hoy sin pena ni gloria veo que mi vida ha sido preciosa como al mismo tiempo intoxicante. No creo que haberme dejado influenciar por mi entorno haya sido buena elección, teniendo en cuenta quién soy en realidad. Hoy quiero discernir sobre mi existir. No quiero que el mundo decida sobre mí. No quiero que la familia suponga sobre mí.

— ¿Qué estás diciendo Adrián? ¡Sé más claro! —increpó su padre.

— ¡Déjame hablar alguna vez! —contestó molesto, y continuó—. Cuando fui al colegio adquirí el comportamiento autómatas de todo ser humano. Adquirí la ley de lo que es bueno y lo que es malo, algo utópico de lo correcto e incorrecto cuando en verdad todo está embarcado en mentiras y leyes. He llegado a vivir una vida tan insulsa que asqueaba mirarme al espejo. He vivido una vida dirigida por una realidad a la que nunca pertenezco por elección sino por miedo. He estado domesticado por el mundo. Siento que se ha hecho de mí algo incongruente de quién soy y lo que debo ser. Siento que he permitido que me dominen por miedo a no ser aceptado. He vivido rechazando lo que soy, un ser humano de carne y hueso, imperfecto, lleno de errores. He vivido en un sistema de creencias, lo que definí como ley de vida, cuando en

realidad fue mi amarga sepultura por su inalcanzable perfección. Me he culpado por muchos errores que en realidad no eran míos. He aceptado cosas por miedo a ustedes, a la imagen que tienen de mí, al juicio que pudieran hacer sobre mí. El juez que ha dominado mi corazón por tantos años ha sido desterrado. A partir de hoy no soy víctima de una ley social, moral o espiritual, sino el líder de mi mente y mi sentir. Soy el dueño de mi existencia con el fin de ser feliz. Nada en este mundo tendrá el poder de doblegarme. Sé que vivo en altibajos pero a mí nadie lo podrá tocar.

— Está bien Adrián —interrumpe su madre—. Haz entrado en la etapa de revolución con la vida. Es algo normal. Todo pasará.

— ¡Ah! mamá... No me escuchás... No es revolución, *es elección*. No quiero seguir viviendo en el “uno por uno”. Deseo ser parte del presente, del ahora, del hoy. No creo en el error, creo en el camino al acuerdo. He vivido un sueño infernal del cual ya no quiero ser parte. Muchas cosas estoy destruyendo: la familia, las amistades, el amor, la iglesia, al mismo Dios...

— ¿Qué decís Adrián?

— Digo que mi vida ha sido insoportable, sea por mi propia exigencia, como por los modelos inalcanzables que me he puesto.

— ¿Qué modelos?

— ¡Millones!, desde la familia perfecta hasta lo que la iglesia define como el elegido.

— ¿También estás en contra de la iglesia? Fuiste el mejor en catecismo y liturgia. ¡No puede ser!

— Estoy en contra del que me haya mentido. La iglesia me ha dicho que Dios es bueno, misericordioso, que es solo amor, pero al mismo tiempo define a Jesucristo como el modelo a seguir. Si esto es verdad debo admitir que Dios es una porquería con la humanidad, ya que el Jesús de los evangelios es lo inalcanzable hasta para los propios curas. El que sepa razonar se tiene que dar cuenta que el modelo cristiano es imposible y por ende una meta imaginaria que solo sirve para que el hombre viva asustado del azote eclesial.

— ¡Ah! Adrián, me ponés nerviosa.

— Y creo que la iglesia es una institución gubernamental independiente, que logra dominar al hombre cargándolo con culpa social y es-

piritual, que lo atracan en ser un idiota. La iglesia con lo que ha llamado “confesión espiritual”, ha metido en el fiel un control anónimo que lo atesora de juicio y maltrato... ¿esto ha sido lo elegido por Dios como camino a la santidad? ¿Dios puede ser tan injusto con los hombres?

— ¡Pará un poco Adrián! —dice Osvaldo— Lo que decís no tiene pies ni cabeza.

— ¡Digo lo que creo y siento! ¡Digo que la iglesia es el circo más amenizado del mundo! Creer en ellos, es decir que el hombre es un idiota desde la venida de Jesucristo. No sirve la iglesia como camino de santidad. Lo que sirve es la religión pero no los religiosos, ¡no la iglesia! Aprendan a cuestionar las instituciones y vean que la iglesia tiene más poder que cualquier partido político. ¡Son controladores! Han hecho de la gente una culpa inservible que los recluta a la idiotez y a la perfección irreal. Realmente la iglesia no sirve para nada, hace a los hombres títeres de culpa. ¡Maldigo a Dios si está detrás de todo esto!

— ¡Parecés el anticristo!

— No lo soy. Pero si así lo ven, ¡bienvenido!

— Mirá muchacho, no eres Dios ni nadie importante. Déjate de poner nervios en nosotros.

— Eso no es mío. Solo comparto quien soy. Hoy en día, solo soy. Si quieren juzgar mis emociones, como han hecho durante tanto tiempo, no podrán. Mis emociones están definidas y diferenciadas con las de ustedes. No tengo culpa por ser yo mismo.

— ¡Ah bueno! Te estás yendo al carajo niño. ¿Somos culpables de tu sufrimiento emocional? —dijo Osvaldo.

— ¡No! Todo lo vivido fue decisión mía, pero ahora también lo será pero desde quien soy. De seguro muchos me verán y juzgarán como un egoísta, soberbio y bla, bla, bla, bla... pero me tiene sin cuidado.

— ¡Pero si fuimos buenos! ¿Por qué nos dices esto?

— En mi corta vida todos han forjado una identidad a la cual no comprendo ni evoco. Nadie es culpa, la misma no existe. Todos somos lo que somos, y por tanto crecemos juntos. Solo les he dicho que mis creencias han cambiado. Que he pasado por cosas que realmente me han dolido pero al mismo tiempo me han ayudado mucho. Estar preso en Cerro Chato con una simple meta de aprendizaje ha sido bueno, aunque el terror vivido allí fue descomunal. Haber estado solo con el

abuelo y sus amistades también fue bueno, pero sentí muchas veces ser sapo de otro pozo. Haber conocido cómo es el abuelo en realidad, y poder desterrar tantas ideas que me habían impuesto fue buenísimo. Todo ha sido cambio. Todo.

— ¿Qué decís de tu abuelo?

— Él no te abandonó mamá. Tus abuelos se lo pidieron. Habla con él si querés, pero realmente no es lo que ustedes piensan.

— ¿Qué es eso de cambios con tu pasado?

— ¿Vos pensás que el porro, el alcohol, las mujeres han sido un error?

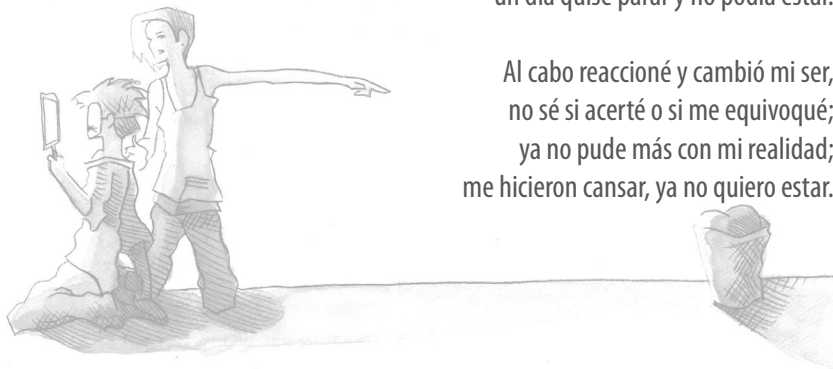
— Fue antimoral muchacho. No lo veo correcto.

— El problema no eran ellos, sino el miedo que les tenía a ustedes. Hoy las cosas son distintas. Somos todos iguales y no les quiero temer. La vida es otra. Este tiempo me ha ayudado de forma personal. El presente será diferente al pasado.

Me persiguieron, maltrataron,  
me abuchearon y golpearon,  
me reprimieron, supusieron,  
me retuvieron, me vendieron.

Me reprimí, dije que no vi,  
en llama encendí y yo no aprendí,  
me quise mostrar, solo escandalizar,  
un día quise parar y no podía estar.

Al cabo reaccioné y cambié mi ser,  
no sé si acerté o si me equivoqué;  
ya no pude más con mi realidad;  
me hicieron cansar, ya no quiero estar.



No puedo ser el que está en mi ser,  
tengo que vender, esa no es mi ley,  
ya no quiero más esa realidad,  
de muchas caras, de aparentar.

Y vivo así, soy un aprendiz,  
a veces triste y otras muy feliz,  
sé que no es normal tanta ambigüedad,  
te podés echar, te podés quedar.

No me pregunto el por qué nací,  
solo con mi guitarra quiero vivir,  
el que quiere estar que no se dé de más,  
y el que no... ¡váyase a cagar!

Me reprendí, dije que no vi,  
en llama encendí y yo no aprendí,  
me quise mostrar, solo escandalizar,  
un día quise parar y no podía estar.

El ambiente está tenso. Virginia y Osvaldo no saben qué decir. Adrián está muy sereno y al mismo tiempo algo ofuscado con su pasado. Mira a su alrededor, llena de serenidad su mirada, se acerca a sus padres y les susurra.

— Gracias por ser mis padres, pero a partir de hoy quiero hacerme cargo de mi vida, aciertos y errores. No quiero que me defiendan ni que me adulen. Tan solo seré yo mismo algo que deseo desde que nací y hoy lo pondré en práctica. Los amo mucho.

Los padres callados miraron cómo Adrián con su paso firme y libre se retiraba de la sala. Entre miradas aletargadas ambos quedan abrazados, solo se escucha la brisa suave de la noche que retoza en las ventanas.

## Tercefa encrucijada

Varios días han pasado. La situación en la casa está equilibrada pero tensionada. Ya estamos a pleno domingo a temprana hora y Leonardo prepara sus cosas para partir.

— Abuelo, ¡te llegó el día!

— Sí. En dos horas salgo para la terminal.

— ¡Te acompaño!

— Te agradezco pero realmente quiero ir solo. Volver a Cerro Chato, donde estuviste, es una alegría. No es necesario despedirnos ya que volverás. La distancia no hace el sentimiento, lo endurece y lo transforma en algo cuasi-eterno.

— ¡Estás melancólico! Me gusta sentirte así.

— Gracias gurí.

— De nada. Espero lograr sentir eso.

— Lo harás... Has comenzado el camino a la independencia y siento firmeza y seguridad en quién eres. Haz logrado lo más difícil de la vida, respetarte a vos mismo.

— Gracias abuelo por haberme acompañado.

— Solo vos lo conseguiste. Compartir mis pensamientos no es un fenómeno sino solo un compartir. Que hayas elegido escuchar y dejar que ellos te cuestionen es tuyo y no mío. Recuerda que no todos somos iguales. No pidas a los demás cosas que ni ellos mismos pueden conocer. Como se dice: “No todos en el mundo estamos despiertos. Dejá que los dormidos despierten a su tiempo”.

— A veces deseo que despierten rápido y que no dejen pasar el tiempo que no regresa.

— Me pasa igual pero nada podemos hacer, solo aceptar y acompañar. No todos son humildes para dejarse cuestionar y moldear por la libertad.

— ¿Qué querés decir?

— No todos somos libres. No todos somos lo que queremos ser. Entre tanto golpean a la puerta.

— ¿Sí?

— Soy yo papá, Virginia.

— Pasa.

— ¡Ambos de pie!, me impresiona tanta seriedad.

— Ja, ja. ¡Es lo que hace la vida de campo!

— Si ustedes me permiten —dice Adrián— me voy a preparar mi desayuno.

— ¿¡Te vas papá!?

— Sí.

— ¡Puedes quedarte un tiempo más si querés!

— Lo sé. Pero mi vida es Cerro Chato. Quiero ver cómo están mis bestias y amigos.

— ¿Por qué no piensas en venir a vivir con nosotros?

— Gracias Vicky pero soy independiente. Sabés que soy retraído y al mismo tiempo apasionado. Dejame en mis tierras que allá me siento como el aire, pero ustedes pueden ir para la chacra, por lo menos a pasear.

— Tenés razón. Podemos ir. El otro día Adrián me comentó el porque me dejaste viviendo con los abuelos. ¿Podés contarme?

— Bien sabés que cuando murió tu madre mi vida se vio aturdida en oscuridad y sin sentido. Caí en una fuerte depresión que me llevó mucho tiempo de recuperación. Luego de ello decidí irme al interior

porque me sentí aprisionado por tantas exigencias, donde conocí a Masalana, la mujer que me acompañó durante varios años hasta que murió. Casualmente la dictadura militar se posicionó de golpe en nuestro país, ocasionando el clásico miedo en todos los habitantes el cual no les dejó vivir en pro de la libertad sino en pro del encarcelamiento. Tus abuelos entre tanto, creyeron que Masalana era una tupamara, lo cual no fue así, mas solo ella ayudaba a varios de sus amigos que andaban por los campos prófugos por esas mismas suposiciones. Un día determinado cuando quise llevarte conmigo para Cerro Chato, mis padres me dieron su visión sobre tu bienestar y tu educación. Yo en ese momento, lleno de miedo, accedí a su consejo y preferí venir bastante seguido desde Cerro Chato a Montevideo para poder convivir contigo. Luego con la muerte de Masalana y una dictadura que me socavó en odio y revolución, el tiempo pasó y me alejé un poco volviendo seguidamente los fines de semana para visitarte, pero hubo un período de tiempo en que estuvimos peleados con tu abuelo y no podía verte.

— No sabía nada de esto.

— Lo sé. Es que decidí callarlo y omitirlo, pero ahora el mismo Adrián me ayudó a pensar que estaba cayendo en mi propio egoísmo. Es cierto que me equivoqué por no haberme animado a llevarte conmigo, pero es algo que ha pasado y vivir del pasado no es nada poético. Como dice el proverbio “Lo pasado ha huido, lo que esperas está ausente, el presente es tuyo”. Perdóname por haberme asustado y haber escuchado a tus abuelos.

El silencio irrumpe en la habitación. Los ojos de ambos parecían cristales empañados. Virginia entre tanto le miraba y no sabía que responder. Ella siempre había escuchado que la había abandonado por una negra. Las cosas le bailaban en la mente sin tener noción de camino. No todo había sido como ella lo pensó.

— Perdoname a mí papá. Siempre me creí lo que dijo el abuelo. Siempre creí que me habías dejado.

— El pasado es pisado Vicky, pero permitir que a un hijo le llenen la cabeza de juicios contra su propio padre no es algo de todos los días, pero por tu bien me arriesgué a perderte.

— No era necesario que las cosas transcurrieran así.

— Lo fue para el momento que me tocó vivir. No podía conciliar una familia destrozada en algo que podía ser una guerra de celos y angustias. Mis padres no sé como hubieran reaccionado.

— Pero papá...

Las manos de Leonardo tomaron a Virginia en sus brazos como cuando de pequeña la abrazaba para que se durmiera. Estaba muy contento de poder sentir el calor de su hija.

Virginia estaba contenta de haber conocido la verdad de que su padre no la había abandonado como siempre creyó, mas sino había atendido a un consejo de sus abuelos. El abrazo dura minutos; se sentían como vueltos a nacer.

— No puedo creer —dijo Virginia luego de varios minutos en silencio— que una idea me haya hecho vivir tanto tiempo en tristeza y suposiciones de abandono.

— Es así. Las suposiciones son solo ideas que determinan una apariencia que nunca es real, ya que la verdadera situación que implica el entorno, el ser humano, y la decisión que ha tomado, solo él mismo la conoce. La suposición tan solo empapela algo para que caiga dentro de lo que nosotros mismos podemos esperar.

— Nunca imaginé esto.

— Yo nunca imaginé tu perdón. Parece de locos pero ambos estamos viviendo en la suposición errónea de no preguntar y no hablar.

— Te quiero papá.

— Yo también Vicky... yo también.

Entre rumores y otras conversaciones que nunca antes hubieran esperado tener, se acerca la hora de la partida. Leonardo mientras conversa termina de preparar su bolso.

— Bueno niña, me largo.

— Pero papá, faltan dos horas para tu partida.

— Sí, pero siento que ahora es el momento.

— Dale que te llevo.

— ¡No! Me iré camino.

— ¡Ah papá! No seas caprichoso. Está la camioneta. Yo te llevo.

— No Vicky. Gracias pero prefiero la soledad.

Bajan a la sala donde está Adrián y picotean unos `martín-fierro` que había preparado el muchacho.

— Bueno niños, estamos en contacto. Me voy.

— Claro abuelo. Antes de lo que creas caeré por allá.

— ¡Te espero gurí! Tendré a la yegua tostada esperándote.

— Papá, ¡te quiero mucho!

— Yo también minina. Sabes que siempre ha sido así, pero dejémonos de mocos que molesta un poco.

— Ja, ja... dale.

— Nos vemos pronto. Chau.

Don Leonardo parte lentamente mientras Virginia y Adrián lo saludan desde la puerta. El domingo está muy sereno respaldado en un aire sigiloso que lo amerita para cariños e introspección. Mientras saludan a su abuelo desde lejos Adrián abraza a su madre en tono de respeto y cuidado.

— Bueno madre, ¡a continuar con la jornada que la vida recién empieza!

— Algo así, algo así...

Horas más tarde Adrián había comenzado a reestructurar su cuarto que siempre vio encadenado a la decoración de casa de muñecas. Comenzó a mover ropero, cama, escritorio, parece estar introduciendo su propia identidad.

— ¡Mamá! ¿qué te parece?

— ¡Lindo! Desestructurada esta nueva disposición.

— Saldré un rato. Espero no te moleste.

— Claro que no. ¿Adónde vas?

— Acabo de llamar a Pati. Me encontraré con ella.

— ¿De qué hablás?

— ¡Ah mamá! Un pájaro no canta porque tiene una respuesta, sino porque tiene una canción.

Adrián rápidamente se retira del cuarto. Virginia queda asombrada con tanta entonación. ¿Qué hará este muchacho?

Mientras camina a lo de Patricia piensa y trata de armar un excelente discurso. Sabe que en verdad no es necesario porque llegado el momento no sabrá qué decir ni hacer.

Al llegar toca el timbre.

— ¿Quién es?

— Disculpe Romina. Soy Adrián. Compañero de liceo de Patricia.  
¿Se encuentra en casa?

— Sí. Le avisaré que baje.

Adrián entre tanto comienza a sentir sudor en sus manos. Las rodillas comienzan a temblar. Está contento y al mismo tiempo nervioso por lo posible de lo imposible.

— ¡Hola Adrián! —grita Patricia desde la puerta.

— ¡Hola Pato!

— Gracias por venir. Pensé que nuestra conversación nunca existiría.

— Eso podría haber sido en el pasado pero hoy no.

— ¡Huy! ¡Un galán con personalidad! Veremos hasta dónde te animás.

— Ja,ja... espero que a todo.

— ¡Bueno, bueno! Parece que hay un hombre en vivo.

Las primeras horas de la tarde llegaban con una cálida temperatura cubierta de viento apaciguante. Vagaron por las calles del Prado buscando lugar donde conversar. La cara del edificio de los Carmelitas apronta a Adrián a dar el paso. Sin preguntar subió la escalinata y se afirmó sobre la esquina izquierda aplacado por la sombra de aquel plátano.

— ¡Bueno! ¡Todo dicho ya!

— ¿Qué decís? Si todavía no dijiste nada.

— Todo está jugado. No he venido para reír, sino a conversar de ti y de mí.

— ¿De mí? La conversación es sobre ti y tus cambios.

— Vos sabés que mi vida ha sido bastante chata en lo que respecta a personalidad. Siempre me he manejado por dos cosas que me han hecho mucho daño: el miedo a la sociedad y al que dirán.

— ¿Qué querés decir? Siempre fuiste buena gente, ¿Por qué te definís así?

— Yo he sido lo que los demás esperaban de mí. De un año a esta parte mi vida ha dado muchos cambios que desvelaron a mis ojos de un sueño aletargado que consumía mi corazón en mediocridad e hipocresía.

— No entiendo nada. ¿De qué hablás?

— Soy el mismo de ayer pero plantado sobre mis propios pies. No busco recostarme en instituciones o estandartes sociales para justificar mis acciones. Me ubico en mi corazón quien es el mediador para enfrentar las situaciones de la vida.

— Es importante y admirable. A veces es muy difícil hacer las cosas como lo planteas.

— No digo que sea simple. Si un año me ha llevado desvelar mi corazón de las mentiras en las cuales he vivido, creo que es un camino muy largo para poder rasgar vestiduras y lograr ser en realidad, pero estos días he tenido muchos encuentros a los cuales ya les he mostrado mi corazón.

— ¡Me alegra eso! Es importante ejecutar aunque el miedo nos derribe.

— Ese miedo existe hasta que lo podamos dominar. Si nacimos libres la vida nos quiere libres. Muchos ajustan las realidades que le rodean pero no en libertad sino en comodidad o seguridad, pero animarse a ser libres sin tener miedos es algo muy difícil para los hombres. Dicen los sabios que “La libertad no hace felices a los hombres, los hace sencillamente hombres”.<sup>2</sup> Hoy quiero ser libre, simple, con derecho a equivocarme, a sufrir, a reír, a llorar, y sin miedo a la sociedad.

— ¡Qué lindo Adri! ¿Pero qué tiene que ver conmigo?

Adrián dijo:

Quiero amar, quiero existir,  
gozar, reír, solo decir  
que la vida es tan hermosa, como el corazón.

Quiero respetar, prolongar, aceptar,  
agradar, rechazar, insultar,  
perseguir, subsistir, agredir, redimir,  
por sobre todo quiero vivir.

---

2 Manuel Azaña (1880-1940). Escritor y político español.

Quiero ser quien soy  
desde el fondo de mi alma donde nacen mis latidos,  
mis perfidias, mi dolor.  
Que ría, que lllore.

Quiero ser y no dejar de ser,  
por miedo o poco valor,  
por poca conciencia de mi inconciencia,  
por asqueo de mi dulce sabor.

Quiero ser un bar donde las penas ahogar,  
donde podamos festejar y embriagar.  
Quiero caminar para poder lastimar  
el corazón al latir en la verdad.

Quiero ser quien soy  
desde el fondo de mi alma donde nacen mis latidos,  
mis perfidias, mi dolor.  
Dejar que la vida me acaricie y me golpee,  
que se apiade, se enfurezca.  
Que ría, que lllore.



Quiero ser lo que no está  
escrito en ningún lado.  
Ser un número al costado,  
ser el vicio de un abrazo.  
Ser como la hiedra  
que vive sin saber  
quien la poda  
quien la riega y le ayuda a crecer.

Quiero ser tan solo poco  
no ser mas de lo que soy.  
Quien de vida a tu sonrisa,  
quien te llene de ilusión.  
Quiero ser tan solo un vago  
que desnude tu mirar,  
siempre estar lleno de vida,  
que te ayude a caminar... hasta el final.

El silencio reinó en el lugar. Solo el canto de las aves se escuchaba. Las manos de Adrián estaban inquietas hasta que sin pensar se posan sobre sus rodillas en son de descanso. Patricia entre tanto le miraba como asombrada y cuestionada. No podía entender nada. Las paredes grisáceas y frías adornaban el lugar con miedo de opacar la tarde. Entre miradas que ilustraban el nerviosismo de ambos lados, ninguno podía decir palabra.

— ¿Por qué haces esto? ¡Me ponés sensible!

— No era mi intención pero es lo que quiero para mí.

— Me alegro por ti, pero qué tiene que ver conmigo.

— Quiero decirte que me gustas desde tercero de liceo, que siempre te he mirado con otros ojos, siempre me ha gustado esa sonrisa que alegra el ambiente por donde viajas.

A Patricia se le frunció el ceño. Estaba perpleja. No esperaba dicha confesión. Comienza a mover su pierna de forma inesperada. Se pone de pie y empieza a caminar de un lado para otro, nerviosa. Nunca había esperado algo tan sincero y tan directo. Por su mente vuelan miles de imágenes que no la dejan emitir palabra.

— No quiero que contestes nada —le dice Adrián mientras la ve pasear por el atrio—. Sé que fui sorpresivo y hasta invasor. Solo quería decirte quién soy y lo que siento.

— ¡Dejá de hablar por favor!

Patricia está como enloquecida de rabia, no puede aceptar lo que sucedió. Adrián sabe que su forma de hablar rompió una amistad. Es

consciente que aquella confesión coaccionaría a Patricia de ahora en más. Sabe que esa tarde fue diferente.

— ¡Adrián! —dijo Patricia rompiendo el silencio—. No tengo palabras qué decir. Me siento confundida.

— Nada tienes que decir. No te justifiques conmigo. Solo fui sincero y compartí mi sentimiento.

— ¡Dejá de decir estupideces! Ya entendí lo que dijiste. ¿Te podés callar un rato y dejarme hablar a mí? Tú siempre me gustaste pero siempre te vi como un pibe sin remos, como que eras de llevarte por la corriente, y nunca pensé que te animaras a decir tantas cosas. Hoy me confundiste pero realmente no creo tener la valentía de arriesgar contigo.

— No hay obligación...

— ¿Te podés callar un poco? Desde que viniste de allá hablaste hasta por los codos. Antes no decías nada y ahora sos una bocina.

— Perdón.

— No quiero caer en la inmadurez de aceptar algo contigo por una simple confesión. Así que dame tiempo para pensar y no lo pido como para que te aburras y te borres, sino para contestar a esto desde mis sentimientos.

Patricia toma del brazo a Adrián y le pide que la acompañe a su casa. La callada tarde del domingo acompaña aquel andar entre plazas y flores mientras los jardines avivan ferozmente sus ojos. Las palomas revolotean y giran en el cielo indicando un momento especial. Toda la naturaleza está viviendo al unísono. No existen las palabras. El camino parece largo. Los nervios de la confesión habían pasado. Ya todo estaba jugado. El muchacho entre perturbado y al mismo tiempo emocionado camina sin cuestionar ni resbalar. Parecen individuos extraños tomados del brazo buscando lo inesperado para su porvenir.

— Llegamos Pato.

— Gracias por este momento y por lo que me has dicho. Te llamaré pronto.

— Estaré esperando. Espero que te animes a decirme tu decisión sea cual sea.

— Claro que sí.

Nada había pasado por casualidad. La vida de ambos había cambiado. El beso que implantó Patricia en Adrián fue diferente o él lo sintió distinto. En esos momentos no es bueno darle importancia a las emociones que generalmente son dominadas por la mente.

A dos cuadras de su casa dando la vuelta a la esquina, se encuentra con su hermana Laura, llorando en la entrada de un garage.

— ¡Laura! ¿Qué haces acá?

Al mirarla observa en su cara mucho sufrimiento. Los ojos muy hinchados, las mejillas coloradas de tanto llorar. Algo perturbado se sienta a su lado, la abraza sin sin hablar, e intenta consolarla.

— Tranquila Laura.

— ¿De qué hablas? Esto es obra de Marcelo y por puro celos. Le dije que no quería verlo más, y en un arrebato de violencia me pegó una cachetada y gritó miles de groserías.

— ¿Solo él es el culpable? Creo que tú también tuviste que ver. Es bueno aprender a hacerse cargo de las cosas.

— ¿Qué decís Adrián? ¡Dejate de joder! Vos y tus estupideces nuevas. Lo que sucedió se puede ver. Nada qué decir.

— Claro que se ve, pero es solo “*tu campana*”. Tenemos que preguntarle a Marcelo la razón que lo llevó a esto, y te aseguro que él dirá cosas que tú no puedes o no quieres ver.

Dichas palabras dejaron a Laura con la cabeza baja. Ella sabía que era cierto, todo tiene dos puntos de vista, el oportuno y el verdadero.

— ¡Adri! Yo le contesté mal, lo he provocado con mis palabras, pero eso no da para que reaccione así.

— Sabes Lauri, lo que debemos siempre tener claro es que nuestro centro está en lo que a nosotros nos corresponde. Tal vez si antes de provocarlo pensabas más en tu interior se evitaba toda esta situación. Debes diferenciar lo que te pertenece, de lo que le pertenece a otro. Cuando la relación es de a dos, la pertenencia se comparte y por eso hay que estar muy atento a no caer en egoísmo y soberbia.

— Puede ser...

— ¿Vamos para casa?

— ¡Ve tú! Yo me arreglaré un poco. Si aparezco así papá hará tremendo escándalo.

— No importa. Él debe saber que la dueña de tu vida eres tú y no él. ¡Dale que estaré contigo!

Minutos más tarde llegan a su casa y Adrián abre. Mientras la puerta sigilosamente rompe el silencio de media tarde, Laura algo apurada pasa para el baño mientras Osvaldo desde la cocina la ve pasar.

— ¿No saludas? ¡Buenas tardes!

— ¡Hola papi! Voy al baño.

— Hola Adrián. ¿Cómo estás?

— Hola viejo. Todo bien. ¡Preciosa tarde hoy!

— ¡Sí!, estaba a punto de irme a dormir una siesta pero me enganché con Fórmula Uno y quedé pegado a la tele.

— Ja, ja. Los autos siempre fueron lo tuyo.

— Sí. Me sacan el sueño.

Minutos más tarde y sentados frente a la televisión, Osvaldo queda preocupado por la tardanza de Laura.

— ¿Pasó algo con tu hermana?

— Nada. ¿Por?

— Hace varios minutos que está en el baño. Me tiene preocupado.

— Por favor papá, no controles eso también.

La puerta del baño se encuentra en medio del corredor que comunica el living con una sala trasera que utiliza Virginia para coser. Para poder ir a los cuartos de la casa es necesario pasar por el living.

En eso la puerta del baño se abre suavemente y Laura rápidamente se dirige en dirección a su dormitorio.

— ¡Hey! Vení a saludar.

— ¡Ah papá!, dejate de cosas —dice Laura mientras pasa delante de ellos.

— ¡Laura! ¿Qué pasa?

Lo mira fijamente a los ojos y el ambiente que reinó descuarjargaba las flores en pena. Osvaldo quedó atónito con su visión, se asustó mucho.

— ¿Qué pasó?

— Nada papá. Cosas mías. Lloré un rato.

— No me metas un paco a mi. Algo te pasó. Contame, quiero ayudarte.

— De verdad papá, son cosas mías.

— ¡Dime qué sucedió!

— Nada papá. No te preocupes.

— ¡Obedecé y contestá! ¿Qué pasó?

La situación se tornó candente. Laura y Osvaldo comenzaron una redada de poder. Él quiere imponer su personalidad, logrando que ella cuente lo que sucedió.

Adrián tomando partido en el asunto y teniendo en cuenta la insistencia característica de su padre interrumpe los monólogos.

— Papá creo que lo mejor es que la dejemos sola.

— ¡Cállate la boca vos! ¿Qué sabés de hijos? ¡Hacete hombre para hablar!

— De hijos no sé nada pero de seres humanos me jacto de todo su funcionamiento.

— Bueno, bueno. ¿Y esto? ¿Sos brujo ahora?

— No, pero entiendo que si Laura dijo que es un tema de ella me parece importante dejar que lo solucione.

— ¡No seas estúpido! Desde que llegaste de Cerro Chato tenés ese aire de soberbia que me pega en el forro de las pelotas. Dedicate a estudiar y no te metas en lo que no te llaman.

Osvaldo reacciona de mala manera. El tiempo parece haber detenido la vibración sobre los segundos. La retina en los ojos de Laura parece seca, no deja de mirar la ansiedad de su padre.

En un momento determinado Osvaldo se pone de pie y toma del brazo a Laura. Al ver esto Adrián se pone en pie y trata de separarlos.

— Déjame quieto. No te metas.

— ¡Soltala papá!

— Cállate y salí. No quiero tener problemas contigo.

— ¡Soltala! Metete conmigo. Ella no te contará una mierda.

— ¿Me haces frente? —dice mientras suelta a Laura.

Adrián mirándolo fijamente a los ojos queda inmóvil. Ambos se miran sin dejar escapar movimiento alguno. Parece que ambos se escrutan esperando que el otro reaccione.

— ¿No pedirás perdón?

— Nada tengo que decirte. En todo caso vos tenés que pedirle perdón a Laura por ser tan desubicado.

— Cállate o...

— ¡Cállate vos! Que seas mi padre no quiere decir que sos mi amo. Si seguís tratando de mantener tu poder la cosa terminará mal. Nadie decide sobre la vida de los demás. Hacete cargo de tu vida que de la nuestra lo hacemos nosotros mismos. Ella no tiene ninguna obligación para contarte lo que le pasa.

— ¿Pero quién sos?

— ¡Adrián! Alguien que conoce la autenticidad más que la teoría.

— ¿Sucedé algo? —interrumpe Virginia rompiendo el silencio tensionante que reinó en los últimos segundos—. ¡Pregunté si sucedé algo!

— No Vicky. Estamos conversando.

— ¿Y por qué la voz tan alta?

— No te preocupes.

— El tema —dice Adrián cortando el diálogo— es que papá no acepta que la vida de sus hijos es independiente.

— ¿Qué decís?

— Que papá no acepta que nuestras vidas estén separadas de la de él. No quiere aceptar que somos adolescentes en busca de otra historia.

— ¡La tenés conmigo! —dice Osvaldo—. Desde el otro día que escupiste solo quejas señoriales de la historia, estás a la defensiva tratando de meterme en situaciones de falta de respeto. Si no debo preguntarte más nada porque eres un adulto, vete de mi casa. ¡Acá mando yo y listo!

— Yo no te quito el mando, solo definiendo mi independencia. ¡Dejate de joder con tu autoridad! Somos tres muchachos independientes. No te pertenecemos.

— ¡Eso lo dices tú! No sabes nada de tus hermanas.

— ¡Preguntá entonces!

La tensión del ambiente dio lugar a que el silencio reinara otra vez. Virginia miró a Osvaldo preocupada pero entendiendo a Adrián. De repente Osvaldo dio media vuelta y se fue para el escritorio. Adrián y Laura se miran suspirando sin decir palabra. Virginia sin mirarlos sigue a su esposo y cierra la puerta.

La tarde pasó mientras ambos se cobijaron en sus palabras. De Osvaldo y Virginia no se habían enterado de nada, parece que habían salido de paseo. En eso suena el teléfono.

- Hola.
- Hola Laura. Habla Patricia.
- ¿Cómo estás Pato? ¿Todo bien?
- Sí. ¿Adrián está?
- Acaba de entrar al baño. Dijo que se iría a descansar.
- ¿Está bien? ¿Le sucede algo?
- Está bien, es que hemos tenido una conversación bastante tensionante con mi viejo y creo que gastó mucha energía.
- ¿Qué pasó?
- Ja, ja, ¿y ese interés por mi hermanito?
- No me pongas incómoda. ¡Contame!
- Mi padre es sobreprotector y por ende muy controlador, en especial con nosotras.
- ¿Y Adrián qué tiene que ver?
- Esta tarde mi padre me acosó a preguntas obligándome que contara de mi vida, algo que a Adrián siempre le molestó. En eso se enfrentaron mutuamente y discutieron. Adrián dijo que somos grandes e independientes haciendo callar a mi padre. Fue algo nuevo para todos.
- ¡Está rarísimo!
- Sí, pero hoy ha ganado una hermana fiel. De su vida personal no conozco nada pero aquí en casa está impresionando mucho con sus actitudes. Es más, parece que ha hablado con mis padres y les ha compartido algo difícil para ellos.
- ¿Qué fue?
- No sé. A mí también me causó intriga esta tarde cuando mi padre dijo algo.
- ¿Te contó que se encontró conmigo esta mañana?
- Me enteré que se verían pero él no me contó nada. Está muy prudente con sus cosas y me parece bueno respetarlo... pero si me quieres contar estoy impaciente.
- Ja, ja. ¡Mejor no! Después te enterarás.
- Mmm. Me imagino entonces, ja, ja.
- Dile que me llame cuando despierte.
- Claro que le aviso.
- Bye.

Entrada la noche Adrián sale de su cuarto. Sus ojos cansados de sueño, a pura lagañas y pestañas entremezcladas, mostraron que el muchacho no dejó un minuto sin dormir.

Al encontrarse con Laura de paso por el corredor, esta le avisa que había llamado Patricia y que pidió que la llamara.

Adrián camina al escritorio, golpea para estar seguro que está vacío y entra.

— Hola, ¿Patricia se encuentra?

— Sí, ¿de parte de quién?

— Adrián Vázquez.

— Esperá un momento.

— Hola.

— ¡Pato! Soy Adrián.

— ¿Cómo estás?

— Muy bien. Me dijo Lauri que querías hablar conmigo.

— Sí. Es cierto.

— ¿Qué sucede?

— Todo bien. Quería responder a tu confesión.

Adrián quedó cortado. No estaba preparado para eso. El tono de voz no tenía entusiasmo. En el momento se le subieron a la cabeza millones de suposiciones que lo embaucaron en una simple idea de rechazo que no le permitía decir nada.

— ¿Estás?

— Sí estoy.

— Quería decirte que has sido algo inesperado. He quedado sorprendida con lo que me compartiste. Has tenido un cambio de personalidad muy grande en este tiempo. No sé qué fue pero tu compartir me descolocó por completo. Lo he juzgado como descontrolado pero al mismo tiempo demasiado sencillo y simple. Es como que se han juntado dos polos.

Los nervios en Adrián se mantenían a tope. Patricia todavía no había dicho nada y él está repleto de miedo a lo indiscreto de la imaginación.

— Has sido —continúa Patricia— lo inesperado que siempre he esperado. Quiero intentarlo. Me gustaría compartir momentos contigo.

Adrián sintió que la garganta se le cerraba. Estaba indispuerto a hablar. No quería perder ese momento de escuchar un SÍ para su amor. Estaba como perdido pero al mismo tiempo muy emocionado y feliz.

— Me alegra escuchar eso. Saber que deseas intentar algo conmigo me transmite alegría.

— ¡Qué lindo!

— Gracias.

— ¡Tú no!, sino lo que dijiste. Siento que respetas mi opinión y te alegras con poquito.

— No creo que sea poquito.

— Gracias por lo que me toca.

— Creo que el amor como el vicio puede ser un dolor si no se administra el corazón. Quisiera que podamos ser dos personas unidas por los sentimientos pero sin dependencias. Las cosas a partir de hoy cambian y psicológicamente todo luce diferente.

— Así es, pero me gusta eso.

— Ja, ja. Es lo que llamo “inicio al descontrol”, apostar por lo desconocido, una tarea difícil para mi mente pero fácil para mi corazón.

— Ya veremos qué sucede. Me voy a cenar. Te mando un beso y nos vemos pronto.

— Claro. Estamos en contacto.

## - 10 -

*¿Se escribe o se hace?*

Los días pasan y las vacaciones estudiantiles se barajan en una ciudad en la que abundan, tanto las siestas y la poca gente que regentea los barrios, como la apatía que ellos reflejan. Adrián con miles de cosas en su mente continúa ordenando el cuarto a su manera. Entre los papeles que archivaba en su escritorio encontró aquel juego que Leonardo le había entregado antes de regresar a Montevideo.

20	983	773	53	52
443	34	563	22	643
293	23	8	823	883
173	12	31	24	41
6	101	13	103	14

Lo mira detenidamente y no encuentra significado alguno. La imaginación se le escapa de las manos y no comprende tanta sopa de números.

— ¿Qué querrá decir “ver lo que no puedo”?

Mientras estudia esa tablilla alguien golpea a la puerta.

— Adelante.

— Permiso.

— ¿Qué haces?

— Pasé a saludar. Desde que empezaste a ordenar tu cuarto estás recluso.

— ¡No seas así Dani!

— ¿En qué andás?

— Estaba mirando esta tabla de números que me dio el abuelo antes de volver. Me dijo que era para ponderar mi misión.

— Está siempre pirando el viejo.

— Dice que debo encontrar lo que no puedo ver.

— ¿Puedo verlo?

— Sí claro.

Daniela mira la tabla, la escruta con sus ojos de física y trata de comprender lo que no se puede ver.

— ¿Cómo te va en matemática? —incrimina Adrián.

— Muy bien. Es una de las materias que más me gusta.

— Entonces ayudame.

— ¡Déjame ver! ¡Eso trato de hacer!

Daniela y Adrián comienzan a estudiar el problema. Él lo mira fijamente sin tener ideas por dónde comenzar, mientras ella le da vueltas a la tabla dibujando en su cara poemas discordantes.

— ¡Mira esto Adrián! Dame una lapicera.

20	983	773	53	52
443	34	563	22	643
293	23	8	823	883
173	12	31	24	41
6	101	13	103	14

— ¡Linda X!

— ¡No seas boludo! Si sumas en forma cruzada el resultado es el mismo: 100. ¿Qué significa el cien en numerología?

— El cien no es el número sino la suma de los tres, siendo el resultado 1. Mmm. Es el primero. El indivisible. El creador, innovador y fundador.

— ¿Qué tiene que ver eso?

— ¡No tengo la más mínima idea!

— ¡Mirá acá! Si tomas las cuatro puntas con el centro también da como resultado cien.

20	983	773	53	52
443	34	563	22	643
293	23	8	823	883
173	12	31	24	41
6	101	13	103	14

— ¡Qué agilidad!

— Lo que es raro es que el número 8 es el centro de la tabla y en este caso solo cuando se suma con él se entiende la idea.

— En este caso el 8 es la base para que se den los resultados. No recuerdo mucho pero significa el infinito, el mediador entre el orden natural y el divino.

— ¡Estás de la cabeza! ¡Que boludés!

— ¡Así dice la numerología! yo solo lo leí.

— ¿Viste que todos los otros números son impares y que la característica en común es que son primos?

— No tenía idea.

— Si sumamos los números impares respetando los cuatro grupos que quedan formados... ¡Nada que ver! el primero da 932, el segundo 2372, el tercero 2390 y el cuarto 248. No se parecen en nada.

— ¿Cómo que no? ¡Hagamos de numerología! Mirá esto:  $9+3+2=14 \Rightarrow 1+4=5$ ; el segundo  $2+3+7+2=14 \Rightarrow 1+4=5$ ; el tercero  $2+3+9+0=14 \Rightarrow 1+4=5$ ; y el cuarto  $2+4+8=14 \Rightarrow 1+4=5$ . El común es el 5.

— ¡Tenés razón! ¿Qué significa?

— No tengo idea. Al cinco se le considera a quien define una nueva dimensión, al mismo tiempo. Es la animación de la materia mediante la vida dándole continuidad y sucesión.

— Excelente descubriste tres números que no tienen nada que ver contigo y aparte escucharte hablar parece que estás loco.

20	983	773	53	52
443	34	563	22	643
293	23	8	823	883
173	12	31	24	41
6	101	13	103	14

— ¡No lo sabes!

— ¿Qué?... de seguro estás loco.

— No de eso. Quiero decir que no sabes si no tienen nada que ver.

— ¿Todo esto lo hizo el abuelo?

— Sí. Hace muchos días que lo tenía archivado.

— ¿Y en esta parte? Si usamos numerología centralizándonos en la cruz central, el resultado es 1448, es 8 la suma de estos.

20	983	773	53	52
443	34	563	22	643
293	23	8	823	883
173	12	31	24	41
6	101	13	103	14

— ¡Impresionante!

— Y si sumamos los números restantes de la cruz de la tabla con el centro, el resultado es 1970  $\Rightarrow 1+9+7=17 \Rightarrow 1+7=8$ .

20	983	773	53	52
443	34	563	22	643
293	23	8	823	883
173	12	31	24	41
6	101	13	103	14

— ¿Qué más ves?

— Nada. Tanto chirimbolo no me dejan ver más. Adrián, algo debe haber con el centro de la tabla. Todo lo que vimos pasa por el centro. No tengo idea que, pero algo debe ser.

— Tenés razón, hay que estudiarlo.

— ¡Hey!, bajo a merendar. ¿Querés algo?

— Unas tostadas, ¿te animás?

— ¿Todavía que te resuelvo el problema querés que te cocine?

— Bajo en cinco minutos y yo cocino.

— ¡Me gusta la idea!

Luego de guardar la tabla, releerla rápidamente, y tratar de entender lo que no se puede ver, baja a merendar. Mientras ambos ríen sentados a la mesa suena el timbre.

— ¡Hola Pato! ¡Qué sorpresa! ¿Cómo estás?

— Muy bien, de paseo.

— ¿Querés unas tostadas?

— No, ya comí en casa.

— Los dejo solos. Yo me voy al club —dijo Daniela en son de paz retirándose del entorno.

— ¿En qué andas Pato?

— En nada. Estaba en casa y quise venir a verte.

— Me honra.

— Dejate de cosas locas. ¿Qué harás ahora?

— Con mi hermana estuvimos estudiando un problema de matemática que me regaló mi abuelo antes de regresar de Cerro Chato.

— ¿Sí? ¿De qué trata?

— Espérame que lo traigo.

La corrida de Adrián hasta su cuarto fue fenomenal. Sentía que su ansiedad estaba solo limitada por su propias piernas en llegar a aquella hoja.

— Mirá esto.

— ¡Está precioso! Puros círculos y líneas. No entiendo nada.

— El abuelo me dio la tabla, todo lo demás lo descubrimos con Dani.

— ¿Y qué es?

— Al viejo le gusta la numerología y ha dejado claro 3 números en la pizarra, el 1, el 5 y el 8; pero lo más importante es que todo pasa por el centro. Debo saber qué quiere decir.

— Como para que vivas “centrado”, ja, ja.

— ¿Cómo?

— Nada. Era un chiste.

— No, no. Puede ser algo válido. ¿Vivir centrado? En algún lugar había leído algo de eso.

— Es un clásico de filosofía. Los cuatro puntos distantes mediados por el punto central.

— ¡El cinco del dado!

— ¡Claro! Según la filosofía la constitución del ser humano se puede definir como el “Cuaternario”,<sup>3</sup> el cual se limita en cuatro niveles comenzando por el cuerpo físico, el cuerpo vital, el cuerpo emocional y el cuerpo mental.

— ¡Qué decís Pato! ¿Dónde está el dado?

— Está claro Adrián. El dado se basa en el cuaternario y nuestro ser. En el dibujo ubicamos los cuatro cuerpos como las esquinas y a nuestro ser como el punto en medio de la figura. Así es como se maneja nuestra personalidad.

— ¿Quién la maneja?

— Viste que en la sociedad todos estamos inmiscuidos en algo. Por ejemplo la persona que se basa en la apariencia física para existir, esos que trabajan el cuerpo y se matan a gimnasia, club, dietas, etc., tienen una personalidad dominada por lo físico. Los que viven depresivos

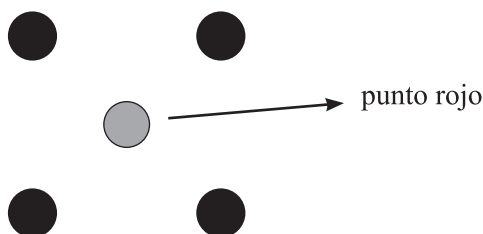
---

3 Filosofía esotérica: Concepto del hombre septenario, conformado por tres aspectos atemporales, que componen su *ser espiritual*, y cuatro temporales concretos (denominado cuaternario) que conforman su *personalidad* o *máscara* con la cual se viste durante su vida terrestre.

con la tristeza auestas son los dominados por el cuerpo emocional. Aquellos que viven solo para sí mismos y mueren en un egoísmo puro son dominados por el cuerpo mental. ¿Me explico?

— Creo que sí.

— Déjame explicarte el dado. Nuestro ser es el punto rojo y el cuaternario los cuatro puntos negros. Dice la filosofía que la sabiduría completa es dominar estos cuatro cuerpos logrando que ninguno de ellos tenga una injerencia directa sobre nosotros y así poder vivir centrados.



— ¡Entiendo la idea! ¡Todo pasa por el centro! ¡Por ser uno mismo! Aquel cuando me dio el juego dijo: “esta es tu misión en la vida” ¡qué sabio el viejo! Ser uno mismo sin dejarme dominar por nada ni nadie.

— ¡Eso mismo! Por eso debe haber hecho pasar todas las coincidencias por el centro de la tabla tratando de decir que la base de todo es ser uno mismo.

— ¡Tengo que volver!

— No jodas. No es para tanto.

— Cuando me entregó el juego comentó: “Esta es la última prueba”.

— ¿Y?

— Todo lo que quiso hacer desde que llegué fue transmitirme esto, que ser uno mismo es lo más simple, como también lo más complejo si nos dejamos engeguercer por lo de afuera. Debo ir. Mañana salgo para allá.

— Me alegra haberte ayudado.

En ese instante y con pura adrenalina contenida se pone en pie y estampa un beso en los labios de Patricia. La cara de Adrián estaba transformada en gozo. Parecía haber entendido los misterios de la verdad, la justicia y la divinidad.

— Acompañame a preparar el bolso.

— ¡Claro!

El día siguiente amanece nublado pero preparado para ser recreado. Adrián luego de informar a sus padres que regresaba a Cerro Chato, para terminar unas conversaciones con su abuelo, parte sin prisa pero seguro.

Al llegar y ya preparado para las movidas burocráticas en la terminal compra su boleto y espera con ansiedad. Mientras pasa el tiempo decide llamar para avisar de su llegada.

— ¿Abuelo?

— ¿Quién habla?

— Soy Adrián.

— ¡Muchacho! ¿Cómo estás?

— Muy bien. ¡Estoy en la terminal yendo para ahí!

— ¿Sí? ¡Qué bien! Serás bienvenido.

— He descubierto tu último juego.

— ¿Y qué has visto?

— Ser uno mismo sin preocuparse por lo externo.

— ¡Felicidades! Haz podido ver más allá de todo.

— Es bueno verlo.

— Así es.

— ¿Doña Elvira y Natalia? ¿Cómo están?

— Andan bien. Les avisaré que te vienes uno días.

— Dale. Nos vemos en unas horas.

Entre asientos y miradas cruzadas en un determinado momento se anuncia el abordaje para el viaje a Cerro Chato por el andén trece. Sin dudar, se embarca, marca su boleto, y le pide a la azafata que le avise cuando lleguen a Cerro Chato. Esta vez está seguro que quiere dormir.

El ómnibus comienza el recorrido y antes de salir de Montevideo el muchacho ya dormitaba. Su euforia por encontrar respuestas a toda su vida y comprender las razones del porqué había sido un payaso, un hijo perfecto, el amigo sin discusiones, etc., fue como un abrir de puertas que nunca pensó conocer.

La sala de su conciencia está iluminada. Entender que ser uno mismo vale más que cualquier ganancia material o emocional le permitió

captar que las cosas de la vida no se pueden medir solo por gustos egoístas sino también por gustos comunales con la naturaleza.

Es como si se diera cuenta que su personalidad fue de puras mentiras y miserias, que lo ocultaron en diversas pobreza de autoflagelo y encarcelamiento psicológico, basado en la culpa, y en la poca probabilidad de vivir.

Horas más tarde la azafata avisa del arribo. Sin pensar toma sus cosas y baja del ómnibus.

Al ver la ciudad y gustar nuevamente de aquel maravilloso aire comienza el camino hacia lo de su abuelo. Al llegar hace palmas en la entrada mientras Coyote alerta de su llegada moviendo la cola como si volviera uno de los mejores amigos.

— ¡Abuelo! —grita desde la portera.

— Adelante Adrián. Qué lindo verte. Me agarraste tomando unos mates. ¿Cómo estuvo ese viaje?

— El viaje esta vez no lo sentí, dormí todo el tiempo.

— ¡Mejor así!

— ¿Tenemos galleta de campaña hoy?

— Como siempre en la cocina.

— Gracias.

— ¿Qué te ha hecho venir? Es rarísimo que hayas llamado.

— Sí es raro, pero la causa fue ver que la vida hay que vivirla y no escribirla. He visto que las cosas son como son. He visto que la naturaleza es lo único mágico que existe sobre la tierra. He visto que no vale la pena exigir cosas que uno no puede entregar. He visto que lo más importante es ser uno mismo tal cual y no permitir que lo externo nos mate. He visto que la gente habla por hablar, y si ve algo en ti que es de envidiar, ¡peor será! Poca gente conoce la verdad de ser uno mismo, la verdad de la libertad, de la justicia, del verdadero amor.

— ¿Y todo esto? ¿Tan rápido?

— Es que con la tabla y una conversación filosófica con Pato pude ver las cosas más claras.

— ¿Patricia tu admiradora?

— No sé si me admira, pero yo si la admiro a ella.

— Es buenísimo ver la vida tal cual es y no pintarla con colores de culpa.

— ¿Cómo es eso?

— La gente y la misma sociedad educan al hombre en el error. Como bien dijiste la libertad es un camino a ser uno mismo lo cual pocos quieren conocer. Ese camino y según las normas sociales te lleva por una senda tumbada en errores, lo cual no es correcto, ya que lo preciso es decir que vivís en senderos de muchos acuerdos.

— No entiendo.

— Claro Adrián. Si la gente define error a lo que es digno de llamar acuerdo es simplemente un mal concepto de las cosas, porque a la vida no hemos venido a ser perfectos sino a ser y ese ser experimenta crecimiento solo por medio de diferentes acuerdos.

— ¡Pero no todos opinan como vos!

— ¡Todos opinan distinto! Como te dije antes, yo comparto mi opinión que es diferente a la tuya aunque la base sea la misma. Lo importante es saber que el error o equivocación está mal conceptuado.

La reflexión entra en Adrián. El muchacho se tira hacia atrás y mira el techo. Se muestra en plena conferencia con él mismo y resuenan las palabras de su abuelo.

— ¿Estás bien?

— Sí, ¿por?

— Te pusiste ausente.

— Solo pensaba en mí y en la verdad de ser uno mismo.

— ¿Se dio vuelta la tortilla? No entiendo.

— ¡Claro abuelo! Vos conocés más vida que yo. El arte de vivir es un camino simple, divertido y libre. No creo en las normas dictatoriales ni en las instituciones que quieren tener el poder sobre el hombre. Hoy solo creo en mí, en mi filosofía, en mi querer, en mis acuerdos, en mi felicidad. *¡Si la gente supiera que la felicidad vive dentro de cada uno!*

— ¡Verdad!, pero no todos estamos dispuestos. Generalmente creemos que la felicidad está en aparentar, en el esfuerzo, en el dinero, en la familia, etc.

— Es verdad. Muchos creen solo en su ombligo y te juzgan sin necesidad ni satisfacción. En estos meses he visto que no todo es como te lo muestran.

“¡Qué difícil el dolor!, cuando el sufrimiento no tiene sentido, ya no es divertido. Los días me aprisionan, en pensamientos, pero a la libertad no la suelto...”

Veo confusión sobre esta palabra “Libertad”.  
Es cuando puedo comer, darme los gustos y gastar.  
O es cuando sé quien soy y respeto a mi corazón,  
y no me dejo doblegar por el paso de la contradicción.

¿Tú qué crees? ¿Yo qué creo? ¿Tu qué haces? ¿Yo te ofendo?  
No eres libre si te viste el miedo y el ocultamiento.  
Siente ser libre cuando no tengas qué cuestionar,  
no es fácil creer, es más fácil razonar.



La libertad duele, el amor no es del miedo.  
Si amar cuesta sangre, no amar es un infierno.  
Yo he nacido para amarte aunque no estés.  
Más vale potro indomable que caballo de ajedrez...  
te llevan de la nuez.

¡Busca la felicidad que llevas contigo!  
¡No mueras a la sombra de un castigo!  
Busca la paz que es la ausencia del miedo,  
vive el amor verdadero que regala el cielo.

¡Piensa y vive! No te dejes embaucar.  
Se leal a tu palabra, se leal a tu verdad.  
Si aciertas será bueno y si erras lamentarás,  
pero vive la verdad porque la vida es corta...

No vivas una vida controlada en la seguridad.  
La mentira y la injusticia no te abandonarán jamás.  
¡Levántate!, ¡se libre!, como el ave al volar  
que no pregunta a dónde vuela... tan sólo vuela en libertad.

¡Busca la felicidad que llevas contigo!  
¡No mueras a la sombra de un castigo!  
Busca la paz que es la ausencia del miedo,  
vive el amor verdadero que regala el cielo.  
Cielo... cielo... cielo...

— Sabías palabras Adrián. Como bien dijiste la paz solo existe cuando podemos abandonar ese miedo que nos carcome por dentro, tanto en el estudio, en el trabajo, en el amor.

— El miedo...

— Sí... el miedo de no caer bien a los demás, algo que realmente está empapelado con la inseguridad de sentirnos bien con nosotros mismos. Es una mentira creer que la gente nos quiere por lo que somos cuando en verdad nadie nos llega a conocer si no lo permitimos. Como bien dijiste la base es ser uno mismo para poder conocer la libertad y la felicidad que llevamos dentro, pero eso es algo que no todos están preparados para hacer. No todos se animan a enfrentar las leyes que colocamos en nuestra mente para dominar nuestro existir. Como dicen las corrientes bondadosas: *la trama es dejar guiarse por el ser superior que está dentro nuestro y olvidar al ser inferior; nuestro propio ego, y así encontrar la felicidad del amar.*

— Pero eso no es fácil. Das como una redacción de imposibilidad.

— No es algo simple y para muchos de los que te rodean es aún peor. Si no se cree en uno mismo nunca se llegará a conocer la verdadera libertad.

— ¡Ah bue'!, ahora si me partiste al medio. Yo creo que todos podemos ser libres y felices tan solo eligiendo hacer el clic a la misma ley que nos apedrea con estupideces.

— ¡Sí!, pero el problema es animarse, querer, arriesgar. Cuando la sociedad nos lleva a pensar que la vida se acaba si elegimos tan sólo ser, allí es donde se puede ver a los verdaderos valientes, aquellos que ven que la verdad no está de parte de quién se recuesta en institución sino de quien muere en murallón.

— Todos creen que la felicidad se basa en el dinero, posesión y poder, cuando la verdad real es que cuando no se tiene nada de dónde agarrarse la felicidad vive en ti.

— Así es. Pero sabés que la gente te dice ególatra, egocéntrico, soberbio, ¡que sos como un dios!

— ¡Que hablen! Yo sé bien que no hay peor saboteador que uno mismo. Si ellos no creen en ellos es problema de ellos. Yo sé quien soy y con eso me basta.

— Debes tener cuidado muchacho porque la vida está en constantes altibajos y es ahí cuando no debes permitir que alguien se apodere de ti.

Entre tanta conversación los mates iban y venían. Adrián y Leonardo estaban disfrutando de una charla que nunca hubiera sido. Estaban gustando del compartir ideas, filosofías, pensamientos.

— ¿Vamos a lo de Elvira?

— Claro abuelo. De igual forma lo que vine a hacer ya lo he hecho. Quería agradecerte que me hayas dado la oportunidad de ver quién soy.

— Nada que agradecer. Como bien dijiste te has dado la oportunidad de saberlo.

El fin de semana transcurrió con risas y conversaciones. Adrián, Elvira, Natalia y Leonardo conversaron hasta de lo oculto de animarse a ser libre.

## - 11 -

### Nada más importa

En esas últimas semanas la vida de Adrián dio un vuelco grandísimo en estructuras. Aquellos amigos desconocidos habían desaparecido. Aquellos momentos de escape se habían alejado. Todo era auténtico.

Un día en que paseaba junto a Patricia por el Prado, una conversación diferente se entabló.

— ¿Qué decís Pato?

— Sos lo que necesito para ser feliz. El tiempo junto a vos, tus palabras, todo me hace bien. Sos lo que siempre soñé. Sos la persona que me da ganas de vivir, de reír, de sentir, de arriesgar.

— Esperá un poco. ¡Estás errada!

— ¿Por qué?

— Lo que genero en vos no es quien soy. No dependas de mi pensar o mi existir, creo que eso es una desdicha. Soy Adrián y vos Patricia, dos entidades separadas. Lo que generamos en el otro es lo que queremos de nosotros mismos. Todo está en vos. Si me voy la felicidad tiene que seguir contigo y no irse conmigo.

— Pero sos pieza fundamental.

— Un acompañante enamorado que busca tu compañía para compartir la felicidad, pero si me idolatrás nada más importa.

— ¿Qué estás diciendo?

— Soy Adrián, otro humano imperfecto.

— Pero amarte mueve todas las barreras.

— El amor no genera dependencia, no mueve barreras. Si ahora somos imprescindibles el día de mañana seremos esclavos el uno del otro.

Al terminar estas palabras Adrián queda fuera de servicio. Sus palabras terminan de convencer a su propio corazón que no quiere establecer una relación de dependencia. Cree que para que un amor sea verdadero necesita de pura libertad. El sabe que la dependencia está basada en el miedo a estar solo. El muchacho acaba de caer por primera vez en un barril sin fondo con destino nublado. Él mismo se cuestiona.

Patricia en cambio, con ojos angustiados y con el ceño marcado de tristeza no deja de reflexionar y de pensar en lo que ella quiere en realidad. Para ella su sentimiento marca la diferencia entre un amor verdadero y uno de plástico. No entiende la postura de Adrián.

Entre que caminan y caminan llegan a la casa de Patricia donde él se despide cabizbajo y preocupado. Está cuestionado. Piensa que su amor se destruye por una confusión de conceptos. Al llegar a su casa se mete en su cuarto, se tira en la cama y comienza a entrelazar pensamientos con sentimientos, algo que lo acribilla en todo momento.

La noche entra libre y oscura en la vida de ambos. Adrián en una disyuntiva de arriesgar todo por amor o de renunciar por el miedo a que ese amor no sea verdadero mas sino dependiente, se siente en un puente colgante que cruza el río del olvido donde no quiere volver a caer.

Patricia entre tanto no sabe como responder a lo que sucedió. Ella también sabe que una relación puede desmoronarse por la forma de pensar de Adrián. Está confundida y molesta por tantos razonamientos. Todo se metió en un saco de misterio.

Pasada la media noche y sin ganas de dormir Adrián baja a la sala de estar para perder un poco de tiempo con la tele. Al llegar encuentra a su padre dormitando quien se acurruca entre un almohadón y una manta de avión tirada sobre los pies. Al subir el volumen Osvaldo abre los ojos suavemente.

— Perdón, no quise despertarte.

— No hay problema. Estoy durmiendo con los ojos abiertos —dijo mientras se incorporaba sobre el sofá—. Quiero pedirte perdón por lo del otro día. Creo que quedamos alejados por un altercado innecesario.

— Perdoname vos a mí. Sé que no es fácil entenderme, a mí también me cuesta.

— Yo también tengo lo mío. Tratar de mantener el poder siempre fue mi error, pero siempre me dejé dominar por él. Perdoná que el otro día me desubiqué.

— ¿Nos perdonamos mutuamente?

— Gracias.

— ¿Puedo hacerte una pregunta con la cual apelo a tu experiencia? ¿Por qué es tan difícil estar parado sobre uno mismo y querer tocar la libertad?

— ¡Huy! ¿A mí me preguntás eso muchacho? No soy libre. Yo me ato al dinero, a la imagen, a la seguridad. Esa pregunta pide que me introyecte un poco y realmente no quiero.

— ¿Por qué?

— Porque si me introyecto veré cosas que quiero cambiar.

— Creo que sería bueno. Debemos afianzarnos en la verdad.

— Puede ser que tengas razón pero dudo. Contestando la pregunta creo que en la vida no existe la libertad pura y limpia. Es muy difícil ser auténtico y llegar al extremo de esa libertad.

— No entiendo.

— Creo que nosotros mismos somos independientes pero viviendo una realidad domesticada por todo lo que nos rodea. Para llegar a esa libertad se debe enfrentar el miedo de estar solo, conociendo que de la noche a la mañana la gente puede abandonarte porque no cumplís con sus protocolos de convivencia. Hay que ser de corazón valiente para llegar a esa libertad.

— Gracias papá. Me abriste la cabeza.

Oswaldo no entiende nada. Dijo palabras voladas pero el pibe sin pensar más se levantó sonriente y se fue a su cuarto, tomó el viejo cuaderno y comenzó a anotar cosas que luego de algunos minutos tiró sobre el escritorio. Por su sonrisa parece que había descubierto cómo venía su controversia.

El día siguiente amaneció lluvioso y gris. Ni bien despertó llamó a Pato para poder verse y seguir la conversación que él mismo había trun-  
cado. Las horas pasaban mientras ambos ordenaban sus cuartos con el  
ánimo verdadero de ordenar sus vidas entre el amor y el razonamiento.

Entrada la tarde ya estaban sentados en la plaza.

— ¡Quiero que seas libre Pato!

— Sí. Pero esa libertad quiero vivirla contigo.

— ¿Te estoy haciendo daño? ¿Hay algo que no entendés?

— ¡No sé!, pero quiero estar contigo.

— Yo también quiero estar contigo pero deseo que lo nuestro sea  
un acuerdo y no una necesidad de compañía.

— ¿De qué hablás?

— Que quiero ser libre junto a ti, si no nada más importa.

— ¿Cómo que nada más importa?

— No quiero depender. La dependencia es algo que siempre ter-  
mina en posesión siendo eso el inicio del fin. Nada más importa si nos  
encontramos en una relación dependiente.

— Pero lo mío no es así. No siento depender de vos. Te quiero  
como sos. Quiero estar contigo.

La conversación se detuvo bruscamente. Adrián estaba con un  
rostro descuajado, veía claramente que ambos trataban de conversar el  
mismo idioma pero él sentía la inseguridad, no se sentía limpio.

— Pato, tengo miedo a sufrir.

Adrián, al decir esto comienza a mover las piernas sin poder con-  
trolarlas, estaba muy nervioso. Patricia entre tanto se rascaba el brazo  
con ánimo de desesperación. Ambos estaban desconcertados.

— ¿De qué hablás Adrián? ¿Qué es ese miedo?

— Estoy dentro de una carcasa de acero que no se anima a entre-  
garte el corazón. Ayer me di cuenta que no me animo a ser libre, a vivir  
el momento y dejarme doblar; pero no quiero verte partir, no quiero  
vivir alejado de ti.

— ¿Entonces? ¿Querés estar conmigo?

— Sí quiero.

Las miradas se volvieron a cruzar aquella tarde como si fuera la  
primera vez que se veían. Sus aromas se intercambiaron tiernamente  
hasta quedar pegados en un beso.

— Sé que no soy estudiosa ni educada para hablar ni dar consejos, pero quiero decirte que vivir asustado por el miedo a sufrir es lo mismo que estar encarcelado en una suposición que no conoces. Me parece que eso es de cobarde e inmaduro.

— Tenés razón. Capaz hablé de muchas cosas pero soy un vil cobarde que no se anima a vivir en libertad. Tal vez soy víctima de desear lo que no tengo.

— ¿Eso te parece? Sé sincero contigo y conmigo.

— Te quiero Pato. Quiero estar contigo y arriesgarme.

El abrazo que vi en ese momento demostró que el amor era verdadero, que se animaban a encarar una relación libre de prejuicios, que se arriesgarían a enamorarse con la alegría de sentirse libres el uno con el otro. Bajaron la escalinata y parecían diferentes. Eran como dos sonrisas espontáneas que se dibujan con la belleza de un piropo. Están enamorados y abiertos a lo que no saben. Se animaron a arriesgar por un amor que hoy existe sin saber lo que el día de mañana presentará... se animaron a vivir en libertad.

Yo estaba tan alegre que los perseguí un buen rato. En uno de esos momentos Adrián saca del bolsillo una hoja de cuadernola que abre y espontáneamente tira en la calle. Llegué al lugar la levanté y la abrí. Quedé impresionado con lo que decía. No sé si era temor o pasión. Estaba repleta de tachones y letras remarcadas.

Sin saber qué hacer, mientras encaminé mis pasos hacia mi refugio, decidí abrirlo y leer...

¿Algo más importa si se deja de ser,  
si vale más la pena vivir en el doblez?  
¿Alguien avisa si comienzo a esconder,  
si timbeo, si gano o si juego a perder?  
¿A alguien le importa ser sincero?  
¿o importa más vivir en un agujero?

¿Algo más importa si me pierdo en creer,  
que la vida ya no es mía que soy hijo de una ley?

¿Algo más importa si veo mi parecer,  
si lo juzgo si lo evado y si lo echo a correr?

¿Algo más importa?

¿Algo más importa?

¿Algo importa de verdad?

Nada más importa si caes en dependencia  
buscando que la otra persona  
te dé respuesta a lo que sos,  
a tu alegría, a tu dolor, a tu esperanza, a tu pasión.

¿Algo más importa si pensamos en morir  
por miedo a lo imposible preferir ser infeliz?

¿Algo más importa si te crees un ser errante  
esperando que la vida te golpee y no te levantes?

¿Por qué penar equivocado?

¿Por qué no vivir emocionado...

...emocionado una vez más?

Nada más importa si caes en dependencia  
buscando que la otra persona  
te dé respuesta a lo que sos,  
a tu alegría, a tu dolor, a tu esperanza, a tu pasión.

Nada más importa si pensás en una deuda  
de decir que no sos dueño  
de tu amor y de tu fuerza  
de respetar lo que habita en tu esencia: *solo belleza*.



FIN

## RECONOCIMIENTOS

Agradezco a los que han estado junto a mí desde los inicios de este proyecto. Especialmente a Verónica, Agustín, Juan, Santiago y Francisco que vieron todo desde la primera idea, como también a Patricia y a Mabel, de la editorial Conytriun, que ofrecieron un sí desde el comienzo.

Reconozco en gran manera la ayuda ofrecida por los músicos Agustín Ferreyra, Francisco Romero, Valentín Queiro, Nadia Melano y Diego Melano que estuvieron conmigo desde la composición de los temas como en todo el momento de la grabación del disco.

Agradezco a Silvana, a Mónica y a Cecilia en lo referente a corrección literaria, quienes opinaron objetivamente desde el primer borrador, efectuando lectura crítica constructiva y asesoramiento técnico.